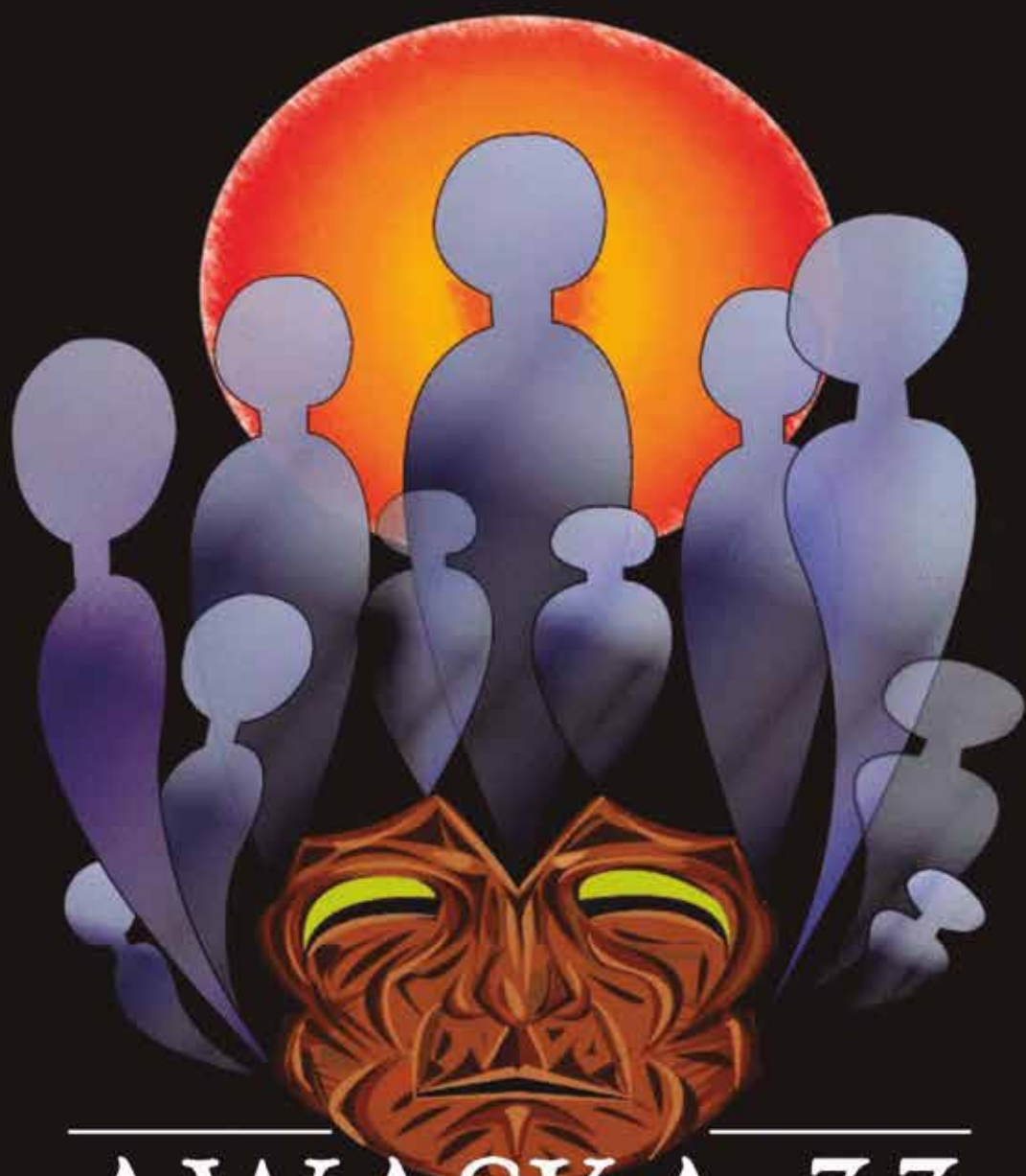


ISSN 0120-0186



AWASKA 33

Revista del Taller de Escritores

DEPTO. DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA - UNIVERSIDAD DE NARIÑO

AWASCA

Revista del Taller de Escritores



Departamento de Humanidades y Filosofía
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad de Nariño
No. 33 | Año 2020 | ISSN 0120-0186

AWASCA 33

Revista del Taller de Escritores
ISSN 0120-0186

Portada

Sebastián Díaz

Contraportada

Andrea Morales

Páginas interiores

Andrea Morales, Alex Castillo Segovia, Sebastián López, Cristian López, Ruthux,
Camila Lince, Weimar Canchala, César Guerrero, Felipe 1R

Corrección de estilo

Daira Galeano Palacios

Diseño y Diagramación

Armando Montenegro Guillén

Impresión y Encuadernación

Graficolor

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia



Editorial
Universidad de **Nariño**



CARLOS SOLARTE PORTILLA
Rector

MARTHA SOFÍA GONZÁLES
Vicerrectora

ARSENIO HIDALGO TROYA
Vicerrector de Investigaciones e Interacción Social

JAIRO GUERRERO GARCÍA
Vicerrector Administrativo y Financiero

MARÍA ELENA ERASO CORAL
Decana Facultad de Ciencias Humanas

MANUEL E. MARTÍNEZ RIASCOS
Director Departamento Humanidades y Filosofía

ALFREDO ORTIZ MONTERO
Director Taller de Escritores "Awasca"

TALLER DE ESCRITORES "AWASCA"
Departamento de Humanidades y Filosofía
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad de Nariño - Sede Torobajo
[http: //Awasca.udenar.edu.co](http://Awasca.udenar.edu.co)
Pasto, Nariño, Colombia

AWASCA

Revista del taller de Escritores

No. 33 | Año 2020 | ISSN 0120-0186

Alfredo Ortiz Montero

Director

Monitora Semestre B 2020 - Deyalith Dayana Marcillo Aza

INTEGRANTES

Alejandra Lucena López

Andrey Medina

Angie Paí

Bayron Martínez

Beatriz Salazar

Byron Ordóñez

Carolina Lince

Cecilia Cruz

Cesar Estupiñán

Claudia Meneses

Daira Galeano Palacios

Eduardo Erazo

Edwin Andrés Rosero

Elcy Ximena Riascos

Eliseth Gaón

Gabriela Erazo

Iván Bastidas

Ivonne Arturo

Juan Diego Londoño

Juan Ortega

Luis Miguel López

Karen Estrella Ríos

Luis Coral

Luis Solarte

Nilson Oviedo

Romel Hernández

Withney Tatiana Peña

Contenido

Colección de poemas

Daira Galeano Palacios

Líneas	13
Fémica en cinco barbas	13
Teatro para rato.....	14
Anónimos	15
Clave de sal	15
Kallarimanta.....	16

Andrey Medina

Ñoka.....	17
Dulce	17
Al sur de tu ser	18
Viento y velero	18
Miér.....	19

Tatiana Peña

Tango fúnebre	20
---------------------	----

Carolina Lince

El paraje astral	22
Baile ancestral	22
Mi ensoñación hecha poema	23
Bella mujer	24

César Estupiñán - Ximena Riascos

Poesía triste de una pluma ausente	25
--	----

Ximena Riascos

Poema a la flaca	26
1	27

Eliseth Gaón

En blanco	28
Limón	28
Sereno	29
Final	29

Ivonne Catherine Arturo

División	30
Poema	30
Desconcierto.....	31
Soledad	32
Tómame	32
Devoradora.....	33
Poema 2: ¿Qué es el amor?	34

Luis Arturo Coral

Reminiscencia.....	35
Parca	35
Emociones vehementes	36
Incandescencia	36
Bohemia	37
Miradas	37

Cecilia Cruz.....	38
--------------------------	-----------

Karen Estrella Ríos

Museo desde tu aura	39
Debate de ti.....	39
Trazos.....	40
Respiro de aliento.....	40
Nos perdimos	40
Sonrisa	40

Beatriz Salazar

Poema pictórico - ¿A dónde te gustaría ir?	42
--	----

Bayron Andrés Martínez

Resiliencia poemas para morir	43
-------------------------------------	----

Claudia Meneses

Devoción a mi terruño.....	46
----------------------------	----

Nilson Oviedo

El color de la ausencia.....	47
Amarillos nacen viejos.....	48
Un cuarto amanecer	49

Juan Diego Londoño

Camino de círculos.....	50
Oposición al devenir.....	51

Edwin Andrés Rosero

Como el Fénix	52
---------------------	----

Angie Paí

El hombre.....	53
----------------	----

Alfredo Ortiz Montero

Cuando llueve	55
Derrota	56

Narrativa**Juan Ortega**

Caderas de pino.....	59
Jardín de azucenas	60
La Bruja Caviedes	64

César Estupiñán - Ximena Riascos

El conejo filósofo y el unicornio lunar	77
---	----

Alfredo Ortiz

Los turneros	79
--------------------	----

Eduardo Erazo

Meneaculito.....	85
------------------	----

Gabriela Ortiz

Ciclo	90
Cuento por encargo.....	90
Tukiyay.....	90

Andrey Medina

Juventud marchita	93
-------------------------	----

Ximena Riascos

Sueños de realidad	96
Náufrago de un amor en la tierra	97
El misterio del cigarrillo	98
Microcuento	99

Byron Ordóñez

Claro de bosque..... 100

Tatiana Peña

Un olor a sábanas de noche..... 103

Claudia Meneses

La última carta de Romeo..... 107

Iván Darío Bastidas

Yo, ¿Cuento una historia?..... 109

Luis Coral

Lisro 112

Romel Hernández

El libro..... 117

Deyalith Dayana Marcillo

Gotas de sal..... 124

Novela

Beatriz Eliana Salazar

Cian, Segunda parte 129

Ensayo

El puro devenir y el lenguaje del no-ser en la poesía de**Alejandra Pizarnik 137**

Byron Ordóñez - Nilson Oviedo

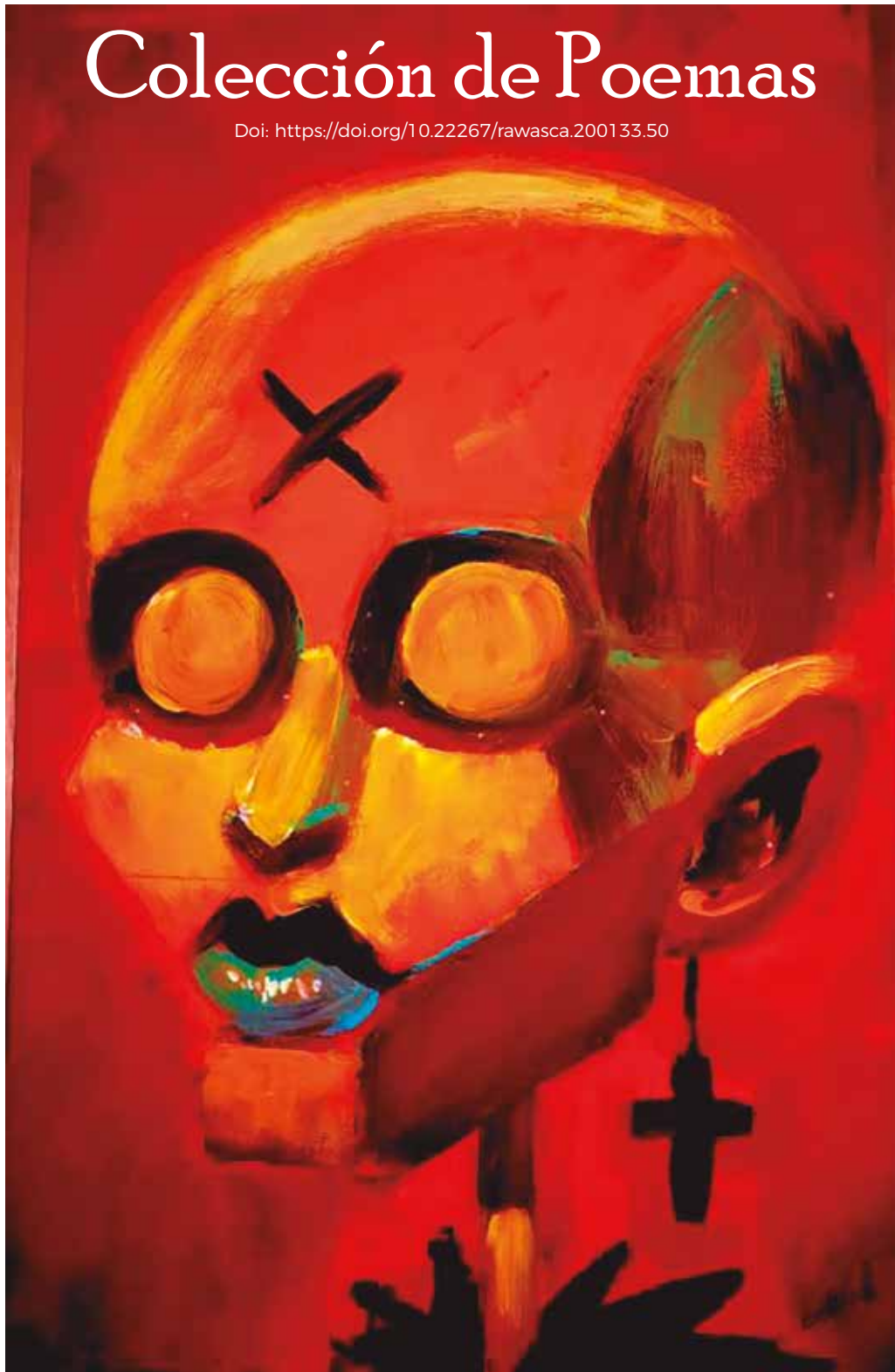
Contexto histórico de “Los sordos ya no hablan”	151
Alejandro García Gómez	
“Winston Smith” el poeta (Orwell y Heidegger)	166
Beatriz Eliana Salazar Cabrera	
Tardes de taller con X-504: Memorias	172
Alejandro García Gómez	
El renacer del mito en la novela	179
Alfredo Ortiz	

Fotografía

Las jornadas y el tiempo	200
Cristian López	

Colección de Poemas

Doi: <https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.50>



Alex Castillo Segovia

Daira Galeano Palacios

Líneas

Jamás te dejes provocar por las manos de un dibujante,
 Luego despiertas adherida a su cronos,
 Contenida en su retina,
 Difuminada en su trazo.
 Te será vital reanudar ese naufragio,
 Desaparecer en las aguas del Ganges....
 De nuevo.

Fémmina en cinco barbas

Rutila habita casi un siglo,
 En ella creció barba / cabellera que dio raíz en su frente
 Y se anudó con cintas al final de cada trenza.
 Roberto esculpe en madera las máscaras del tiempo.
 Bigote primario abrió el camino a una barba,
 Que le sumó a su leyenda aquel apodo subversivo.
 Las tijeras nos dejaron sin su vuelo.
 Observé en un libro la de Withman,
 Corté su letra blanca, las hojas, su canción.
 Me vestí con ellas antes de caminar por la feria.
 Septiembre... Barba roja, blanca y negra,
 Se ocultó bajo mi blusa durante casi una década.
 Puñal y enmendadura en mis apuntes.
 Detengo el paso en la barba de un amante,
 Homo milenario,
 Se humedece en mis acertijos para transformarse en insomnio.
 Suenan las tijeras de nuevo y el café dibuja sobresaltos en la taza.

Teatro para rato

Un paso ligero y a medio salón
La máscara.
Cadencia de actor, cantor y bufón
Mueve el brazo,
Gira la mirada a la única silla comprada en taquilla
Y toma todo lo que le pertenece.
Si, esa su máscara.
Ya completo, con gotita de maquillaje en la sonrisa,
Con gotita de maquillaje en la herida
Encerrado en un vestido que cada vez queda más flojo,
En medio de un guión que cada vez se ajusta más a la realidad.
Ahí el gran y único hombre-mujer disfrazado de sí mismo
Gira, salta, repite en eco sus líneas,
Y en el compás de la orquesta
Como pieza de museo, queda inmóvil
Un nuevo personaje empieza a habitar el viejo cuerpo,
Se adentra con furia por la vena expuesta en el cuello,
Redondea el nuevo pulso
Modula ese timbre fino que solo pronuncia incoherencias
Y con par de pies arrítmicos
Empieza a despojar la débil coraza que lo mantiene firme.
Del otro lado de la tarima
La silla con mujer prometen regresar al día siguiente.
Y a la cuenta de tres, seis y treinta y seis,
Cae el telón.
Pincel, hilo, aguja de vestuario buscan su féretro.
Y el hombre-mujer que se disfraza de sí mismo
Sabe que esa noche
Estará también fuera de foco,
Donde desaparecer puede considerarse destino.
Un solo aplauso tras bambalinas,
Plenitud de haber dejado tinta y espina
En una escena que repetida es la vida,
Mi vida,
Tu vida.

Anónimos

¿Qué saben del infierno aquellos que no esperan?
 Los que no imaginan la guarida perfecta,
 Improvisado refugio para perder sus atuendos de fantasma.

Clave de sal

Se precisan 48 horas
 Para olvidar aquella guitarra
 Que decidió quedarse anclada en la playa
 Al cerrar esa noche de música, brindis y pieles en oferta
 Las seis cuerdas le hablan a su dueño:
 Me dejarás aquí, en este borde,
 Sin importar si más tarde me seduce el océano o un ebrio.
 Déjame sola en este límite,
 Y si al despedirte, vuelves a escucharme
 Ya nunca sabrás si habla mi arpegio o tus cadenas.
 Al fin y al cabo la arena oculta pie y beso.
 Todo se hizo a su modo,
 Despedida,
 Pequeña despedida,
 Alguien,
 Alguien que lo ha perdido todo,
 Guitarra,
 Vieja guitarra abandonada.
 En la mañana la marea danza, lo hace siempre a cuatro tiempos,
 Uno: La mujer cubre de jabón y viento sus caderas,
 Mordisquea uno que otro lamento.
 Dos: Su amante la observa antes de vestirse de canoa y pesca.
 Tres: Una guitarra vende canciones en el puerto,
 Compra alas y sube a bailar con Carmela.
 Cuatro: El hombre vacío, el mismo de anoche al final del sarao,
 Vuelve a afinar primera, segunda, todas sus vidas.
 Imagina otra curva de madera en su muslo, repite el último acorde,
 Desliza su pie,
 Humedece a gotas, a burbujas su reflejo.

Al fin y al cabo la arena oculta herida y carcajada.
 Agua, cielo, suelo
 A veces yo misma vuelvo a esa orilla
 Y todo me suena en clave de sal.
 Gemidos de dos que se abandonan,
 Encuentran y persiguen.
 Brújula y diapasón que sólo apuntan a norte.
 Tatuaje y espejo de la misma fábula.

Kallarimanta

Adrián Figueroaman

Taytaka shina nikurkalla,
 -Ñukarak kallariypi risha-
 Paypak warmita rikushapa
 Yurak hakuta churanapi churan
 Takshanapi kimiriyalla.
 -Ñukarak risha-
 Shina kushilla nikurkallami
 Chakrata wayraka pukukurllami
 Paypak mikunata mañakurllami
 Sawarishka punchamanta.
 -Ñukarak kallariypi risha-
 Punchan, punchan, nikurkallami,
 Apuk taytaman mañakukpika Clemenciaka,
 Apuk taytaman mañakurkallami
 Shina mañakurkallami.
 -Ñuka ñawpashparisha-
 Yuyaywan nikurkallami
 Paypak kuyashkata rikushpa
 Chakipi churanata, sirakurka
 Churana mayatapash.
 -Ñukami kallariypi rirkani-
 Manchanayayta Taytaka kaparin,
 Nanachikukta apan,
 Paypak kuyashka warmita
 Ayapampapi puñuchinkapak.

Andrey Medina

Ñoka

Alacrán con fobia del mismo
Adicto al asco, posiblemente inservible.
Veneno juego de poetas
Revuelto en sus treinta y cuatro horas al día.
Espinoso aferrado al fracaso
Siente el rugido del monte.
Amante sin besos del amor
Descalzo por los universos.
Instintivo atrapado a las memorias
Encaja desesperado en la quiebra.
Animal error de dios
Jaula del diablo.
Haragán no guiado por sus caracteres
Receptivo de reminiscencias del futuro.
Existencia rumbo al péndulo del pozo de Allan
Gritando asperezas, graznando vidas se Emboba.
Aullido liberal con su escarmiento.
¿Ese casi humano al tajo de la congoja soy yo?

Dulce

A Ivonne...

Si dios existe tu cuerpo es donde se relaja
Tus senos las musas para que trace el Placer.
Tus ojos su ruta de escape
El calor de tu manos el origen del agua.
Y si el diablo existe, es el tiempo que no Estoy contigo.

Al sur de tu ser

Impío elixir de norte a sur de tu dermis ahí enmudezco y exijo tus
gemidos deseosos de mi silencio.

Protagonista y antagonista en busca de finales nefastos sin crear
vida sin embargo no dejar de vivir y mucho más ahora siendo la
garantía placentera del otro.

Sopor eterno que presentamos sin hablar sin pensar, sin consciencia
al actuar.

Lenguaje genital y emocional encargado del tratamiento falto de
cordura

confiando que moriremos sin “pureza” y sin esperar una muerte
erróneamente negativa.

Viento y velero

De Helen...

Te hice lo que la luna a las mareas Ascendí defectos violentos
envié lejos pasados aborrecidos
el sol me robo energía
desorientado, además de Eolo me nombran.

¡Tú tan viento, yo tan velero!

Tú gaviota absorbes un nevado mar soy ola que viene y va entre
azares eres tempestad limitando todo con besos yo remo astillado
sin la brújula de tus retinas.

¡Tú tan viento, yo tan velero!

Miér...

Desde siglos no pretendo el alba
reniego de mis soles.
Creo infame al amor, la vida
el orden, el ser padre, tal vez noble se titule la muerte.
Mañana miraré la pared izquierda cristalizada
e intentaré renacer de nuevo con los mismos peros...
Mis ojos en el espejo del baño son chimeneas soltando humo por
mis ojeras.
Siento que me seducen, pero no sé quiénes
¿Quiénes son tan infelices que se atreven?
Apenas soporto ímpetu por mí mismo estoy sensible y es lo más
chocante.
Depurar secretos del mundo
y tormentos inmortales a la humanidad.
Requisitos arrancarme la lengua, dejar de hablar
e inclinarme mudo a escribir.
¿Será ya jueves o viernes?
¿Tengo la herejía de acercarme consciente al final? pataleo para
que este tiempo juegue a mi favor me veo irrisorio sabiendo no
comprender las horas.
La madrugada me hace recordar la noche para acabar de trazar esto
que nadie leerá. El domingo me antoja entrar a una ceremonia
y maldecir al tal creador por forjarme racional.



César Guerrero Acosta

Tatiana Peña

Tango fúnebre

Absurda depresión, cómo te afloras
 Sentimiento trágico de existencia
 Me pesa la vida, la siento en los pies
 Como si ya no tuviese sentido respirar.
 Por qué y para qué vivir,
 Todos los días lo mismo
 Necesito liberarme, no soy de ataduras
 Le temo a la responsabilidad y me encargan cargar con mi vida
 ¿Qué clase de juego es este, cómo se juega?
 No soporto más a la hedionda gente
 No tienen cabida con su inmundicia
 Tan repugnante o más que la mía
 ¿A qué me he reducido? ¡A nada!
 Llevo horas dando vueltas en la cama

Mil pesadillas sin necesidad de dormir
Salen lágrimas instantáneas
Y no quiero vivir más.
Qué pesado se hace el tiempo
Limitarnos, obligarnos a seguirlo
¿Qué pasa con este mundo?,
¿En dónde firmé vivir y por qué estoy aquí?
¿De amor se vive? Pues no, mírenme
Completamente enamorada y con la vida en el suelo
Pisándola cada que doy un paso.
Madrugada fría, cobijas gruesas que no abrigan
El hielo se siente de dentro
Empezó a enfriar la sangre,
Así va a ser fácil cuando se hiele toda mi vida.
Qué nostalgia se siente, se desgarran todo
Brazos, ojos, piernas, corazón; hasta llegar a la vena de la vida
No quiero ver sangre, es escandalosa
Ya tuve veintiún años de escándalo
Quiero expandir mis alas
Llevarlas a algún lado,
No me da miedo lo incierto,
No le temo dar el paso a la oscuridad
Quiero bailar ese tango fúnebre
y poseer ese violeta en todo mi cuerpo
Alguien me dijo: “tu corazón es rudo”
De seguro no lo ha apretado para sentir el algodón en él
Nada de humo, nada de alcohol, nada de drogas
Ya ni el sexo me anima, no me excita existir
La muerte, qué solitaria, qué bulla hace
Desespera mi cabeza, se alborotan las ideas
No dejan de sudar por mis ojos
Completamente destrozada
Peor que una paliza con huesos rotos
En el rin, luchando la vida contra la muerte
Veintiún años de absolutamente nada
Absurda depresión, como te afloras y expandes
Me duele la vida
No la quiero más, es hora de cambiarla.

Carolina Lince

El paraje astral

Un cuerpo celestial, engendrado
 Un cuerpo perfecto, aniquilado
 Un cuerpo desconocido, hallado
 Un cuerpo ajeno...
 Forastero de mi conocimiento.
 Una existencia para conocerlo
 Una existencia para entenderlo
 Una vida hermosa, un sorbo caótico
 Una vida confusa, enredada.
 Tejer alegrías y tristezas
 Desnudar la conciencia
 Enlazar y soltar hilos astrales
 Tejer a los compas del universo
 Conciliar el espiral del tiempo.
 Al tiempo que las vibraciones del águila
 Despliega el telón iridiscente a la conciencia
 Extendiendo sus alas al infinito
 El pueblo y el universo se confabulan
 Para engendrar danzas ancestrales.

Baile ancestral

Una mirada cósmica, a través de la energía
 Un cuerpo hecho cenizas, un baile celestial
 Al ritmo cosmos acústico del viento y las estrellas
 Indígenas ancestrales, bailan quenas y tambores.
 Conocer la muerte, enfrentar la vida
 Noches caóticas de perennes horas
 Luz y oscuridad de risas se incorporan
 Conocimiento como un látigo de sensaciones
 Ancestros sabios, eternos
 Un universo, una pluralidad en singular
 Un pensamiento cantado
 Un lenguaje de alabanza al Dios universal.



Camilla Lince

Mi ensoñación hecha poema

Como un infante llega Raúl Gómez Jattin
 Con su boca de anaconda
 Se enrosca al huso de su estrofa
 Su postura, fuerte y sobrecogedora.
 Delirando busca a Isabel y su hamaca
 Con una botella y cigarros
 Él se sienta a mi lado
 El humo se impregna en mis ojos
 Hasta volverlos cenizas.
 Sus palabras endulzan mi oído cual duendecillo
 La náusea de sus versos, puñal para mi alma
 Sonrisas y melodía melancólica
 Llega la zozobra y el abatir de la noche

¡Jattin!, una ensoñación de poesía
 Una mirada que penetra
 El más tierno átomo de mi existencia
 Para convertirlo en un escudo literario. Carolina Lince
 Jattin, con su ombligo de luna, cura mis tempestades
 Mis manos obscenamente
 Se convierten en un símbolo de sus palabras
 Mi corazón se enciende rápidamente
 Al escuchar un poema casi obsceno...
 De su cabeza caen gotas de alcohol luminiscente
 Y tocan dulcemente, la mirada de un poeta solitario
 Ojos oscuros y profundos cual navajas
 Sus pies, son raíces engendradas, ligado estas a tierra
 Tierra de indígenas y poetas.
 Poetas incomprendidos pero que se comprenden
 Entretanto los cuervos esperan sosegados
 El cadáver de un espíritu sempiterno y enamorado
 Raúl Jattin se despide con una bella sonrisa
 Y se sumerge en un dulce sueño.

Bella mujer

Mi pacha mama, acendrada eres
 Bellísima mujer, a los ojos de tus hijos
 Cabellera larga y verde, al igual que tus vestidos
 Piel morena, cual azabache
 Ojos azules, dagas de acero
 Labios rojos cual sangre
 Pieles de colores arrastras con tus pasos.
 Pacha, esencia... ¡vida!
 Tu cabellera son los bosques
 Tu piel la tierra, de cultivo nos alimentas
 Tus ojos las aguas, que nuestra sed sacia
 Tu ropa la clorofila, nos brinda vitalidad.
 El sueño de la vida, la tristeza de la muerte
 El oír del colibrí en cabello encanecido
 Pacha mama a trompadas se lanza
 En la cordillera de los andes descansa
 Para sucumbir en la quena y la poesía.

César Estupiñán ~ Ximena Riascos

Poesía triste de una pluma ausente

Escribo como gotas de agua, que en la ducha, recorren tu piel,
 Describo cada una de tus células con matices de sutil carmesí,

Te vistes con espuma de venus,

Las pompas de jabón se asemejan a tu ardiente deseo,

Al mínimo roce estallar de pasión,

Mis trazos plasman el apetito de tus labios húmedos

Que anhelan sumergirse en el éxtasis de mi pluma.

Las gotas de agua desvisten mi traje de venus con tus dulces
 caricias,

Se deleita mi cuerpo con ímpetu

Y arde mi mente imaginando como tus letras recorren mi cuerpo

Plasmando sensual poesía en mi piel,

Gime en verso mi corazón, suspiran mis poros

Por el cálido recuerdo y el constante apetito de mi alma,

Cada pincelada emana hálitos de pasión como

Cada gota estremece lo muerto de mi libídine

Y siento como palabras lejanas se apoderan de mí.

¡Oh mujer!, me vuelvo loco escribiendo este poema

Cuando nuestras sábanas están en blanco

Desde hace tanto tiempo.

Anhelo oír el verso de tus gemidos,

Extender mi tinta sobre tu piel,

Saltar de nuestro ser y volvernos uno.

Soy pluma y tú papel.

Soy papel y tú pluma.

Ximena Riascos

Corazón de chicha y nabo
Es un charco que salpica
Almas sensibles,
Aunque alguno, vista impecable
Deja su mancha
Y pasa de largo,
Es imperceptible
Agridulce y perecedero
No te fíes de un corazón
De chicha y nabo
Pues embriaga con facilidad
Y nunca siente de verdad.

Poema a la flaca

Maldita, infausta, la más perversa de todas
Te odié, sí que te odié, con desdén desde aquel día
Que tu huella dejaste impregnada
En lo más profundo de mi corazón
Digo que te odié, porque hasta
Entonces no comprendía tu fin;
Pensaba que ibas por el mundo
Borrando la brisa de cada amanecer,
Apagando la luz de aquellos soles
Que hacen que el infinito sea más bello.
Y aunque aún llevo tu marca como un tatuaje
Que plasmaste en mi pecho
Cuando tu huesudo corazón ni siquiera se
Percató de mi existencia
Hoy
Sin tratar de irrumpir lo que eres
Te veo diferente;
Sin pretender decir que quizá
Eres la más acertada de todas,

Me gusta imaginarte
Por las noches mordiendo mi sonrisa
Como aquella noche que
Me sentí fatal
Tu mirada fría congeló aquel momento sin dejar
Que él manchara sus blancas manos;
Desde entonces
Te pienso en días de miércoles
Cuando el fango invade mi mente
Con sombríos pensamientos
Que transforman mi ser
En harapos sedientos;
Y entonces mis labios se resecan y deseo
Con ansias besar aquel vaso letal
Pero te pienso y no eres tú
No es ese beso la mejor forma de encontrarte
Y me resigno a esperarte
Como quien espera al amor.

1

De la nada aparece, sin previo aviso, él, invisiblemente se
Corona como rey enemigo del mundo
Destrona cualquier poder
Otro día más y no hay remedio, rito, ni arma alguna
Que combata contra tal crudo y vil
No hay nadie afuera
Adentro está la protección
¡Oh gran Dios revela ahora tu bondad!
¿O como siempre te harás sordo y ciego ante tal desgracia?
¿Acaso es un castigo?
¡No!, no, no, no lo es
Fue obra del hombre chino.
¡Ay! como dueles patria querida
Ver insensatos que no se percatan del valor de la vida.
Y otros porque no tienen refugio
El noticiero habló hoy de 2449 contagios en Chile

Mundial dijeron que había un millón
Y numerosas muertes.
En ecuador mi país vecino no se ve vidas en la calle, sino cadáveres
tirados
Invisible pestilencia, inclemente despiadado
Invade cada rincón
No distingue clases sociales
Pobres, ricos hombres y mujeres, jóvenes y viejos
Como helio y aire se sumerge en cada vida.
Pero no todo está perdido
Porque
Las casas ya no están más solas y tristes como decía Bukowski
Ahora la gente busca refugio en ellas, el hogar la única salvación
La unión familiar le sonrío al virus y
A la luz resaltan grandes héroes que nos llenan los ojos de alegría
Médicos, enfermeras y campesinos.
El valor del alimento.
Y los animales libres observan con curiosidad
Aquella desgracia.
Hoy
Anunciaron también el silencio de los fusiles
No solo en mi Colombia sino en lugares lejanos
Infortunio y esperanza
Trae el que se coronó virus
Ágil bacilo que atropella la humanidad.

Eliseth Gaón

En blanco

Sus lágrimas se derramaron en la hoja
Creando las palabras hermosas.
Soñando con la pluma al contacto con
Papel, la frase en sus labios dibujo de algo
Hermoso, en la portada cerrada donde dentro
No había nada solo estaba, una vida soñada
Abandonado en un cementerio tu corazón está
Muerto, ha dejado de ser parte de mí, porque él mismo buscó la
manera de salir,
Ahora está bajo tierra y
Cemento. Borrando el juramento.

Limón

Guardo la luz de una mirada
Cuando despertaba en la madrugada
Mientras se quedaba en mi memoria
Para entrar en los recuerdos, que nunca olvidara
Recuerdo el sabor de tus besos pero aún más de tu
Sonrisa, llenaban el alma que se consumía de deseo
Con el sabor del amanecer
La fragancia más fina la que nunca se olvida y en la
Ropa se impregna y por la calle te lleva, surgiendo la historia
Que no se nombra en la vida imagen intensa
Refrescando la memoria del vaso que desborda.

Sereno

Olvídame en el silencio, que vuelve cuando
Despierto, y muere junto a mí, sentirás las manos
Heladas, solo te pido guárdalas, piénsame
Cuando ya no esté sabrás que soy yo
Cuando vuela el ave negra o a las tres de la
Madrugada, cuando despiertes sin sentido
Camina junto a la noche y
Solo así estaré contigo
Habla con la noche y escucha
Los gritos del silencio, mirando a las nubes
De Formas extrañas que no concuerdan
Que esperan la muerte de las estrellas
La noche como un consuelo, de
Los sueños y las pesadillas
De muertos que viven en la mañana
Al buscar y no
Encontrar se dio
A la soledad y el camino
Perdido del refugio donde se encuentra
El suspiro, donde cerró sus ojos al
Final.

Final

Vuelve la locura a dar vueltas
En la vida
Despertando las heridas que se encuentran
Escondidas
No han sido esculpidas en la piel
La sangre que no se ha derramado
Quedará en lo profundo lacrada
Esperando que no encuentre el
Fin de nada
Debajo de la tierra las raíces
Se impregnan en un lugar donde el soñar está prohibido
No queda más que
Humedad y sustancias que
Son almas que al cielo Emigran
Sin herencia ni destino
Tan solo un largo recorrido.

Ivonne Catherine Arturo

División

El tiempo no nos separará,
 La distancia será corta
 Relojes tan fugaces como parpadear.
 Sin darnos cuenta
 Tú mano acompañará la mía
 En un sendero entre las nubes
 Lo que tenemos durará
 Más que tu vida y la vida
 Juntando tu edad con la mía
 Medio siglo que dure.
 Tanto tormento en la espera
 Cercanos en la distancia
 Lo mutuo, los textos
 Lo que nos mantiene
 Un solo sentimiento.
 Combinamos en la vida y en la cama
 Unidos sin un tiempo
 Entrelazados en los besos que vendrán
 Quidemos este tiempo de calvario
 En un revolcón eterno.

Poema

Combina tu paz y mi tormento
 Tu voz con mis gemidos
 Es música profunda
 Diferente cada encuentro
 Tus hazañas y las mías
 Desbordan adrenalina
 Cuando cogemos
 Cada rincón de esta ciudad

Es mundo de criaturas
Con misterios
Caminemos por la avenida
Todo el día y la noche
Corramos entre la aurora
Tan lejos, tan lento
Que nadie nos detenga
Hagamos el amor
En cada espacio de la noche
Sin control
Cada día y cada noche
Jugando el juego de los amantes
No existen calles que detengan
La pasión que cada día
Crece y desborda
La mañana profunda
La voluntad de confiar

Desconcierto

La emoción se acaba
La chispa del sol se apaga
Las ganas de escribir no están
El tiempo está copado
Todo por una hoja en blanco.
Una cara en un espejo
Me mira con desconcierto
La sorpresa de un reflejo
Que no me corresponde
Me mira con desilusión
Sonríe, sonrió
La cordura desaparece
Pausando el tiempo,
El sol brilla como nunca
Los miedos desaparecen.

Soledad

Recuerdos 24/7
Memoria que nunca olvida
Cuando la quietud está
Salen de una bóveda
Resguardada, secreta
Secretos que posee
La inesperada soledad
Lúgubre y calmada
Habita en la esquina
Del insomnio consiente
Vienes, dejas estragos
Y te vas.

Tómame

Un día o dos
En un mundo de criaturas
Que cogen sin pudor
Sin huir, sin control
Una noche o dos
Bailemos sin tiempo
Sin ritmo sin tempo
Siente la música
De tu corazón joven
Déjate llevar
En el día
Píntame con tu color
En cada rincón de mi cuerpo
En la noche
Cúbreme con tu amor
Las emociones que
Transmites son el
Lenguaje universal
Del amor.

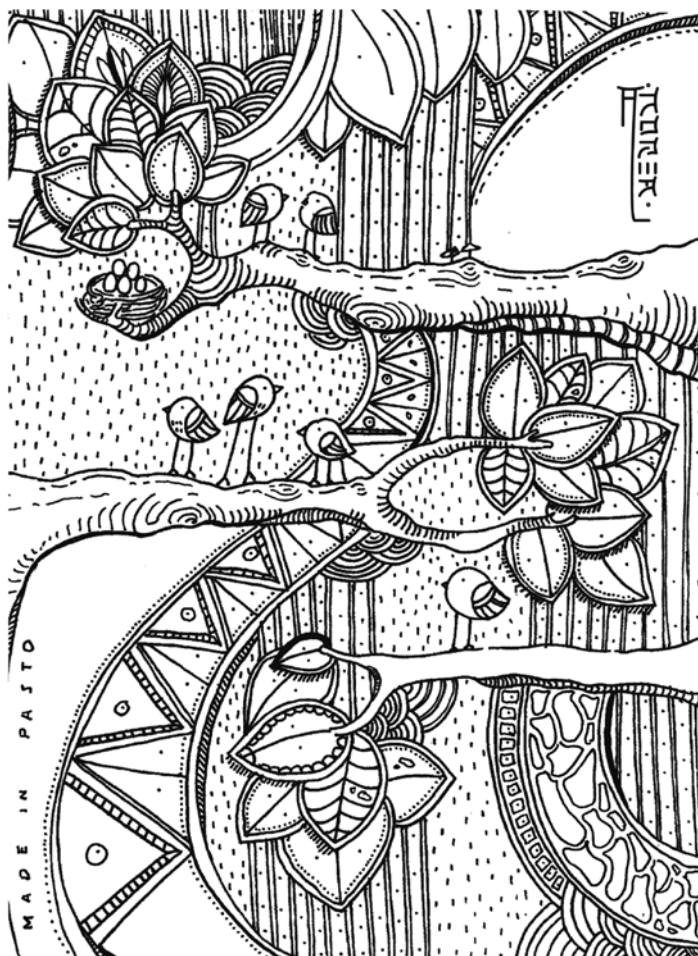
Devoradora

Ambiciosa y esbelta
Sale de día y de noche
No importa la hora
Solo con verla te embelesas
No busca amor
Busca libertad
Si te le acercas
Saldrás herido
Destrozará tu mundo
Con su belleza
Cuidado que viene
Con mano dulce
Y mirada degolladora
Te comerá vivo
Si te le acercas demasiado
Te encontrará
No te escondas
Ella sabe dónde buscar
La devoradora de hombres
Derriba paredes
Por placer y libertad.

Poema 2: ¿Qué es el amor?

Una charla, una caricia
Una palabra, una llamada
A media mañana, en la noche
Y la madrugada
Sonrisas en la mirada
La paz del silencio
La compañía.
Es sentir calor en unos brazos
Soñar despierto y no despertar
Ser tan libre como el viento
En invierno y primavera

Nutrir la felicidad
Erradicar la tristeza
Viajar entre mundos siderales
Flotar en la tierra
Y caminar en el espacio.
Perder el control
Dejarse llevar
Por el encuentro
Por el momento.
Eso es el amor
Un momento de lo eterno
Que valientes y cobardes
Comparten.



Andrea Morales

Luis Arturo Coral

Reminiscencia

Mis ojos, vuelven hacia Ximena
 Diosa del amor y la belleza.
 Ximena, ser de pómulos espléndidos
 Y pies pequeños.
 De mandíbula pronunciada
 Y sonrisa prolongada.
 Tú sombra, producto de este sol infernal
 Hace que vuelvan tus recuerdos
 A mí angustiada, soledad.
 Ximena:
 Figura pública
 Cáliz de pasión,
 Brisa detallada
 En mi impasible, corazón.

Parca

Aquel martes desolado, mi temor suscito
 En un encuentro plano y recto.
 Te invoqué con una sustancia, y pude
 Encontrarte en la áspera nostalgia.
 Actualmente, quisiera posarme en
 Tu manto de olor azufre o en tus fríos huesos.
 Pero estás tan cerca y tan lejos.
 Quisiera que me abracés y me aprietes el pecho,
 Hasta no tener aliento.
 Y al besarme sepas donde encontrarme:
 En el ocaso endemoniado, de tus adentros.

Emociones vehementes

Ramera,
¿Creíste que un beso calmaría nuestras dolencias?
El niño murió, como cristo en mi corazón.
El rencor que prendiste en mí es tan inmenso,
Que aún podría seguir queriéndote, mientras
Los demonios cantan al ocaso, mientras
La oscuridad se apodera de nuestros rasgos.

Incandescencia

Maravillado por esta
Blancuzca noche de abril,
Divisé como dos sonetos
A tus grandes ojos,
Danzando, en ese
Trémulo firmamento.
¿Serán acaso tus ojos?
Los que seducen la ebriedad
Solitaria del mal llamado, Poeta.
¿Acaso serán tus ojos?
Tan lúgubres como mis noches
O meramente dos mofas,
No lo sé, replicó el poeta.
Lo que sabría decir, es que los
Resguardo como un viejo hálito,
Cuál hálito, amenguado de un marinero.

Bohemia

Borracho y sin fe,
en medio de la confusión
anhelo aquellas caricias,
que musitan cosquillas.
Mientras, un soplo llega del confín
Con olor a la fría madrugada,
En mi desvalida visión
La sombra de un pájaro, se posa
En las entrañas de este cuarto
Y me sacude ese estremecimiento mordaz
que los sensibles le llaman, soledad.
Mientras la luna, doliente y seca
Vacila con luz tenue a través de la ventana,
caigo en los ávidos recuerdos de ella.

Miradas

Las miradas suspiran,
Hablan por sí mismas
Cobijan al alma,
Como el sol en calma.
Tu mirada y la mía
Son incompatibles, combaten,
La pugna es irreconciliable.
Constante, andante, refrescante
A mi parecer es tu mirada;
Pero sin piedad me hiere en el alma.
Heme aquí,
Entre bosques y sombras,
Tratando de buscar tu luz perdida.
Córtame o bésame
Solo con mirarme
Pero nunca cedas,
Nunca, desvaneczas.

Cecilia Cruz

Miré una derruida casa
Cuantos recuerdos
Cuantas historias
Cuantas tristezas
Cuanto olvido
Cuantos secretos
Cuanto dolor
Me pregunté
Es igual a muchas vidas
Ya están derruidas
Se acabaron
Con la destrucción
Del silencio
De la soledad
Ocasionados
De recibir
Tantos golpes.

Nacemos en cuero
Y morimos vestidos
Vestidos de angustias
Vestidos de tristezas
Vestidos de desilusiones
Vestidos de soledad
Vestidos de alma vacía
Del dolor de los hijos
De las palabras ofensivas
Vestidos de desesperación
De no haber logrado nada
Sino el vacío
Dejado del eterno olvido.

Karen Estrella Ríos

Museo desde tu aura

Ubicarse atrás en el salón de clase es incómodo cuando tienes problemas de visión, lo que no sabía era que podía observarte sin que me mirasen hacerlo. Observar ese perfil diagonalmente de tu cuerpo, la postura que posees al sentarte, mirar a través de tus gafas y recordar tus problemas aún más graves de visión (río, nadie se da cuenta), observo tu manera de escribir, de organizarte, de preguntar, observo otra vez el perfil de tu rostro, que es lo que diviso desde aquí; detallo parte de tu ceja, el final de tu ojo, el sutil delineado de tu nariz en el ambiente, tu mejilla, la media luna de tu boca, parte de tu papada y tu oreja, que asoma cubierta por una cascada de cabello. Ojalá te vuelva a encontrar y percibir, ojalá te pueda observar y poder llevarme tu otro perfil, quiero completar la obra de arte para poder conservarla.

Debate de ti

Te daría y/o diría todo lo que guardo, solo para que por un momento y en su mínima expresión sientas el cariño tan único y extravagante que te tengo. Te daría mis ojos para que sientas la ansiedad de estar pendiente de tu ser, mis besos para que sientas como yo con los tuyos la cúspide de la felicidad, el sentir de mi tacto para que sientas como vibra al son de tu energía; pero te vas y no me quedan sino efímeras sensaciones que me recuerdan la vida en su máximo esplendor, las abrazo, porque tal vez, ojalá no, sea lo último que posea de ti... te daría todo aquello, demostrándote que te quiero pero necesito antes quererme, quedarme con ellas y vivir tranquila.

Trazos

Te quiero, y soy tan simple en ello que no logro explayarlo, no logro explayar los sentimientos más deslumbrantes y perversos que podría pintar sobre tu lienzo de existencia, no puedo rayarte porque tú no lo deseas: no nos poseemos. Entonces mi creación está en un vaivén entre un boceto o la terminal obra de arte, no te pediré que escojamos solo que dejemos fluir lo que depare los trazos.

Respiro de aliento

Soy un respiro de su realidad tan azotadora, es lo que mencionan los amores pasajeros, un respiro que toman y dejan para seguir con su vida, que llena pero que duele, que brinda y poco recibe, un juego, un instante, tan solo un proceso de aire que ayuda tanto pero que no sabe cómo ayudarse, que brinda la chispa de la vida pero que se apaga la suya con la soledad de cada partida, respiro que ahoga con la exhalación... que revive su amor cuando con la exhalación revive a su amor.

Nos perdimos

El cliché nos ha dado frialdad y nos ha quitado humanidad, no crees en mi amor y te vas con mi amor final.

Sonrisa

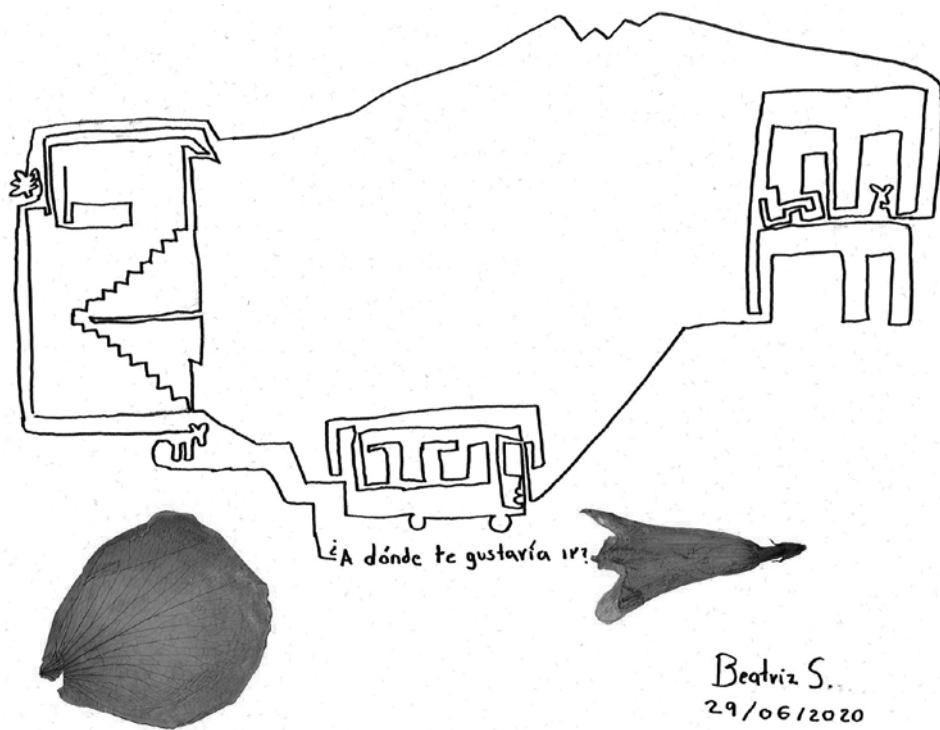
Sus labios, el lugar en donde quiero quedarme;
Ese lugar que hipnotiza
Y brinda viaje.
Lugar indefinido,
Que me lleva a zigzaguear entre realidades diversas,
Donde mi adicción
Me adhiere a ella.

Beatriz Salazar

Poema pictórico

¿A dónde te gustaría ir?

El deseo de los huesos en tiempos de cuarentena



Bayron Andrés Martínez

Resiliencia poemas para morir

I

Alojado en una esquina oscura
 Libre de juicios erróneos
 Que quebrantan mi espíritu,
 Donde no existe el tiempo;
 Aquí solo existe el recuerdo
 Alimentado por figuras humeantes,
 Amorfas ilusiones que vienen y se van.

Las luces de la calle entran,
 Fotones envueltos en sobras
 ¿Soy una estatua sudorosa
 Que no sale de tu cueva?
 No confío en mis fantasmas
 Voces de antepasados ebrios.

Escucho los pasos violentos
 Que tropiezan entre la lluvia
 Pero los sonidos son fugaces
 Propagándose hasta perder
 Lo más sublime de su esencia.

Continúo alimentando mis sentidos,
 Extasiándome de todo lo exterior
 Intentando hallar una respuesta
 A los tormentos que sopesan mi ser.

El deseo de apagar las luces es inminente
 Pero el vidrio frágil,
 La piel es insensible,
 El vino corre
 Y la sangre fluye.

II

Casi no puedo hallarte,
Mi cuerpo te busca
Entre el millar de espacios
Descartando la materia muerta,
Olvidando por completo al mundo
Porque tú representas vida.

Casi no puedo hallarte,
Porque los espejos me engañan
Y las luces me ciegan,
Me guían por caminos inhóspitos
Que ningún ser humano
Debería jamás cruzar.

Casi no puedo hallarte
Porque ya camino entre los huesos,
Con mis pasos lentos
Y mi aliento desgastado
Que bota el alma a soplos
Por el destierro de tu cuerpo.

Casi no puedo hallarte,
Pero tu ilusión me mantiene vivo,
Tus palabras me elevaron
Y aún las escucho a lo lejos
Llamando a este pobre hombre
Que se perdió.

Casi no puedo hallarte
Porque tus huellas son sutiles marcas
Que dejaste en mares, en montañas,
En pieles y también en mí
Para al fin poder encontrarte
En el infinito camino de la muerte.

III

La enfermedad escondía su encadenada alma;
Ella ataba sus manos y descontaba sus pasos,
Cada rostro nuevo chocaba con él.
En muchas ocasiones ella lo enfrentaba al espejo
Que deformaba su figura haciéndolo irreconocible.

Su ventana se encontraba desolada,
Había muerto su imaginación,
Lo atormentaba vivir en una realidad
Y a su vez no vivir en ninguna.

Cuando su mente se concentraba hacia un destino
Llegaba ella como un huracán
Despojando todo de él, todo su tesoro.
Arrebató su arte y su filosofía,
Y cuando no quedó nada más de él
Proclamó su autodestrucción.



Andrea Morales

Claudia Meneses

Devoción a mi terruño

En tus terrenos el tiempo parece que no corriera,
 Pues el viento nos acaricia y nos hace ver la primavera,
 Las noches oscuras y los días lluviosos se transforman en belleza
 Y aun cuando el sol termina parece que la luz empieza.
 Te siento dentro de mí,
 Te siento en cada vena, en cada rasgo de mi cuerpo y de mi rostro,
 Te siento en mi valentía de mujer guerrera
 Y en el sonido hermoso de mi campo,
 Mi Guaitarilla, mujer tatuada con múltiples retazos,
 Te rocían frescas y libres tus aguas cristalinas,
 Te cobijan floridos campos.
 India de aventuras, voces fuertes y manos aguerridas,
 Te debemos nuestra vida, nuestra paz y nuestras risas
 Las mañanas y las tardes de aquí son las más bellas,
 Son salidas al caos de estos tiempos sin estrellas.
 Los arroyos son voz de alivio al oído cansado,
 Son voz de calma al hombre desdichado.
 Y aunque los arroyos van pasando nada más,
 Dejan por descuido una flor en cada paso.
 Las personas descansan en tus campos como viajero en chimenea,
 Tu cuerpo cubierto de trabajo y tus cabellos verdes brindan
 alimentos sin parar
 Y el viajero marcha enamorado de tu rostro sin igual
 Por vos mujer valerosa mi vida, la vida misma de mi gente.
 Gente de manos fuertes que cuidan sus caminos
 Como la luna a sus críos
 Como no admirarte patria chica de amor,
 Patria de ejemplo y tesón
 Si Vivimos en la gloria no hay otro nombre que te alcance
 Y aunque un día huya de tu cauce, para la mamá no hay hijo malo
 Y Sé que podré volver a tus brazos,
 Me acogerán para darme pan en los brillantes trigos de tu regazo.

Nilson Oviedo

El color de la ausencia

Se mezclan los colores en uno
Y dibujo con él la imaginación sobre la realidad,
Los siglos viejos y con canas me saludan a destiempo
En barcas nenúfares hacia el pantano donde me formé.

Me acuesto sobre miradas rojas
Al bailar de la calma espesa y aromática,
El valle en abrazos escarlata y de Shonjay (quebrada)
Abriga mis días glaciales que calcinan.
Los espasmos son de risa
Y el cansancio de calma,
Las horas se deshojan y se duermen
Enroladas en un universo albo.

Visto cada día de clorofila,
Sentado en las rocas cansadas
Que me aconsejan volver a casa.

Respiro... y ya huele a tu presencia
Sensible y tranquila correr por la casa,
Todo es cotidiano
Pero está bien
No tenerte es saborear una vida distinta.

Amarillos nacen viejos

Se esconden los amaneceres en mis ojos
El rocío me cubre el llanto
Y la tristeza se siente sola.

La miel del sol serpentea en mi piel mestiza
Los milenios saben dulce y añejos,
La tierra se apaga en sueños de arcilla
Que seca la hoguera de mi ánima iridiscente.
Figuras de barro y magia de nebulosas
Sola su esencia corre junto al silencio sobre lagos
Ancestros con ojos de luna y piel de orquídea atisban
Danzas de luz espectral sin movimientos de onda.

El azul me enseña notas de agua,
Rocas cantan en briofitas melodías
Y orillas expectantes aplauden mojadas
los atardeceres se vuelven viejos.

Un cuarto amanecer

Y me des-soy de recuerdos...

Me tomó tardes en las mañanas en que no existe mi coma de realidad,
Cuando yo era niño con mirada de desierto y dormía con la luna fría entre mis brazos.
Canta alma con gritos de agua que lavan el último motilón risueño
Que tiñe con sus frutos de tizón morado-dulce los días que se destiñe de nostalgia,
Marchitan junto al vuelo del colibrí errante que olvido sus colores en el horizonte.

Y vuelvo a escribir...

Retomo los papeles y el café de obsidiana con dos cucharadas de azufre,
Todo el ensueño se dispersa en la habitación, las sombras bailan canciones de noche alegre,
Me no-soy más sobre las luces muertas que se pegan a mis pasos de hierro cristalizado.

Y soy el vivir...

Me sube un afluyente de montañas de arcoíris y juegan en mis ojeras,
Recuerdo los colores de la vida que descoloran cada día que me baña
Al levantar las cobijas de la noche que vuela de su cárcel de barrotes de luz.

Y me amanezco distante.

Se apagan los silencios sobre un fuego verde que ríe,
Los colores son de canto y de nubes jóvenes
Al tocar la resina que mide un cosmos.

Juan Diego Londoño

Camino de círculos

Bienvenida el alba y aurora, comienzo del cansancio.
Se abren unos ojos por primera vez;
¿O cuál será el número de esta?
Por inercia se recobran en los símbolos
Pistas que aluden hacer engranajes.
Similitudes encontradas entre los orbes que transitaron
Y los que apenas despegan en su actuar.
Pues si entre la clara confusión se alcanza a presenciar algo
Es el apego a los luceros, que ya describieron el mundo hace años.

Cuantas veces resurgido
Y aun permaneciendo aquí
Cuantas este sentimiento en uno y varios a la vez consumido,
Cuantas veces niño, adulto y anciano.
Cuantas equivocado para estar condenado a seguir regresando.

Oposición al devenir

Presente sin querer en todo herencias de tratos como a trapo,
Múltiples pensares en pie desarrollan condiciones que no pueden
Descartarse de la constitución del ser humano.
Eras necesariamente cambiantes en plural
Pretenden brindar la esperanza carta as que nunca se pierde;
Más borrosos los anhelos que destacaron del singular,
Tristes tripas digiriendo aire, usurera alta falta de medicamentos;
Pendientes de lo que cada quien con manos fuertes o bellas
Alcance a labrar en la tierra.
Predisposiciones aceptadas fácil y llanamente
Por quienes del barro no ven nacer al hombre,
Sujeto que siempre debe ser el amigo;
Por tal falta de vitamina y amor propio
No se suplen necesidades básicas en pronunciación
Al beneficio del ser.
Pretender que sin el oficio real del sentir más que la brisa
Postra en un rincón frío y sin miseria al arte y tradición
Inherente que dejaron los abuelos.
Vistasas bestias por las calles andan presuntuosas
Sin vergüenza de lo que por sus bocas más que baba salpica,
Domesticadas las pasiones se deja de ver lo grande de la luna
Luz nocturna inspiración de hace siglos;
Eclipsada cómicamente no por astros sino asnos.

Edwin Andrés Rosero

Como el Fénix

En el infinito abstracto de tu sonrisa...
Me hundo,
En el nítido espacio que reflejan tus ojos...
Me pierdo,
En el toque excitante que maneja tu tacto...
Me confundo,
Y en el fulgor radiante de tu sexo...
Renazco.



Angie Paí

El hombre

Érase una vez en el campo

Fuimos todos los de la familia a acampar

Gran día, soleado y el viento fresco recorría de norte a sur, la sensación más relajante que ha de sentir, de repente me asomé al ver

Huía, huía a toda prisa, un hombre de negro entre los arbustos corría y se acercaba

Invisible se creía él

Justo en el momento que llego

Kilómetros de lejos se veía nuevamente, no lográbamos concebir la idea

Lámpara grito mi hermano que estaba en el río

No lo toques le dijo mi padre mientras se acercaba hacia él

Muerto cayó, ya era tarde, la curiosidad le había ganado

Ñaño grite de lejos porque y porque volví a repetir

Oh Dios mío gritó mi madre

Por qué le decía a mi padre, mi padre entre voz tembloroso decía icálmate!, esto quizás es un sueño en que despertaremos pronto

Quería llorar pero yo era más fuerte, me negaba a hacerlo y a creerlo

Rabia y furiosa me sentía al ver a mis padres desconsolados llorando

Situación tan rara y confusa, no entendía nada, una lágrima cayó entre mis mejillas

Tú me dijo el hombre de negro mientras me señalaba llorando

Una lágrima más caía en mí, sin consuelo lo único que quedaba era aceptar la situación.

Viva gritó el hombre, no sabíamos porque y enojada le respondí te alegras de nuestra desgracia

Wow! espera un momento, no me alegro de lo que les ha pasado pero me alegro porque me han liberado

Xenofobia era lo que les tenía a ustedes extranjeros de un mundo lleno de tecnología y basura es lo único que provee a la naturaleza, solo la contaminan, la naturaleza que es mi vida, yo vivo por ella
Ya la naturaleza ha mostrado que ustedes son iguales que ella, capaz de dar vida y quitársela, es capaz de defenderse de personas como ustedes inconscientes de lo que les da la vida y les permite la existencia

Al menos ya puedo irme tranquilo

Basura lo que son los seres humanos y ¿tú qué eres? le preguntó la chica

Como no te has dado cuenta le respondió

Darme cuenta de que...

Alfredo Ortiz Montero

Cuando llueve

Las gotas tiemblan como repiques de guitarra,
La calle se llena de voces diminutas,
que enfilan el curso de los barquitos de papel.
La humedad reviene viejos vacíos,
me llena de charcos estancados y enlaguna mis pensamientos,
los chorros huyen del techo de barro en hilos brillantes,
en esa sustancia cristalina que anida en mis ojos.

Los gritos de los niños se pierden con el ruido de los tejados,
la calle está repleta de voces saltarinas,
desde mi ventana miro a la lluvia reírse de los niños.

Las gotas escapan del cristal,
la noche fluye en sonidos de tormenta,
estamos detenidos en recuerdos pegajosos,
somos el relámpago que muere en la lejanía,
formando árboles y cordilleras parpadeantes.

La vida se detiene un instante en nuestra calle,
somos el agua que corre en remolino,
el papel vacío que se deshace en la corriente,
la guitarra que ruge
en la agónica oscuridad.

Derrota

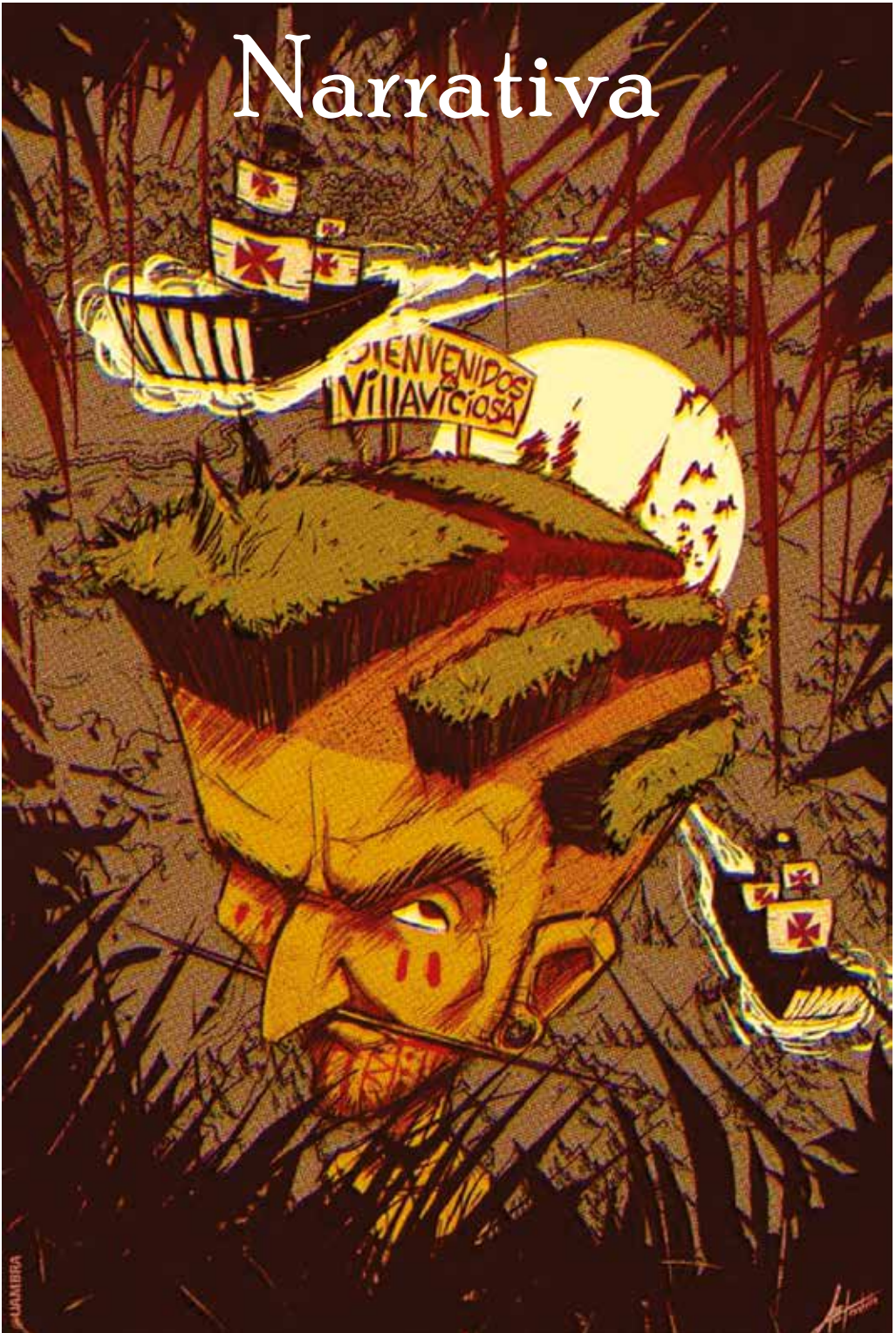
Me extingo como las cosas sin uso,
en baratijas despojadas de esperanza,
no te asombres
de lo que he sido:
espectro indiferente,
palabra innecesaria,
mirada borrosa,
ahogo entrecortado.

Recorrí los atajos del dolor
Y estoy cansado de abandonos,
deseo ser la fruta derramada,
el soldado que se niega a desalojar
el olvido,
el desertor que camufla la dignidad
para seguir entre los vivos.

Enamorado del silencio
habito los laberintos de la tarde
y respiro con lentitud
sin estorbar
el resuello del roble seco.

En este crepúsculo
alcanzo el eco de la nada,
soy el rayo que se funde
pero insiste en deslumbrar la noche;
intento apagarme
en los últimos tizones de la hoguera,
en las chispas del incesante destino.

Narrativa



Alex Castillo Segovia

Juan Ortega

Caderas de pino

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.75>

Caminando deshecho, sostengo mis pedazos para no dejarlos tirados a lo largo del camino, mi corazón exhausto, fue arrojado como una hoja de papel arrugada con versos olvidados...

Así estoy hoy, así soy yo, y aprieto el paso y anhelo con fuerza destructora sentir tu aliento a bosque seco y recibas en tu vacío todo el deterioro que la vida va causando; quien sino tú la única con quien justifico este dolor amargo que me mueve, que me tiene más atado a ti y lo cerebro.

Susurrante nocturna me das una lección en cada encuentro. Este súper sufrimiento es ineludible, es un núcleo que arde, ese es nuestro vínculo; hipnotizar el silencio y sus átomos para brindar un poquito de alma a este desorden, al polvo acumulado en la indiferencia, un poquito de alma a este latido que más que latido es una balacera.

Vibras cada que te toco, me llamas cada que te miro y yo, siempre exploto en tu vientre, me das la razón ante lo que me atormenta y me detienes a contemplar el vacío para no atender a su llamado. Mis lágrimas te pertenecen porque las vuelves una tinta que corre por mis dedos y moja tus cabellos. Gritas y también explotas, te retuerces en mis brazos y no me dejas ir, me sostienes en un orgasmo mental que no he sentido sobre otros silencios...

Tenerte para salvarme y sacrificar la angustia, pactar con la soledad a cambio de nuestros movimientos íntimos. Nunca más con nadie más, soy fiel a tu fidelidad porque a ti nadie te toca como yo, el bosque de donde naciste te hizo para mí y solo para mí, la más grata muestra de apego está en mi por vos, a vos mi único y necesario amor, a vos, mi guitarra...

Jardín de azucenas

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.74>

Esto es duro porque una parte de mí murió también, que digo una parte, bastante desapareció en mí. Toda esa bella época ahora la recuerdo en un tono sepia. Agh, es que qué pereza hablarte de esto, no quiero dañarte el día, normalmente uno busca refugio en las letras y ya yo valoro mucho que sostengas este despilfarro en tus manos, claro eso si de una vez te digo, esto esta fuerte pana. Pesado como ese parche al que me llevaste el otro día, aquellos siempre están buscando como aprobarse en orgullo de sus berrinches existenciales y tlin aparecimos.

Me paré a lado de esa nena zarquita y ahí mismo empezó a decir que qué áspero el tales y sorbía sus lindos mocos amargos, sé que lo hacía y decía para probarme y ver si soy tan insípido y amargo como ella y su combito y la verdad es que sí, pero no busco llenarme con nada ni evitarlo, no tengo ningún vacío sin fondo... Tan bonita como perdida pero me quede a escucharla, esa boquita se arruinaba en el vicio pero se veía hermosa. Tanta ternura desamparada y con tanta libertad contradictoria hizo que terminé dándome cuenta que en el fondo su vida era un berrinche a muerte porque le enojaba su familia, una gomelita enojada con su estrato. Supe que terminó en la inmunda porque con el tiempo de sus excesos, en uno de sus neuróticos y drogas encuentros nocturnos terminó asesinando a su madre a puñaladas, según se hasta ahora está recluida en el sanatorio.

¿Que a donde voy con todo eso me dices? pues así están las calles hoy y sé que esto es un efecto ardiente, lujurioso y hostil para crear mecanismos de defensa y de huida respecto a lo que sucede y desconocemos sobre el lienzo roto por el que caminamos y llamamos vida.

Pues te cuento, en esos días yo solo tenía mente para el recuerdo que se me formaba cuando veía llegar la lluvia desde el Morasurco, no el barrio, el volcán muerto. Es que por allá vivíamos en esa época, sí, vivimos! crecimos, nos conocimos, nos enredamos, experiencias con una persona así te dejan huellas para toda la vida, huellas que se transforman según pasan los años pero que duran para siempre... como te decía, estábamos más que vivos y enamorados de la vida a pesar de que la comuna estaba y está llena de barrios garras parce y pa que pille eso es lo que más me gustaba, el peligro y el aire de muerte los fines de semana, irse enterando poco a poco de como gente con quien uno

se crió morían apuñalados o a balazos o de sobredosis o los encanaban o caían de tubos, uffff ese era como el mayor trofeo para ellos, irse de tubos al hospital civil y de urgencias les daba un estatus ni el hpta en los parches, eso quería decir que a lata seguro no iban a morir, el siguiente nivel yae: fierro, vueltas más serias, taxis, más plata, en fin, iban por su sueño y eso los hacía felices. Muchos ya murieron y me alegra, poco e lacras, otros aún alucinan el mundo en el basuco y eso también me alegra porque bastante mal si hicieron, siempre contemplé ese mal a distancia aprendiendo de ello y burlándome, veía ese mundo sin pertenecer a él...

En ese tiempo ese lado de la ciudad era un sector bien aparte, no llegaron los años dos mil sino hasta pasada la primera década, los noventas duraron veinte años y yo podía verlo todo desde donde sea, desde la esquina, la azotea, desde el filo de una pola fría o podía asomarme por el roto de una botella de cinco mil que con tanto esmero sacábamos para celebrar la felicidad inconsciente, nadie sabía hasta dónde nos llevarían esos años y sus consecuencias.

Alguna vez cuando ya había pasado bastante tiempo, alguien me contó que se la había encontrado en la calle de ese bar Morrison, que estaba sola y que ya no era la misma, me lo contaron casi como una advertencia, me dijeron que hablaba distinto y demoraba la sonrisa, en sus últimos días, supe que fluía de ella una belleza opaca reluciente de tristeza. Quienes están en ese viaje personal desarrollan una compasión y empatía gigantes por la vida en general, y eso es un dolor ni el berraco si te pones a pensar, porque si observas detenidamente, ideológicamente se ha pactado con todo lo maligno y las multitudes son un microorganismo que todo lo infecta...

En fin, la vida tenía otra cara, todo se transformaba afuera, pero esos lugares y ese tiempo quedaron intactos como un grano que detiene un reloj de arena. Cuando me la presentaron, uffff todo el mundo de feliz año en feliz año, saltando años viejos con afán para llegar a la casa del vecino y ofrecerle un trago y de paso morbosear a la veci que se puso ese vestidito cortico todo rica dizque para recibir el año nuevo como se debe y uno quería es darle como se debe. Todos andaban de feliz año en feliz año, a esa hora todo el mundo era parcerero de todo el mundo y entre tanto festejo la vi a ella, estaba sentada sola y le pregunté a la noche: ¿qué le pasa a esa nena? siempre percibí algo distinto en ella, hay gente que nace con una grieta por dentro... Parece vivíamos, sonreímos, se lloraba porque el vivir hace daño y eso es estar más que vivo. Después y en consecuencia de cómo la encontraron y como se

expandió su deseo último por todos sus cercanos, con el tiempo ya nada dolía, era un no sentir nada, todo emputaba, mi ventana no miraba hacia ningún lado, a nadie, la indiferencia para con todo llega a dominar muchos momentos importantes, se está aquí pero los átomos se dan la espalda. La vida allá fuera se ha deteriorado, sin embargo, aun así sigo enamorado de la existencia...

El tiempo se impregna, los momentos breves y eternos se quedan en un vaivén sereno, frío.

Todos llevamos dentro tiempos mejores y daríamos lo que sea por revivirlos, pero eso es como querer detener un río con las manos y por ahora tocó entender la vida a las malas. El mundo es así todos los días allá afuera pana, la diferencia es que, ahora fue turno de sentirlo nosotros, entonces yo concluyo que es el mundo el que no está listo para personas así...

Muchas cosas se hacen saber de una forma muy compleja. Cómo es que un mal presentimiento puede durar tantos años, por qué esas corazonadas con imagen sonora no fueron motivo de mi atención... la busqué por mucho pero ya no había fuerzas para ser los mismos, el tiempo no dio espera y sucedieron muchas cosas, me acostumbé a verla mejor a distancia y, siempre andaba acompañada, la creí y vi feliz, yo que iba a meterme...

Me acuerdo de en una de esas tardes cuando las responsabilidades asfixian e impregnan cada segundo con una voluntad que hace hacer las cosas de mala gana o por no dejar. Cada situación se tornaba reveladora, de cualquier forma dolorosa o no, se percibía lo frágil y delicado que es un punto sin retorno... veras que son vainas que suceden en situaciones milimétricas, en una fracción de segundo que lo desintegra todo, como una decepción que se convierte en un recurso vital para la rabia previa al desahogo... En muy poco tiempo dejó de importarle todo porque la caída libre que ofrece la libertad desenfadada es una euforia esquizofrénica, paranoide, una locura triste que grita y cree ser feliz. Ya no es lanzarse al vacío, es permanecer en las alturas lo que más se pueda y dejar que el paisaje mire dentro de nosotros... en ese punto no sé qué versión de la vida tendría, le ganó la fuerza errática de algo que siempre estuvo inconcluso. Con el tiempo vi lo suficiente y necesario y ahora es obvio que no está bien dejarse llevar por una marea carnívora insaciable, todo ello es un sinsentido conceptualizado y que por más enorme que sea, su oleaje ha digerido las facetas reales de la vida y ha ascendido la sangre en sus oscuras aguas, sólo acepta a quienes se sumergen en sus ácidos ideológicos.

Esto con el tiempo hizo que sea difícil confiar, ¿si me hago entender? ¿Qué es el amor en toda la extensión de la palabra y como se puede llegar a re-afirmar la vida a estas alturas del tiempo donde ya todo se vale y la locura rompió todo límite? Aún me queda ese espacio en blanco... ¿cómo?

Yo creo que era eso lo que buscaba hacerme entender la última vez que hablamos. Ya habían pasado un par de años y una noche, contesté y siendo su voz lo último que esperaba volví a escucharla, el tiempo se detuvo y... por eso no oí el grito que escondía su silencio cada que le preguntaba que cómo estaba su vida, quería hacerme entender algo, hacernos entender algo o solo entender para ella misma, estoy casi seguro porque nunca lo hizo saber abiertamente ni en ese momento ni nunca... no dejó ni una última nota.

Entre lo poco que yo aún guardaba encontré algo que decía: “Ya en las calles, poco a poco desaparecen las historias de verdad. En los charcos naufraga el reflejo de un cielo gris cargado de nubes listas para bañar primeros besos pero solo está la mirada tosca del asfalto donde viene a morir la lluvia”, solía memorizar partes de sus propios escritos y me los soltaba justo en el momento preciso cuando más eran perceptibles, o buscaba hacerme saber algo, así se daba a entender... Personas así gritan con el brillo de la mirada, con las arruguitas en cada mejilla al sonreír, gritan con el espíritu... si, quiso hacerme entender ¿hacerme entender qué? Que en el aire se abren grietas, que las palabras desintegran lo que sea, que las palabras abren grietas que se tragan entera la vida misma, que la traición es un patrón común en todas partes, la distorsión de las cosas es tan cortante que la realidad ya no existe porque deja de importar.

Tantas cosas penden de un instante impredecible, invisible, eterno y breve, latente...

Yo no sé porque no le hice caso a la vida cuando quiso hacerme entender tantas cosas por las buenas, se me acabó el plazo y todo fue de golpe, como si una roca de granito me hubiera caído en la cabeza desde la nube más alta para romper mi cráneo en millones de colores y vivir muriendo en todos los rincones, extrañando todo en todos los suspiros de noches disonantes y agonía que me impulsan a caer sobre hojas tristes bañadas en pétalos de atardeceres y diamantes finos que se derriten en infinito silencio. Hay que aprender a morir para poder seguir vivos.

La Bruja Caviedes

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.73>

Los acontecimientos que estoy a punto de revelar aún están relacionados con eventos que siguen ocurriendo en el lugar inicial. Han pasado varias semanas desde que se abrió lo que se puede denominar como un portal. No es mucho lo que se sabe al respecto, quienes fuimos testigos directos somos los únicos poseedores de la verdad, quiero decir que para muchos su destino fue la desaparición que conllevó el estar directa o indirectamente relacionados con lo que al parecer es un ritual secreto por parte de una comunidad que actúa bajo las sombras, para otros la vida aún es incierta...

Las autoridades tomaron medidas rigurosas en cuanto al encubrimiento de lo sucedido. Después de que se cerrara el lugar y en lo poco que se pudo presenciar y una vez esta invocación se salió de control con respecto a la sociedad local y nacional, todo empezó a estar a cargo de una clase de élite secreta al servicio de una entidad por encima de cualquier gobierno, al parecer las autoridades locales pasaron a segundo plano en cuanto a hacerse cargo de los hechos... no fue para nada de este mundo lo que despertó el horror en las almas. Lo que ocurría era una interferencia bidimensional que involucró el despertar de un llamado demoníaco... suicidios en masa, abortos involuntarios, ratas rabiosas saliendo por los retretes fueron algunos de los acontecimientos previos a la cláusula del lugar... la comunidad fue silenciada, miles fueron amenazados y desaparecidos. Me siento obligado a hacer saber esto que contaré, será lo último que saldrá de mí, mis días u horas quizás ya están contados...

En aquella madrugada todo se dio inicio a las tres y treinta con un temblor acompañado de un rugido agónico que duró aproximadamente unos seis segundos y que luego nos dimos cuenta que solo se sintió en los tres bloques que constituyen este vecindario. Sucedió esto los medios no habían dicho mucho o nada al respecto porque no era un suceso general. Quienes vivían en los bloques opuestos veían una clase de locura colectiva en quienes salíamos de nuestras casas aterrados por el cimbrón de los cimientos que se agrietaron y que además extrañamente fue acompañado con un elevado y brusco cambio de temperatura que se sintió como si alguien subiera la calefacción al nivel más alto de una sola...

Se rompieron cañerías, tuberías de gas, vidrios rotos, paredes agrietadas, casas a punto de caer, se evacuó el lugar inmediatamente. Al principio se pensaba en una falla topográfica, porque solamente ocurrió en ese sector, sin embargo casi al amanecer mientras las autoridades hacían lo que les correspondía con ciertos heridos, el horror se hizo sentir. Se encontraron cinco cuerpos, una pareja joven con su recién nacido y una pareja de octogenarios completamente incinerados sin ninguna señal de fuego a su alrededor...

No se pensó en que los cuerpos fueron puestos ahí después de un crimen, no se percibía olor a quemado, las familias no estaban relacionadas, ambas casas estaban cerradas por dentro y los cuerpos fueron encontrados en posiciones no comunes para un asesinato de ese tipo... se podía observar que grietas de la fisura más grande que ocasionó el temblor atravesaban las paredes de ambas casas lo cual permitió el ingreso. Algo muy extraño era que la enorme grieta principal rompía en dos el portón de la casa más grande y antigua del caserío, la forma de la ruptura apuntaba a ser el epicentro de aquel efecto. Ahí justamente era donde vivía cierta señora viuda y de edad avanzada con su hijo. Ella, proveniente de una familia extranjera que llegó de Inglaterra hace unos 70 años, se crió dentro de unas costumbres europeas, muy diferentes y mucho más rígidas e intelectuales que las nuestras, había llevado una vida que parecía ser de una familia muy refinada y conservadora pero no fue de mi interés averiguar qué logros y que profesión tuvo en su vida pues cualquier rasgo social que la identificaba con ser de una clase o estrato superior, solo era una mera imagen que ocultaba su verdadero rango de invocación en estos territorios y cuán profundo y demoníaco era lo que se ocultaba en su resguardo...

Aquí quiero hacer saber que esta familia, en especial esta señora Esther Elizabeth Sinclair que por cuestiones maritales cambiaría su apellido a Caviedes, es la intermediaria entre este plano físico y lo malignamente inaccesible en otra dimensión que desató los horrores de una invocación con fines de interrumpir una maldición que luego se saldría de control.

Un Suceso de precedentes ocultos ocurrió en estas remotas tierras del sur, una vez todo se desató y el epicentro demoníaco fue identificado, la ciudad entera fue desalojada minuciosamente como una operación secreta que implicó la desaparición de casi toda la población. No puedo decir ni asegurar que sabe el gobierno, no puedo decir que tan implicadas estén las autoridades, ni tampoco de donde provenga esa gente

de elite oculta ni qué papel juegan los medios, una vez este testimonio pase a la comunidad, es deber de cada quien identificar y juntar los puntos en común y mirar dentro del agujero... de la población restante creo que poco se sabe, vi a muchos que huyeron o se resguardaron porque sabían o saben demasiado, son quienes suministraron valiosa información a los medios... entidades por encima de los gobiernos y en complicidad con el nuestro, se encargaron de hacer desaparecer una ciudad entera... una ciudad pequeña y remota como esta fue eliminada de la psiquis de una nación en cuestión de días como si nunca hubiese existido. ¿Cómo lo sé? No hubo ninguna organización gubernamental que interviniera...

Encontré un pequeño túnel que he usado durante este tiempo y es desde donde escribo. Esta región fue vetada del mundo exterior, sé que no hay redes ni forma de comunicación externa, las entradas a la ciudad están bloqueadas a veinte kilómetros a la redonda según supe por unos fugitivos que pasaron cerca y me suministraron algunas provisiones.

Unas cuantas hojas viejas es lo único que tengo para dejar constancia de lo que fui testigo, espero esto caiga en manos justas y se haga saber abiertamente...

Por cierto tiempo pude esconderme bien, pero para lo que en realidad está detrás de los que aun quedamos, no hay escondite en este mundo.

Cuando ya estábamos establecidos en el albergue que había instalado la unidad de rescate, mi tienda quedó justo a lado de la de Don Rafael, un señor ya muy maduro de sesenta y nueve años que vivía desde siempre en el vecindario y conoció por un tiempo muy de cerca a la familia Sinclair, yo en especial fui amigo cercano de él mientras vivió, aunque siempre guardó un secreto que terminó por revelarme a mí con el fin de hacerlo saber si es que aún hay escapatoria...

Entre todas las personas que habíamos en el refugio a él se lo notaba más pensativo y asombrado, en especial por la versión que tenían las personas del hecho. Para él la gente estaba ignorando cosas que le eran demasiado obvias, las nubes eran un gigante movimiento circular que sólo era perceptible al ver la amplitud del cielo; lo de la temperatura, los incinerados que mantenían ocupados a los investigadores y a la policía eran detalles que se ignoraban; dos de los forenses acabaron con sus vidas, el uno se cortó la yugular con uno de sus implementos de oficio y el segundo se lanzó a las llantas de una ruta urbana, todo ello el mismo día del hallazgo, esto último lo supe porque los

medios hacían un leve cubrimiento de las ruinas del vecindario y lo que pasaba alrededor, obvio ignorando el núcleo de todo... hasta ese momento creo que solo lo sabía don Rafael. Cuando me percaté de su actitud demasiado asustadiza como previa a un shock me acerqué a él en señal de confianza a lo cual respondió diciendo:

—Hay que salir de aquí, tengo algo que contarte, es momento de salvar tantas almas como sea posible... ya viene y está empezando a tomar lo que le prometieron, ya no hay interrupción, al morir el hijo de ella el pacto se ha roto... tarde o temprano estaremos todos muertos.

No supe qué responder, yo hacía parte de quienes ignoraban lo cambiante y pesado en la atmósfera del lugar. Continuó diciendo: —¿acaso no es bastante obvio, mira al cielo, es un enorme círculo de nubes, acaso no percibes una presión en el pecho, no sientes el cuerpo más pesado como si la gravedad hubiese cambiado? ya estamos dentro somos suyos...

Pregunte de inmediato a qué se refería, pude así también percatarme de los síntomas, me costaba respirar, no había comido nada en más de un día y no sentía hambre y apenas lo notaba, quizás eran síntomas generales y nadie en el albergue era consciente de ello. Don Rafael iba a continuar con algo y un grito interrumpió su palabra. Alguien reaccionó a una noticia en uno de los noticieros locales que informaba que varios de los heridos en el temblor habían sido encontrados incinerados en sus respectivas camillas en el hospital. Las mismas características: no había señales de fuego alrededor y luego las cámaras de seguridad revelaron que las llamas provenían de ningún lugar y solo consumían los cuerpos, tan brevemente que apenas alcanzaban a gritar... Supimos que esto se alcanzó a hacer público en algunas cadenas y redes pero los videos fueron rastreados y eliminados casi de forma inmediata, gran parte de los aparatos electrónicos dejaron de funcionar, algunos ya sospechaban.

Don Rafael me tomó del antebrazo y me dijo, sígueme. Creo que aún podemos hacer algo, el cerco de seguridad mantenía la calma momentánea en el refugio mientras don Rafael me llevaba a lo que era la entrada al patio trasero de la casa de la vieja Caviedes. Al llegar pregunté qué era lo que él sabía que nadie más conocía... y me dijo:

—No fue solo un movimiento de la tierra. Como bien sabes trabajé para ella hace veinte años pero nunca hablé de lo que vi y viví en ese lugar... El hecho de haber visto la entrada al infierno en sus ojos

hizo que me callase durante todo este tiempo... una vez me enteré de quién era ella y su familia y de donde provenían, le jure con mi alma que nunca hablaría y que a cambio me dejara salir de su morada para poder llevar una vida en paz. Ella sabía que jamás revelaría su identidad porque podía hacer con mi alma lo que ella quisiera, yo soy de su propiedad pero ahora ya no hay nada que perder.

Continuó: —La familia Sinclair viene de una tradición antiquísima que ha sido muy sigilosa con la procedencia de su linaje y el uso que le da a ello para abrirse paso en cualquiera de las ramas del orden social. Toda su riqueza y poder trascienden un interés propiamente terrenal. Pueda que su verdadero reino venga de otros mundos, quien sabe... Fui su conserje y encargado del orden exterior de la casa, siempre se mostró muy celosa con el interior, mantenía cubiertas las ventanas y tenía estrictamente prohibido que sus empleados ingresaran a la morada sin su permiso, dentro trabajaban dos enanos ingleses albinos que casi no se los veía por fuera y nunca hablaban con nadie, ni siquiera para un saludo, eran dos seres extraños de mirada fría y postura encorvada, difícil de calcularles la edad, no solo no parecían ingleses... Al final lo supe todo por palabra de ella.

Así fue como empezó todo, en una tarde me permitió el acceso a uno de sus patios privados donde yo nunca había entrado, era un lugar de reuniones siniestras. Puedo recordar que los asientos eran garras gigantes talladas en mármol que salían del suelo, había una piedra blanca central que quizás hacía las veces de mesa, era un lugar muerto que a pesar de estar al aire libre todo estaba seco y estéril. Me dio a sembrar dos semillas que jamás había visto en mi vida, tenían la forma de un feto humano enroscado de color morado verdoso, eran como de unos cinco centímetros, señaló como y donde introducirlos y a pesar de estar la tierra muerta, insistió en que los pusiera en un lugar seco del patio luego me ordenó hacerme cargo del cuidado durante unos meses, me dijo que eran unas semillas únicas y que eran un obsequio de muy lejos. Al crecer por completo, brotó una bola negra cauchosa llena de un líquido que contenía una criatura que no se me permitió ver, luego me pidió retirarme del cuidado y que ella haría el resto porque era un fruto solo para ella, no le importaba si yo llegaría a sospechar algo o no... Lo que no sabía es que para ese entonces ya me las había arreglado para entrar secretamente cuando se iba de viaje y solo quedaban los enanos albinos.

En este punto no podía creer lo que estaba escuchando, era algo que se salía de todas mis convicciones pero yo ya había escuchado hace mucho que él fue cercano a la familia Caviedes y el pánico en sus ojos me decía que no podía estar mintiendo... -Continuo- Cuando supe qué y quiénes eran tuve que espiarlos desde la bodega de los granos junto a la cocina, escuché sus planes para esa tarde y era como si se describieran a sí mismos como unos asistentes espiritistas que le servían a la Bruja Caviedes como receptores de posesiones con el fin de transmitir un mensaje de la entidad poseedora. Si, accedían a ser poseídos con fines informativos para la bruja y accedían a la tortura general que eso conlleva. A partir de ahí fui muy meticuloso porque estaba siendo testigo de algo sin precedentes, me involucré más en la casa siempre aprovechándome de la torpeza de estos dos entes, nunca me descubrieron, fue la bruja quien se percató de mis escabullidas dentro de la casa...

Para esos días ella había salido de viaje, yo sabía que demoraría al menos un par de semanas. Ya había revisado varias de las habitaciones principales, el lugar tenía apariencia de orden y pulcritud. Sin embargo nunca había podido entrar a un cuarto subterráneo que tenía entrada por el patio anteriormente nombrado, fui muy sigiloso y en uno de los descuidos de uno de los enanos, tomé la llave y sin dudar fui hasta el cuarto subterráneo. La puerta tenía un cerrojo de oro con la forma de un demonio. Al introducir la llave en la parte de la boca y al deslizar la puerta sentí como un calor como de tierra cálida invadía la habitación y el cuerpo se volvía más pesado, aun puedo recordar el olor a fango mezclado con azufre y sangre, era una atmósfera densa, las cosas parecían distorsionarse, había pequeños puntos negros en el aire que parecían absorbentes energéticos, como si el espacio se fragmentara abriendo campo a otro plano... era una habitación muy amplia llena de artefactos de la bruja, era como su bunker ritualístico, un lugar desde donde ejercía contacto... Había cráneos no solo de humanos y animales, pude ver y memorizar que había restos de seres indefinibles, cráneos negros y puntiagudos, otros como de un cristal diamantino, distintos tamaños y formas, había pequeñas criaturas muertas y enfrascadas que jamás había visto o imaginado, eran como criaturas demoníacas pero con una biología muy retratada, tenían tejidos y extremidades pero definitivamente no pertenecían aquí...

En el centro de la habitación estaba establecido un punto de invocación, ahí estaban los propósitos reales de la bruja Caviedes y de la

familia Sinclair, tenía señales de sacrificio, las manchas de sangre seca alrededor lo decían todo. Me sentía arrepentido de haber entrado pero ya no había vuelta atrás, lo que estaba observando rompía mi mente. Encontré manuscritos en lenguas inentendibles para mí, pergaminos hechos en piel humana que contenían al parecer instrucciones de como continuar con una tradición ritualística de miles de años, tan antigua como la misma familia Sinclair inglesa. No pude entenderlo todo en el tiempo que pase ahí, estuve alrededor de unas tres horas buscando e informándome lo que más podía entender, fueron tres horas pero al salir habían pasado 3 días en nuestro tiempo real, la habitación era como un punto de contacto entre este mundo y otro donde se negaban muchas leyes físicas... pasaron semanas para que pudiera recolectar la información necesaria para llegar a entender en que estaba involucrándome...

En una noche me confié demasiado, no supe cuanto pasé en la habitación, o sea perdí la noción de nuestro tiempo y al salir pude ver que el auto que siempre la recogía ya estaba en la entrada principal. La bruja había llegado mientras anduve de figón. No llevaba mucho tiempo de estar en casa, supuse que estaría en la sala principal o en la biblioteca tomando una copa de lo que supuestamente sería vino pero luego supe que muchas de las desapariciones de infantes a las afueras de la ciudad tenían mucho que ver con los desquiciados gustos de la bruja. En fin, yo me encontraba en el patio, entonces para salir de la casa tenía que entrar por el pasillo principal y a mano derecha dirigirme a la biblioteca que daba al comedor, este a su vez a la cocina y de ahí al otro patio desde donde podría salir directo al jardín en el lado derecho de la casa... así que estaba perdido. Tenía que pensar y actuar rápido, alcancé a llegar a la biblioteca y detrás de las estanterías había un armario de utilería donde me escondí, pasados unos minutos ella entró en una túnica negra y cargando la copa de oro de siempre llena de lo que supuse era sangre humana, una de las tantas cosas terroríficas que me enteré hurgando en las habitaciones. Se paró frente a la ventana mirando hacia el jardín y pude ver que junto a ella en un pequeño altar en una mesa, unas extrañas piedras, veladoras y dijes decoraban un cráneo, ella lo levantó y le habló de forma sarcástica y burlesca diciendo: "Hablaste de mas a la gente equivocada, sin embargo te amaba tanto que no podía desaparecerte ni tampoco asesinarte y enterrarte, no me quedó otra que comerte"... Una gota de sudor resbaló por mi mejilla hasta mi mentón, cayó al piso de madera y ese leve sonido hizo que la bruja levantara su mirada del cráneo para decir que ya

sabía que estaba ahí, que podía sentirme desde hace mucho, que podía olerme por todas las habitaciones y que me había dejado esculcar su casa solo por mera curiosidad y ver hasta dónde podía llegar. Abrí la puerta suavemente, di un par de pasos y ella en un inmediato y sagaz movimiento voló desde el otro lado de la biblioteca hasta casi tocar mi rostro. La túnica le cubría la cabeza, vi que su piel estaba verde y oscura, sus ojos estaban totalmente negros con una fisura vertical roja en el centro desde donde pude ver los más sádicos horrores cometidos en el más profundo infierno... por supuesto estaba enfurecida, develó su verdadero rostro verde macabro y serpentoso, su aliento a sangre se quedó grabado en mi para siempre así como sus palabras mientras describía ser quien era y lo que hacía y porqué lo hacía. Momentos después dijo que me perdonaba la vida por ser un buen trabajador, silencioso y prudente con lo que había visto y conocido pero que me iba a costar y que con el tiempo vería como yo le pagaría... Días después recibí una llamada que me informaría que mi hijo mayor murió en un absurdo accidente donde una persona ya mayor mientras manejaba sufrió un infarto y lo arrolló matándolo inmediatamente...

En la familia Sinclair, existe un pacto secreto y antiguo desde hace unos novecientos años entre ellos y una entidad demoniaca. La familia Sinclair es destacada por sus grandes logros a lo largo de la historia, está llena de grandes personajes icónicos en cualquier campo, desde el económico hasta el científico pasando por lo militar, llegando hasta la realeza de varios países, incluso a veces ocultando este apellido.

Todo este poder e influencia provenía de que cada descendiente Sinclair, cada familia de este linaje, tenía por obligación que ofrendar su primer hijo a las tinieblas por medio de un ritual que los conectaba entre ellos y con la entidad infernal. Todo consistía en un sacrificio llevado a cabo por la madre, es ella quien debería matar y luego entregar el alma, es como una prueba de fidelidad en la maldad a cambio de lo que sea.

Es obvio que es casi infinito el número de almas que han entregado desde hace tanto tiempo, todas las familias, todas las descendencias tienen que pasar por lo mismo... y son novecientos años. Lo que sucedió aquí fue que el ritual fue interrumpido y la entidad invocada está reclamando lo que siempre le ha pertenecido y resulta que las almas a ofrendar son las únicas que estaban en la capacidad de romper tal oscura tradición...

El hijo de la bruja permanecía siempre en Inglaterra, muy pocas veces lo vi y hablé con él, nunca percibí contacto entre él y su madre. En cierto tiempo de esa época siendo el adolescente aún, me dijo que me fuera por mi bien, que no debería interferir en lo que él se había propuesto, dijo que esa familia era un asunto muy delicado y que yo jamás lo entendería.

Fue él quien primero me descubrió hurgando en las habitaciones, no se molestó y me dijo que no me culpaba en lo absoluto y que no diría nada a su madre. Él pudo darse cuenta de que yo ya lo sabía todo o casi todo y terminó confesándome que estaba en una misión de salvación por el mismo, las almas de la presente generación y todos sus ancestros y los que estaban por venir. Jonathan llegó a confesarme que en la habitación donde yo estuve había un túnel tras la pared que era demasiado profundo y candente al cual solo ella podía entrar y solo ella sabía lo que había ahí...

Resulta que su madre era la más cercana descendiente directa del primer brujo quien inició el contacto y el pacto, ella poseía un poder oscuro muy alto y un rango jerárquico único en la comunidad secreta que era su familia, era el eslabón de contacto más influyente en las energías involucradas. El conocía a la perfección las reglas y sabía que su vida y su alma eran un enlace y la fuente de poder de su madre, él sería quien se entregaría en sacrificio para establecer la posición de entrega ante la entidad pactada.

Johnatan dedicó toda su vida para que fuera posible la interrupción del sacrificio, llegó a contactarse con la gran mayoría de la generación presente de los Sinclair en especial con los primeros hijos cuyo destino iba a ser el mismo que el de él: ser sacrificados todos en una misma fecha en un mismo lugar con el mismo propósito, me dijo que muchos aún no sabían de su condición de sacrificables antes de conocerlo a él.

Jonathan descubrió que la apropiación de su existencia y de su muerte anularían por completo la conexión con el sacrificio. No por coincidencia él y muchos de sus familiares en condición de sacrificables, se habían introducido en doctrinas que contrarrestaban la maldad predominante en el mundo porque conocían las condiciones; algunos eran monjes budistas, filósofos y sacerdotes de mucha entrega...

Cuando mantuvo un contacto firme y estableció bien lo que se buscaba y convenció al resto de sus intenciones, el plan al parecer no se detuvo. No solo debían apropiarse de su existencia, era de vital importancia el interiorizar su propia muerte y estar dispuestos a acceder

a ella por mano propia para romper la tradición ritualística milenaria. Así como el sacrificio consistía en un mismo lugar, fecha y hora, el suicidio en masa debía ser igual en distintas partes del mundo en una fecha hora y lugar específicos. De esa manera la energía maléfica iba a ser interrumpida de forma simultánea, anulando el poder y contrato sanguinario que las familias habían heredado. Una vez sucedido ello, los portales se romperían liberando las almas de sus ancestros y también detendrían la influencia no solo de su madre sino también de los respectivos brujos de cada familia Sinclair... Por todo lo ocurrido –continuó Don Rafael– al parecer el contra-ritual fue llevado a cabo, sin embargo sólo enfureció a la bestia ahora hambrienta de almas y sedienta de sangre por lo que le fue arrebatado. La alta temperatura repentina durante el temblor fue una ola de almas alborotadas siendo liberadas de las llamas eternas. Las repentinas incineraciones no son más que súbditos del demonio succionando las almas de quien sea... La grieta del temblor no solo liberó las almas entregadas en sacrificio... Una Horda demoníaca ha sido liberada y viene por nosotros... El vórtice del ritual llevado a cabo por la Bruja Caviedes compromete nuestras almas y las de la ciudad entera, quien sabe que más...

Don Rafael no se alargó en más detalles porque no contábamos con mucho tiempo, varios helicópteros empezaron a sobrevolar, el pánico y la confusión empezaban a dominar los impulsos en el lugar. Nos encontrábamos detrás de la casa de la Bruja preguntándonos si ella estaría dentro. La casa de la bruja estaba partida a la mitad, unas viejas gradas traseras daban acceso a una terraza con vista a la calle principal donde estaba el albergue, en ese instante escuchamos gritos de desesperación y unos disparos, subimos las gradas, pasamos la azotea nos ubicamos en un tejado y vimos como una conjunta llamarada cubría todo el suelo del albergue y gran parte de la calle principal, como si una alfombra gigante se hubiese incendiado...eran los cuerpos absorbidos por las llamas, toda la gente del vecindario y la policía fulminada en un instante. El fuego se consumió rápidamente y quedó una capa de trozos grandes de carbón con rostros que miraban la entrada de su eterna maldición...no corrimos el mismo riesgo porque estábamos en la casa de la bruja, los helicópteros y otras organizaciones que estaban un poco más retiradas lo presenciaron todo, supe después que los videos tomados desde las alturas nunca fueron transmitidos, el mundo exterior no fue informado en lo absoluto.

Don Rafael me sugirió que huyéramos a las afueras de la ciudad a la montaña grande del oeste donde había un vórtice energético que con-

trarestaba la energía oscura que nos envolvía y atraía a los demonios, me dijo que quizás ahí podríamos encontrar a gente que nos sería de mucha ayuda para liberarnos de lo que había caído sobre nosotros.

Mientras caminábamos, me advirtió que sentía un ardor de quemazón insoportable que provenía de su corazón, eso para él no era buena señal para nada. Él sabía muchas cosas que no alcanzó a hacerme saber. Me confesó que le dijera a la gente que para salvar sus almas de forma inmediata deberían terminar con su vida a mano propia al igual que Jhonathan; sería más simple porque no éramos parte directa del ritual Sinclair por ende no se debería hacer en sitio, lugar y hora específico, solo con hacerlo bastaría, de lo contrario, sin acceder a su muerte, el proceso de salvación sería más complejo y demorado porque requeriría de la instrucción de alguien preparado en este ámbito y además se requiere de una fortaleza espiritual muy establecida, cosa que no poseemos todos los seres humanos... era lo uno, lo otro o ser incinerados. Insistí en que descansáramos pero me dijo que me vaya, que ya habían llegado por él, agregé que debería ir por un talismán muy antiguo que se lo obsequiaron quienes lo acogieron en sus templos cuando decidí ir en búsqueda de su sanación y salvación después de dejar de trabajar para la bruja, desde ese entonces siempre lo conservó en su casa, me dijo que debía tenerlo para protegerme mientras podía huir...

Se apretó fuerte el pecho, me miró con pánico y me dijo: Salva tu alma... Soltó un grito seco y tortuoso, luego las llamas lo consumieron desde adentro... Observé el efecto brillante y cadavérico ennegrecido que quedó mirando hacia la oscuridad eterna y luego huí de ahí.

Desde esas alturas pude observar que la ciudad ya había sido informada y era un caos general, estaba lejos del lugar que me había hablado don Rafael, de igual forma no lo conocía, tampoco tenía provisiones ni ropa adecuada, era poco lo que sabía, solo me quedaba regresar por el talismán arriesgándome a ser incinerado por un demonio, no tenía otra opción más que confiar en la palabra del viejo.

A la mañana siguiente el cielo estaba totalmente oscurecido y con el mismo círculo sobre la ciudad. Sirenas y gritos a la distancia, divisé que llegaban helicópteros blancos por todas partes aterrizando en las calles, pequeños puntos ardientes se alcanzaban a divisar sobre estas. Regresé rodeando por las montañas, al descender el último cerro se podía divisar como la ciudad estaba siendo desalojada. En cuestión de horas habían llegado tropas helicoportadas de uniformes azules oscuros que ya operaban en camiones por toda la ciudad. Desde los

edificios, barrios, residencias y de las calles extraían bolsas negras que las llevaban a los camiones, se dirigían a los helicópteros en las calles y estos despegaban hacia un mismo sitio...

Cuando me aproximaba a las haciendas encontré a una pareja escondida, el estaba casi en shock, su esposa embarazada yacía junto a él incinerada también. Se repetía a sí mismo que no hay escapatoria y que podía sentir que lo observaban... pregunté si sabía algo y solo respondió que los acueductos habían sido envenenados y que gran parte de la población estaba siendo asesinada para silenciar a todos, cada vez entendía menos... mi pregunta era ¿Por qué las tropas no eran atacadas por los demonios, al servicio de quien estaban las milicias que invadieron la ciudad? Al parecer eran fuerzas especiales preparadas para magnicidios de este tipo y luego guardar silencio con el fin de desaparecer todo rastro de algo que podría sacudir los cimientos de nuestra civilización. Pero ¿y los demonios, porque no atacaban? Deduzco que la familia Sinclair tiene una gran influencia en las altas élites del poder mundial, son parte de la mano oscura que lo controla todo junto con los Rothschild y los Bilderberg. Creo que todas sus organizaciones y corporaciones hacen parte de una red oscura, como una sucursal del infierno que se retroalimenta y protege entre sí. Ya había escuchado hablar de estas cosas pero siempre las vi como algo remoto y fantasioso. Ahora veo que el mundo no es lo que nos han dicho...

Llegué a estar a unos doscientos metros del vecindario, la seguridad era muy meticulosa y no pude acceder a la casa de don Rafael. No tenía mas opciones, me sentía perdido y empecé a escuchar un murmullo gutural que me perseguía, sentía constantemente el olor a azufre y me ardía el corazón, sentía que algo calentaba mis venas en todo el cuerpo...Empecé a pensar en regresar a las montañas con la intención de encontrar el vórtice del cual me había hablado Don Rafael. Me levanté de donde estaba, di la vuelta, empecé a correr y varios lasers apuntaron a mi pecho. Seis uniformados me detuvieron, eran demasiado pálidos y flacos para ser soldados, todos tenían la misma estatura, ojos rojos y casi el mismo rostro de expresión fría. Ninguno hablaba, no decían ni una sola palabra entre ellos, parecía que se comunicaban al verse a los ojos, telepatía. Ataron mis manos con amarras plásticas gruesas, escuché en mi mente sus órdenes, no sabía si lo había imaginado pero lo corroboré por el empujón que me acercó hasta uno de los camiones, era obvio que iban a desaparecerme pero en ese preciso instante la temperatura subió bruscamente seguida de otro temblor que acabó de partir en dos la casa de la Bruja Caviedes, relámpagos se hicieron

sentir, las nubes empezaron a moverse velozmente en círculos, helicópteros caían en picada y la grieta se expandió hundiéndose en ella todo lo que estaba aledaño.

Divisé en la grieta un fondo rojizo remoto y ardiente, había un rugido ensordecedor en el aire, el temblor no se detenía y desde los escombros de la grieta se elevó suavemente una sombra que poco a poco tomó forma de la bruja, con los brazos abiertos formaba una cruz con su cuerpo, bañada en sangre flotaba muerta.

En medio del caos me subieron al camión, solo había cadáveres en él. Aceleraron a fondo hasta salir del epicentro, inclusive las tropas se veían intimidadas, la Bruja Caviedes había sido asesinada y postrada en los cielos por la entidad demoníaca para presentarla como una advertencia ante quienes se atrevieran a desafiar la furia de los infiernos.

En los siguientes minutos en el camión fingí estar en shock pretendiendo distraer a los dos que cuidaban sin saber si esto funcionaría. La base principal de las tropas estaba instalada en los cerros así que aproveché que pasaríamos por los barrancos antes de llegar ahí y en un mínimo descuido salté del camión, me partí ambas piernas en la caída y desde ese día solo he podido arrastrarme para sobrevivir, las tropas están muy cerca y no tengo opciones.

Cuando se bajaron del camión a buscarme, logré encontrar este túnel abandonado que solía ser un canal de un riachuelo seco, el follaje hizo que no me vieran y dejaran de buscarme, no iban a perder tiempo por una sola persona viva creo yo, además sabían que si no me mataban ellos, iba a ser incinerado...

El sol no volvió a salir, el cielo está completamente oscuro y la temperatura es muy alta...

Ya llevo varios días sin comer ni beber, el dolor no me permite hacer nada, además hace unas horas el susurro demoníaco se volvió cada vez más constante e inentendible, el olor a azufre es insoportable, mi pecho empieza a quemarme desde adentro y ahora solo quiero hacer saber esto y busco opciones para salvarme. Aún hay movimiento militar, la ciudad sigue siendo evacuada de forma sádica y en lo que pude ver la Bruja Caviedes aún sigue postrada en el cielo.

El ritual si fue interrumpido pero la bestia enfurecida, ha salido en búsqueda de lo que le ha pertenecido durante estos novecientos años. No me queda de otra que acabar con mi vida. Será lo último que diré...

César Estupiñán ~ Ximena Riascos

El conejo filósofo y el unicornio lunar

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.52>

En un lugar de la vía láctea, en un gran sistema solar, un unicornio llama a su amigo conejo y le dice: Aquí en satélite tierra, unicornio llamando a conejín.

En algún lugar frío de la tierra, a las 3:00 p.m., en un agujero, un agujero cómodo y sencillo, un conejo de orejas grandes y bigotes de acordeón dormía plácidamente, hasta que su panel de comunicación satelital comenzó a sonar. Despacio abrió un ojo y luego el otro, levantó una oreja y luego la otra, movió la colita, lo cual era señal de que comenzaba a despertar, y despacio se puso en pie, dio dos pasos y un saltito y se acercó al artilugio que sonaba insistentemente. Comenzó a presionar botones, como si supiera lo que hacía, y luego acercó el micrófono a la trompita y contestó diciendo: Aquí conejo reportándose desde la tierra, cambio. Primero, me acabo de despertar, cambio. Y segundo, la covid sigue avanzando aquí en la tierra, cambio. Los organismos internacionales de conejos se reúnen todos los días para analizar la situación. Cambio. Los humanos entran presa del pánico y caen como moscas. Cambio.

A esto respondió el unicornio espacial desde su satélite: Ow que interesantes noticias me envías conejín, cambio.

Prosiguió entonces el conejo terrestre: Nuestros científicos analizan la situación y nuestros filósofos se reúnen y discuten sobre sus meditaciones. Cambio.

Y responde entonces el unicornio: Aquí unicornio, he recibido muy claramente tu información, es muy interesante, cambio.

Sigue hablando el conejo después de un bostezo largo y perezoso: Hasta ahora las discusiones han arrojado lo siguiente: la enfermedad no ataca a los conejos y no debemos intervenir, es cosa de humanos, debemos seguir siendo abrazables y lindos, y seguir pasando desapercibidos, no hablar ni dar ninguna señal de nuestra súper inteligencia ni de la existencia de los unicornios. Cambio.

Le responde el unicornio diciendo: Eso está muy bien, la humanidad de humanos, se rió el unicornio después de decir esto último, debe tomar una lección esta vez. Tal vez es una obra de la naturaleza para acabar con la superpoblación. Cambio.

A lo que el conejo respondió: Es una posibilidad que maneja la OIC, los humanos se reproducen más que nosotros, los conejos, y son peores que las langostas. Cambio.

El unicornio finalizó la llamada diciendo: Puede descansar conejín. Cambio y fuera.

El conejín al escuchar esto último buscó una rica zanahoria y luego regresó a la camita, pero esta vez no ha dormir, ya se le había quitado el sueño, sino que tomó su libro favorito, uno de Hegel que era también su autor favorito, y se acomodó para leerlo, esperando la siguiente llamada de su amigo el unicornio lunar.

Alfredo Ortiz

Los Turneros

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.53>

Se encontraron en la fila de la Oficina de Registro, la cola era interminable, se saludaron y se unieron al coro que exigía más funcionarios, que aborrecía la lentitud de las secretarías y lamentaba que sus impuestos fueran a parar a los bolsillos de los burócratas; aunque la verdad hacía muchos años que no pagaban impuestos, vivían de la salud subsidiada y lo que ganaban con las vueltas ajenas, por llamar de alguna manera su oficio, les servía para una comida diaria y a él para el alquiler.

Se metían en cuanta cola miraban y vendían el turno al mejor postor, los buscaban hasta para ir de delegados a misas y reuniones de padres de familia. Se llamaban a sí mismos turneros, pero quizá el mejor nombre a su actividad sería el de perdedores de tiempo por encargo.

Ella con un vestido mordoré a cuadros bien planchado, polvos en el rostro para esconder una que otra imperfección, zapatos rosados de charol, bufanda clara, uñas impecables y modales de chiquilla educada por monjas; él con un blue jean, chaqueta marrón de falso cuero, silencioso y apático a todo.

Se hicieron amigos, a fuerza de encontrarse sin cita previa, en las puertas de los teatros, en las entradas de los conciertos, en las primeras bancas de las iglesias. Compartían el discreto termo del café que María llevaba en su bolso de cuerina, con galletitas de maní que él compraba y hablaban largas horas de las vidas de la gente que los contrataban, a veces las conversaciones se hacían tan amenas que se lamentaban cuando los llamaban a las ventanillas, se despedían y prometían seguir con el tema en la próxima fila.

Al entrar a su cuarto repasaba el diploma del Servicio Nacional de Aprendizaje “Antonio Jiménez Mahecha, Auxiliar de Mampostería

y Oficios Varios”, se preguntaba si volvería a su oficio, respondía que la humedad aceleraría su artritis y ya estaba viejo para acostarse con dolor de articulaciones; a veces miraba un pedazo de telenovela mexicana, prendía la radio para escuchar baladas y dormirse arrullado por los lamentos ajenos. Esa noche recordó una vez más al amor con Samanta Milena Real, sacó un ron guardado, se bebió media botella en dos alzadas, en sus pensamientos ebrios se escurría un largo rastro de afecto, que lo seguía como un hilo de aceite en la calle mojada, antes de perderse con el tercer sorbo se llenó de lágrimas.

No sabía cómo arrancar los ojos de su piel para evitar que mirasen el tremendo hueco que había formado la ausencia, entre el esternón y las falsas costillas; maldecía su presencia, buscaba los oídos, las manos para suplicarle que se fuera, para correrla de una vez por todas.



Sebastián López

María de los Ángeles vivía en una casa antigua, llena de flores de todos los colores que pudo recoger su madre en un trueque de toda la vida con las amigas de buena familia; desde el alba la acompañaban el vuelo azulado de los colibríes, estas tonadas le dieron el carácter apacible y raro en una solterona quedada del tren del amor. Desde que instaló el espejo en la cocina, se sentía menos sola, con su reflejo moviéndose entre la vajilla de porcelana de su madre y los frasquitos de vidrio llenos de especias. Usaba colorete rojo carmesí, con lo que le quedaba en sus dedos untaba las mejillas; empezaba a maquillarse desde el amanecer, se sentía linda y no le importaba que el vidrio del espejo se haya descromado junto a su piel; iba del tocador al guardarropas y combinaba el vestido mordoré con la blusa lila o la fucsia, para ver cuál hacía mejor juego con sus zapatos.

Se arreglaba para él y para evitar la mala cara de alguna parienta lejana que se topase en la fila. Desde que murió su madre, pensó que merecía la felicidad, después de quince años de soportar con resignación sus desvaríos y bañarla casi a la fuerza, tenía derecho a un buen hombre o un hijo adoptado, porque sentía el vientre viejo.

Cuidaba los restos de belleza y no le molestaban las murmuraciones y las risitas de sus vecinas al verla pasar con sus labios rojos, casi obscenos, casi ridículos, antes de salir cantaba en el huerto para los pajaritos.

—¡Buenos días su señoría, Maruntirum tirum laaa...! ¡Tengo flores para ustedes, Maruntirum tirum laaa...!

Con las imágenes frescas de su huerto se iba a coger los turnos, daba vueltas a su asiento esperándolo.

—Te demoraste hoy, los policías casi me quitan tu puesto.

—Gracias, las noches a veces son largas, ojalá las oficinas abrieran a las diez.

A ella le encantaba ese humor simple y mientras la hiciera reír no le importaba que nunca le contara nada importante de su vida. Sabía por una conocida de la calle 22, que vivía solo, que a veces jugaba ajedrez en el parque de la catedral y que le gustaban las baladas de los 60,

suficiente información para saber que era el tipo adecuado, lo demás lo descubría de fila en fila.

El domingo la acompañó a la misa, rezó porque María de los Ángeles nunca dejase de sonreír, luego la invitó a un cafecito y dejó que pidiera el mejor pastel, un pastel de domingo, sus ojos se cruzaron desprevenida-mente, ella respondió con una mirada brillante.

-María me gusta tu sonrisa, pero mereces un hombre mejor, conmigo conocerías el lado triste del amor. Pase lo que pase nunca dejes de ser mi amiga, solo mi amiga.

—Yo no te quiero como amigo, pero agradezco que seas sincero. Tú me das alegría.

—Es porque no me conoces, soy huraño y armado de recuerdos tristes, solo sirvo para estos ratos y para hacer fila.

Lo hizo entrar a la casa, le mostró sus flores, él le dijo que los pétalos no se comparaban con la frescura de sus labios llenos de risa.

—Gracias, que bueno eres. Se despidieron en la puerta con un abrazo, que llenó de envidia a las vecinas.

En la carrera 19 recuperó su soledad, la melancolía lo acosó en la esquina, muchas mujeres jóvenes salían a las puertas de los bares, un viejo compañero de mampostería le invitó unas cervezas, las mujeres servían y se sentaban en sus piernas entre risas y chanzas como si fueran viejos conocidos. Le contó al compañero que había conocido una mujer soltera, bonita, alegre y que hasta tenía casa propia, pero que quería tener un hijo y él no había superado la disfunción eréctil, que le dejó como regalo su ex mujer.

—No sea tonto, eso es un problema psicológico y aquí está la cura, hágase acariciar por una de estas damas y verá que se alivia.

Una voluptuosa trigueña se le acercó y se ofreció de medicina, entraron a un cuartucho, ella movió su cuerpo como si estuviese hecha de fuego, lo adormeció con la leche de sus pechos, pero lo hizo saltar cuando le contó que era un travesti, que podía hacerle lo que quisiera, le contestó que solo hablaran un poco porque se le habían quitado las

ganas, tomaron unos tragos de ron, le habló que conocía a una mujer buena, aunque pasada de años y que estaba negada para él, Maritza o Roberto le dijo que si quería un consejo debía pagarle una hora más.

—Dame un consuelo por un trago.

—Por un trago ni un suspiro, cariño. Deberías conservar a esa virgen, de esas solo quedan en las iglesias y este consejo te lo doy gratis.

En la calle pensó que los dioses jugaban con su pedazo de existencia.

—El trabajo de tres días, por un pilche consejo. Aunque tengo que admitir que el marica tenía buena figura, ja, ja, ja.

Al momento de pagar en la tienda no encontró el resto del dinero.

—Parece que alguien de manos ligeras me robó el billete. Salió con una carcajada.

El trabajo de seis días, por un infeliz consejo y se fue a su cuarto a esperar el día.

En la fila hablaron de lo agradable de esos días, le dijo lo bonita que se hallaba con su vestido y su sombrero de flores moradas, ella replicó que le quedaba bien su chaqueta marrón y él alabó su casa llena de vidrios como un palacio de cristal.

—Cuando quiera se viene a vivir allí y me ayuda a cuidar las flores.

—No puedo, soy muy aburrido, le espantaré los colibríes.

—No sea tontito, véngase y deja de pagar arriendo.

La propuesta fue interrumpida por unos músicos callejeros que con pistas y guitarras entonaron a los Ángeles Negros. Ella aprovechó la ocasión para tomarle la mano, él sintió hervir su cuerpo y estuvo feliz por primera vez en muchos años. La acompañó a su casa, almorzaron juntos en una mesa pequeña, se besaron junto a los geranios, sin mediar palabra sus cuerpos se fueron empujando hasta la cama vestida con mantas blancas. Se embriagaron con el olor de la piel, acariciaron sus cuerpos maduros, poseídos por un calor que hacía muchos años estaba congelado, la mano suave de María se esforzaba en evitar que su hombre terminara y lo motivaba a seguir su recorrido febril. Des-

pertaron empapados en sudor, las sábanas envolvían las piernas de María, él llegó a pensar que la cama era una barca y navegaban en el reflejo del sol.

Acordaron no salir a hacer fila toda la semana, iban a vivir su luna de miel arrullados por los grillos nocturnos, gastaron lo poco que tenían en la tienda del barrio y se encerraron a jugar al amor, con rondas infantiles que ella entonaba con voz de niña y agotaron todas las palabras hermosas de su reducido alfabeto.

Una mañana las fiebres se apoderaron de María, no quería comer y ardía en sudor, fueron al Seguro Social, le diagnosticaron una enfermedad de transmisión sexual, les recetaron antibióticos fuertes, en el camino no hablaron, al llegar le pidió que se marchara, no tuvo palabras para excusarse, quiso arrodillarse para que no lo echara, pero le cerró la puerta en la cara, se fue lloriqueando hasta el parque, en la noche regresó pero no le abrió, a la mañana siguiente tampoco lo recibió.

La noche fue espantosa, el llanto no lo dejaba dormir, los momentos que se quedaba dormido soñaba que María se ahogaba en un lago congelado, luego se tranquilizaba porque una horda de ángeles la sacaban a la superficie.

Fue a buscarla temprano, al llegar una montonera de gente lo recibió, dos policías se adelantaron a capturarlo antes que la turba lo linchara, lo acusaron de homicidio agravado, el juicio fue breve, las vecinas declararon que se oían ruidos en el huerto; el tendero dijo que el tipo se aprovechaba de la señorita para gastársele el dinero que conseguía como turnera. No aceptó ni contradijo los cargos, se limitó a decir que la amaba, su historia personal de vago sifilítico la reconstruyeron los funcionarios de la Policía Judicial. En la inspección al jardín interior, la fiscal le restó importancia a un papel arrugado medio escrito, porque la lluvia había desaguado las letras de amor que María de los Ángeles le escribió a su hombre y donde lo libraba de toda culpa.

Eduardo Erazo

Meneaculito

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.54>

Marcaban las diez de la noche con veintisiete minutos. El tiempo parecía no correr, mientras se convertía en eternidad. La espera anhelante de alguna idea, por más mínima o absurda que fuera, hacía que mi paciencia casi llegase a su fin; sólo requería una idea que me diera el inicio de esto que necesitaba escribir. La noche no es larga y el tiempo en algún momento correría como vil asesino cuando es descubierto en su fechoría, sin detenerse hasta que ponga a salvo su humanidad, si es que el tiempo o el asesino tienen humanidad. Busco entre canciones, tal vez en aquellos textos mal escritos que reposan sobre mi escritorio y que hablan de humanidades y subjetivación, pero no resulta nada. Miro a través de la ventana hacia la calle, esperando ver si algún tonto perro pasa por ahí y hace algo gracioso que pueda escribir aquí, pero ni siquiera eso. Sólo pasa un viejo, Don Luis, muy despacio, como si no tuviera prisa por llegar a casa y quisiera demorarse en vano, gastar tiempo caminando a ese paso, deseando no llegar a un hogar en donde no lo esperan o se sentirá mejor si no llegase ahí, si se quedara en la calle o en cualquier otro lugar donde su mejor compañía sea él mismo y, por ese instante, en ese lugar pueda ser feliz.

No sería absurdo pensar que don Luis en algún momento quisiera no llegar jamás a su hogar, que quisiera recordar aquellos momentos en que, cuando era joven, salía sin preocuparse. Viejos tiempos en los que terminando el jornal, se disponía a guardar la herramienta y los azadones, para luego ponerse el mejor dril y el sombrero de paño e ir a reunirse con sus amigos. Nunca le faltaba el machete debajo de la ruana. A veces bajaba hasta la calle del Churo a emborracharse y disfrutar de las muchachas, alardeaba con el fajo de billetes y la pre-

sencia que se mandaba; si alguien lo retaba, empuñaba su machete y se balanceaba contra la humanidad de quien fuera, no le tenía miedo a nada. Otras veces sólo se quedaba en el zaguán de alguna casa con chicha bien añejada y al son de un par de guitarras hasta terminar bien chumado, al final de cuentas era feliz, era una felicidad momentánea, pero... ¡a la mierda! era feliz. Recordé la historia que me contaba mi abuelo, cuando eran jóvenes y don Luis llegó a un festival que había en Puerres. Los Andes tocaban mientras la gente entre baile, risa y chicha pasaba la noche. Don Luis en ese entonces tenía unos 22 años y enamoraba a cada muchachita, no paraba de bailar. Cuando se hicieron las 12 de la noche, y se acababa el baile, él mismo pagó 2 horas más de toque a los músicos y gastó más chicha y guarapo para la gente, era el alma de los bailes. Me pregunto ¿cómo pudo ser que alguien con ese entusiasmo y alegría se haya convertido en una persona solitaria, introvertida y con un semblante tan ruin?



Weimar Canchala

En una noche de septiembre don Luis había terminado su jornal y se fue, como siempre, a la calle del Churo. Llegó, se emborrachó y encontró a una amiga suya que siempre lo acompañaba. Aquella vez sucedió algo extraño. Cuando marcaban casi las cuatro de la madrugada, aún oscuro, y las primeras vecinas salían a ordeñar el ganado, notaron una silueta un poco terrorífica en un potrero que da hacia la parte de atrás de la capilla. Pensaron que podía ser el duende, un ánima, la viuda o hasta el padre descabezado que, yo no sé por qué, llegó hasta acá esa noche. Cuentan que llevaba un manto blanco que le cubría de pies a cabeza y celebraba una danza hipnotizante, eran movimientos extraños, pero bien coordinados; por lo que pensaron, también, que podría ser una de esas brujas que hay por Sapuyes, y que en algún vuelo por estos lados se perdió o se cayó de la escoba; daba unos alaridos que hasta los perros espantó, no podían adivinar qué era exactamente. Fueron a levantar al cura para ir a enfrentar a ese espíritu. Todas las señoras afirmaban que aquella rareza tenía algo particular, pues movía su trasero con buen ritmo. Aun así eran presas del pánico por encontrarse en la oscuridad de la madrugada mirando al diablo bailar un sanjuanito. Fue cuando llegó el cura con una lámpara en su mano izquierda y el rosario en la derecha; muy valiente el cura rezaba en latín mientras se dirigía hacia el potrero y las vecinas con el chal en la cabeza y a punta de avemarías lo seguían. Podía más el chisme por saber qué era esa cosa, que el miedo que tenían. Al acercarse se dieron cuenta que era don Luis, estaba borracho y sin ropa; la amiga que le complacía aquellos placeres carnales lo había dejado desnudo y sólo llevaba encima una sábana. Había llegado desde muy lejos con la sábana envuelta, bailando y cantando. Desde ese momento lo llamaron el “Meneaculito”; siempre que llegaba a las fiestas decían: “Llegó el Meneaculito a prender esto, es tan bueno que hasta el diablo agarra violín y toca unos buenos sanjuanés, sólo para verlo bailar”.

En una fiesta por San Fernando conoció a la mujer que ahora es su esposa, era hija de hacendados y estaba acostumbrada a una vida de lujos y tanta cosa. El Meneaculito, aunque no era pudiente, trabajaba duro y ganaba su buena platica; para mantenerse él solo bastaba y sobraba. Fue muy duro cuando se casó con esa señora; fue una boda a escondidas, los padres de ella no iban a aceptar que se case con un pobre peón; aun así lo hicieron y se vino a vivir con él. Fue desde

ese entonces cuando todo cambió, ya no salió más a fiestas, siempre que terminaba el jornal llegaba a su casa y de ahí no salía hasta la madrugada del otro día. Tuvo dos hijos, dos varones que de su padre sólo heredaron las facciones, pues gente más aburrida en este pueblo no puede haber; criados al mismo estilo que su madre, prepotentes y groseros. Quizá ese sea el motivo que amarga tanto a ese viejo y que dibuja siempre en su mirada un deseo desenfrenado por acabar con todo de una vez por todas; con una esposa que le pide lujos que él nunca podrá darle y unos hijos que no lo determinan, pues para ellos él es un peón más. Sin embargo esa es la vida que él eligió, y por alguna razón lo hizo, hasta que llegó un momento en el que no tuvo más salida; el Meneaculito se perdió entre sanjuanés y las tonadas de violín del diablo, entre bailes y la chicha que mascaban las viejitas. Quedó debajo de aquella sábana con la que lo dejó esa vieja prostituta. Si alguien quisiera encontrarlo tendría que llegar hasta aquel lugar tan feliz del que, seguro, no querrá volver.

Y ahí estaba, parado en esa esquina mirando las calles y, de vez en cuando, divisando su reloj; esperando que el tiempo corriera más rápido. A la vez yo quería que no pasara, para poder encontrar la maldita idea que me permita terminar este trabajo. Sin más, después de mirar hacia el cielo y recordar tanta vida, él se fue a su casa y yo a dormir.

A la mañana siguiente, entre gritos desesperados, sirenas de ambulancias y patrullas de policía se termina mi sueño. Inquieto, aunque sin más emoción, me levanto y comienzo la rutina de cada día para salir a la Universidad. Se dibujan unos tenues rayos de sol entre las nubes que tapan el cielo, es una mañana fría; pero no por el clima, sino por lo acontecido la noche anterior, pues todo el griterío y las sirenas que tanta bulla hacen vienen de la casa del viejo. Cinco asesinatos, a la esposa le cortaron la cabeza a punta de machete y le sacaron los ojos de sus órbitas, al tiempo que incineraron parte de su cuerpo en la hornilla; a los dos hijos les cortaron las piernas y la lengua mientras dejaron que se desangraran. Esa noche los visitaban los suegros de don Luis, pienso que tal vez por eso no quería llegar tan rápido a su casa. A ellos los apuñalaron hasta morir. Toda la gente quedó impactada, nunca se había visto algo así por acá. Todos lloraban del terror que les causaba saber eso; mientras que el viejo, esposado, miraba sonriente a

los oficiales y les decía: “yo no fui”. Fue su semblante el que me estremeció aún más, pues por primera vez en mucho tiempo el Meneaculito era feliz, miraba alrededor y suspiraba de tranquilidad, isonreía! Ese sufrimiento que por años cargó, ahora se iba junto con la vida de las mismas personas que lo causaron. Pidió un último deseo antes de que su vida fuera a terminar en una cárcel, lejos de su tierra. Que suenen las guitarras, el requinto, el violín y la timba, y que lo dejen bailar el último sanjuanito mientras se manda un totumo de chicha. Y así fue, así lo hicieron. Otra vez, aunque por última, él volvía a ser aquel hombre que le enseñó a bailar al diablo, volvía a ser el Meneaculito.

Antes de irse me miró fijamente y sonrió; dejando su alma en mis manos, agradeció. Él y yo lo sabíamos. Y como lo dijo fue. Él no cometió los asesinatos. Yo necesitaba una historia y como sea tenía que conseguirla.

Gabriela Ortiz

Ciclo

Ya habías cruzado esta línea, la segunda muerte no será diferente.

Cuento por encargo

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.55>

En medio de la lluvia, rodeado por una espesa niebla con el olor a flores marchitas, bailarines perdidos iluminaban el camino con velas consumidas mientras cargaban mi cómodo cajón; un gran gozo invadía mi ser al estar cerca de disfrutar de un gran banquete de deliciosa carne podrida, cuando al fin llegamos a mi nuevo y oscuro hogar; por fin disfrutaría de mi merecido descanso; pero entonces, un par de asquerosas y limpias manos decidieron sin mi permiso arrastrarme hacia el ambiente extraño del mundo, la alegría que se respiraba en este lugar me causaba náuseas, con orgullo y soberbia aquel payaso proclamó “es un niño sano” así, está tortura se prolongaría por muchos años más, pues un par de incómodos brazos me cobijaron bajo su maternal protección.

Tukiyay

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.56>

Si hace tres meses me hubiesen pedido que cuente esta historia, seguramente mi voz estaría llena de tranquilidad y presunción, convencido de que aquellos sucesos solo fueron el fruto de una noche de indigestión. Justo como a esa nebulosa noche le llegó su luz, las evidencias capturadas en mi cámara se revelaron en la oscuridad de una habitación roja con el fin de horrorizar a mis futuros espectadores, mostrando lo que mi memoria intentaba suprimir de mi último viaje como cronista.

Avanzando en el corazón de una prohibida zona tropical, el sonido del wayruru anunciaba los pasos de un extranjero a la supuestamente extinta especie de lo que podría ser el misterioso eslabón perdido dentro de nuestro truncado árbol genealógico. Tras poder despejar el camino que mis pies recorrían empezaba a sentir el olor de la leña siendo evaporada, conociendo el lugar pude también acercarme a la simpatía de los Tukiyyay, quienes evitaron mis preocupaciones sobre el techo y la comida durante mi estadía de tres plenilunios, también lograron proporcionar un alivio para mis deseos carnales a modo de presente de bienvenida, a mitad de la noche una hermosa llump'aq aparecía delicadamente en el espacio vacío de mi camastro en una perfumada nube de aromas florales. Tanta comodidad y dicha de las que era un cautivo en un maravilloso sueño. Tras una noche de gozar los balanceos que me brindaba el cuerpo de mi acompañante, el sonido de quenás removi6 en mi ser la verdadera razón por la que estaba en ese lugar; así que con el adelantado amanecer de esa zona, solicité a los lugareños una inmersión al latiente corazón de su madre Ukuma, sagrado terreno donde solo los pasos femeninos eran permitidos, debido a mi contrariedad biológica se requería pagar mi entrada con la sangre pura de una llump'aq, la noche anterior a mi entrada para que así, aquel cuerpo puro curaría las quemaduras que mi piel causaría en la tierra de Ukuma.

Espero que a partir de aquí el lector se apiade de lanzar un juicio hacía mi memoria, pues las imágenes frente a mis ojos justifican el olvido protector de lo ocurrido, previamente a pensar en herir a Ukuma, dentro de una pequeña choza me fue entregada un delicado traje del color de los lugareños, con un aroma y rostro idénticos a la llump'aq que había visto partir la noche anterior, unos pasos después el manantial de aguas termales custodiaba aún la virginal sangre derramada en manos del oráculo quién aún sostenía en sus viejas manos la navaja de cuarzo pulido, entre cantos se elevaban las energías alrededor de la qucha que terminaba de digerir su última ofrenda ayudada por los hambrientos uturunku.

Temerosamente me adentré al seno boscoso de la madre, esperando a que mis años de experiencia como relator de los más asombrosos hechos de cada aspecto vivido en inexplicables viajes le sirviesen a

mi añejo corazón como un soporte a lo que revelaban mis ojos, tal vez las palabras exactas para describir mis sentimientos de ese momento, solo se pueden describir con el propio idioma de la tribu, pues la sensación del contacto de mi piel con la humedad sangrienta de una vestal lograba que cargase en mis manos a mi estómago en el viaje nocturno que emprendía tras cada atardecer cargando el peso de quien solían llamar T'ika, hermosa joven de largo y negro cabello, cuya voz me susurraba pistas que me guiaban a maravillosos tesoros naturales, casi como una romántica relación, el amor crecía gracias al roce de nuestros cuerpos, logrando penetrar a los rincones más amargos de mi ser con su joven y alegre espíritu, más vivo que nunca pude sentir como nunca antes al espíritu del khuyay, distraído con este sueño, dormí con los ojos bien abiertos durante tres killas llenas, sin preocupación por encontrar la razón de mi estadía, tal vez por descuido de mi vista no encontraba señal de mamífero alguno dentro de mis registros, al percatarme de la cantidad de estos y las pocas páginas vacías que faltaban para completar mi diario de noventa jornadas, supe que debía abandonar a mi amada en nuestro próximo encuentro, me desgarraba la idea de dejarla tendida junto a otros espíritus protectores, pero ahora debía volver a mi prestigiosa cotidianidad académica dentro del encierro de la facultad de biología; antes de mi partida los aborígenes prepararon una gran fogata en el centro del caserío, con el crepitar de la luz humeante sirvieron numerosos y deliciosos platillos, los cuales eran opacados por la carne de un neonato tribal en hojas de plátano, el deseo de bienaventuranza se materializó al descubrir entre mis intestinos que el propósito del viaje se disolvía en mis entrañas, me agrada la idea de haber recuperado estos recuerdos, pues con un mapa en la mente, podré volver a Ukuma, para rescatar a mi amada que yace esperándome entre plumas y pelajes sagrados.

Andrey Medina

Juventud marchita

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.57>

Llovía y la fiebre me alteraba las palpitaciones, el dolor muscular y pélvico eran más fuertes que el posible diluvio, más sin embargo la cuestión de mi espíritu era lo único que ocupaba mi preocupación. ¿Debía morir para calmarme? o ¿Con levantarme por un vaso de agua ya cesaría la manía por vivir de mala manera? Sin pensar en las consecuencias lo hice, salté de mí cama como quien no quiere levantarse a trabajar y ahí me encontré, sólo, rebuscando entre la tibia oscuridad una linterna que disfrutaba del calor de la almohada, la encendí y quedó medio apagada; escuchando la escandalosa lluvia y las palpitaciones de mi fúnebre fiebre bajé la mirada y con ella el cuerpo para buscar las chancletas y solo había una, su par quizá se extravió en la rutinaria habitación de libros sin leer y recordé agitar la linterna para lograr encontrar el par, de igual forma estaba resignado a caminar con un pie descalzo; de refilón me miré al espejo y froté mi frente lisa pensando en un posible estrago hipocondriaco si el espejo se quebrara con mi imagen en él. Dos puertas y quince escalones me separaban del vaso de agua y una penumbra disimulada por la luz en mi mano. Efectivamente era de madrugada, la hora desconocida por los que están libres de culpas, 3:38 a.m. dictaba mi muñeca. La primera puerta se abrió sin lío, sus bisagras aceitadas no generaron ningún ruido, era una puerta nueva y muy bien pintada, el silencio únicamente seguía violentado por el torrente de agua en las ventanas y la carraspera pretendía empezar su maña nocturna. Para llegar a la próxima puerta era menester atravesar un salón sin ventanas pero con cortinas, algo absurdo, pero como así era mi domicilio nunca presté atención hasta esa madrugada, las miré a las tres cortinas que bailaban como morenas jóvenes en plena borrachera, mojadas y con ganas de ser abrazadas y penetradas. La fiebre y el dolor por intentar ignorar el hielo del ambiente que los agravaba se refugiaron en la preocupación del espíritu, despertando así la gangrena de mi garganta y me inva-

dió una remilgada tos que espantó el mutismo de mi prudencia y las morenas cambiaron su paso y bailaron al ritmo de mi tos que pensé inauguraba mi vejez.

Giré mi cabeza sin mover el cuerpo, parecía una lechuza en su árbol. Todo alrededor estaba quieto, excepto las borrachas que se bandereaban por el soplo acompañante de la lluvia. Caminé cuatro pasos, dos calzados y dos descalzos, abrí la segunda puerta y aquella tampoco emitió sonido alguno, solo se mostró con una perpetua tiniebla que me hizo recordar al Hades por el descenso con sus quince escalones. Mi fúnebre fiebre ya era una joven muerte que pendía de dos horas para no perder la razón, y en la mitad del desfile por los escalones limpios pero ásperos, un largo umbral se presentó ante mi imaginación con un encabezado en su entrada que decía: ¿Estás listo para vivir? Pero un plausible caminar detrás se robó mi atención, un frío me heló la sien, consideraba la hora del más horroroso e influyente acto para terminar con mi sigilo y la intermitencia de la linterna recobró funcionamiento dando paso a la tarea de calmar mi sed; los pasos presentí también estaban a medio calzar y creí que todo podría ser permitido, así sea el aumento de la aberración en los hechos.

La lluvia en ese primer piso estaba al borde de una inundación, regresé la mirada hacia arriba y la puerta se movía levemente por los ventarrones. Mi preocupación espiritual había desaparecido, solo importaba regresar sin locura a mi cama, mis movimientos se dirigieron exactamente al vaso de agua y la linterna corroboraba la ruta. Los vasos en la alacena me observaban, e involuntariamente me reflejé en uno de ellos y noté ya no muy lisa mi frente, no quise frotarla. Ninguno de los vasos parecía estar dispuesto para brindarme sus servicios, me sentí indeciso, un poco indefenso y cansado como si el reloj hubiese corrido, tal vez no es un vaso de agua lo que necesitaba me dije, tal vez la primera pregunta era más oportuna. Al resignarme de nuevo como con la chancleta, agarré el vaso más limpio y al tomarlo y llenarlo de agua percibí que una garganta ajena a la mía se preparaba para toser, juzgué no salir cuerdo dicha madrugada, los sentimientos de toda ideología-mitología con respecto a la muerte pasaron como un relámpago en mi mente, hice el mismo ejercicio de la lechuza, pero ahora con el vaso semi-lleno de agua en la mano. No escampaba, el agua pretendía entrar a la casa, y sin dejarse esperar más, esa tos semejante, muy semejante a la mía terminó por derrumbar el silencio de mi moderada presencia. Olvide mi nombre, el reloj se resbaló por mi muñeca ¡Señor! dije, el

vaso de agua solo recibió un simple bocado y mis preocupaciones se tornaron distintas. Caminé hacia el inicio del ascenso de las gradas y la tos ya no estaba, pero seguía retumbando en mis oídos. Al comenzar a subir, mi fiebre ya no era nada más que delirante sudor y bochorno arrugado, la puerta me esperaba como un pasaje al Edén; toqué su fría manija y me sentí salvado de un prematuro Hades, las mujeres seguían bailando, ahora con el compás de una pieza romántica y su cabello pálido por el acto desgarrador del viento, y el despilfarro de agua de las nubes se mantenía. Crucé el salón sin pensar ya en su absurdez, la segunda puerta, antes la primera estaba de par en par y miré los libros de aquella habitación desconocida para mí que ya no estaban sin leer, sin recordar cómo y por qué conocía los sueños de Quevedo, el Werther de Goethe, el inicio de todo al revés del escarabajo de oro de Poe entre otros y me sentí fascinado, asustado pero satisfecho no obstante todo el panorama era como si estuviera viviendo otra vida, no recobrada paz ni tranquilidad al estar frente a una habitación que no parecía ser la mía; infortunadamente me miré al espejo y según las circunstancias el fracaso era lo mejor que me podía pasar, no pude frotar mi frente ni mi rostro de las abundantes arrugas, parecía que realmente si se había quebrado y la imagen estaba fragmentada. Me agaché con molestias en la espalda para buscar la chancleta perdida y claramente se había disipado, quizá estuvo atrás mío mientras fui por el sorbo de agua y por eso fue que la percibí en un instante, esa disertación me causó terror. Antes de acostarme examiné algunos libros que definitivamente aún seguían sin leer, el reloj flojo en mi muñeca lo dejé en la mesa de noche y ya recostado la linterna seguía titilando en mi mano; cerré los párpados que según la imagen en el espejo ya estaban cerrados sin darme cuenta de un pequeño detalle, la puerta quedó abierta, un viento la movió y generó un sonido de bisagra tiesa y vieja, indudablemente pensé, no era mi habitación, imposible que en la ida por vaso de agua a no más de veinte metros las cosas hayan cambiado tanto, pero el cansancio de los achaques decrepitos no permitió que meditara esas cosas y me recaté solo a cerrar la puerta que había perdido el brillo de su manija y su pintura estaba cuarteada. La lluvia parecía que había cesado en cierta medida, la hora 3:50 a.m. y al volver a recostarme y bajar los párpados mi gangrena gular me picó la garganta e hizo como si fuera a toser, pero antes escuché el arrastre de los pasos semi descalzos con una rancia aroma y retumbó con un eco ligero y contundente aquella tos podrida y remembrante que apagó por completo el mal funcionamiento de la linterna y deseaba abrir la puerta con un forcejeo desesperadamente marchito.

Ximena Riascos

Sueños de realidad

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.58>

Aquella chica de ojos miel, llenos de luz, cada noche junto al fogón escuchaba con atención las hermosas historias que le contaba su abuelo sobre sus grandes y lejanos viajes de juventud, apoyada en su regazo prestaba mucha atención a su ronca voz. Decía que en las tierras del norte había un mes en que la nieve se torna de colores, Cada madrugada y como todos los días la aurora empezaba su trabajo, pero quien la precedía no era la nieve como de costumbre sino un fulgor que irradiaba destellos de todos los colores, el ambiente se torna más helado, a medida que nevaba tomaba un color diferente, todo sucedió a la velocidad de la luz. Cuando la chica pensó en salir al patio a recoger un poco de leña vaya sorpresa cuando al abrir la puerta todo se había convertido en escarcha matizada, un frío intenso atravesó sus sienes, ella quedó atónita ¡es una locura! exclamó ¡cómo es posible! Corrió como loca por el bosque fascinada con aquel espectáculo. Pensó en encontrar en aquel lugar a su abuelo, pero no había nadie, ni siquiera animales, la mayoría invernaba en sus cuevas.

Jamás se había visto algo parecido. Aquel lugar era poco poblado solo había unas cuantas casas con más o menos 12 kilómetros de distancia, había un lago y mucha vegetación, y ahora todo estaba diferente. Al llegar a la casucha de su abuelo, que estaba junto a un inmenso árbol gritó: —¡abuelo, abuelo!

—Que sucede mi colibrí, es muy temprano, contestó una voz grave desde adentro, mientras ella reía, jugaba y probaba si tal vez la nieve tendría algún sabor, se asomó un hombre de tez blanca de semblante afligido.

No dijo nada, y ambos se sentaron en la raíz del Ñandubay, después de un largo rato de silencio, la chica le preguntó:

—¿Qué crees que produjo esta maravilla?

—Puede ser algún tipo de Osmosis contestó, pero hay que tener cuidado, no hay nada peor que los atares de la naturaleza, quién sabe qué pasará exclamó con gran tristeza...

—Agüeros abuelito dijo la muchacha, tu no alcanzas a entender que hoy nace una nueva perspectiva de invierno, lo que surgió es realmente bello, soportaría todo el frío con tal de ver todos los días de esta forma, además ¿qué puede pasar si hace frío? para eso existe el fuego, los abrigos, en casa hay té y leche caliente.

Solo piensas en ti susurró el abuelo con la voz muy tenue, empezó a temblar y en un segundo se desplomó en el suelo, quedó más tieso que una roca. Al percatarse de aquella escena Dalia quiso proteger a su abuelo de alguna forma, pero lo único que encontraba era mantos de nieve, lloró desesperadamente, cada vez el frío se hacía más insostenible sus lágrimas se convertían en puntiagudos cristales que se adherían a su piel, a medida que la sangre brotaba se iba quedando sin aliento, su boca se tornó morada casi no podía hablar y desde su corazón imploraba al dios Xochipilli que jamás volvería a desear cambiar el tiempo...

Las estrellas empezaban a desaparecer cuando sonó el cucú de aquel viejo reloj haciendo que Dalia despertara de aquel mágico y trágico sueño, salió corriendo a la estancia de la vieja casona donde encontraría a su abuelo esperándola para desayunar.

Náufrago de un amor en la tierra

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.59>

Él era distinguido puro y diáfano, siempre miraba la belleza de lo más imperceptible, aunque en ocasiones era lastimado por el capricho sombrío de falsos corazones. Porque hay diferentes tipos de amor... los hay de arcoíris, de verano, de soles, de estrellas, de distancias infinitas, amores de mariposas y de grillos, también están los de profundos abismos. Pero no importa, siempre son todos locos, mágicos, otros trágicos, este del que yo te hablaré, era uno de los más valientes que puedes conocer, aunque en ocasiones se apagaba, siempre renacía como el ave fénix, volvía a volar, bien, les contaré la historia.

Digamos que era como el arco iris, era real y diferente de hecho, en todo el planeta no existía uno igual, era maravillosamente transparente, daba todo a cambio de nada, amaba las flores de loto, pasaba noches enteras contemplando la melodía de la natura, mientras percibía la dulce fragancia del jazmín, su vida era una fantasía. Pero un día, de repente, aparece el caos. En su paso por la tierra se encontró en un laberinto, donde el viento soplabla con frialdad, todo estaba fosco, vacío, el cielo se tornaba gris, un infierno terrenal, el corazón de aquel amor se llenó de melancolía al ver en el jardín de aquel laberinto los árboles esqueléticos, las flores secas y marchitas, pensó en que ser malévolo pudo causar tal estrago. Todo había pasado a otro extremo, el cosmos estaba conquistado por el mal, fuerzas oscuras que rondan en el ambiente queriendo destruir el cáliz de la existencia, pues el hombre había descarriado la razón, corazones utilitarios, adulterios van y vienen, mariposas con depresión, entes se atacaban como fieras, niños menesterosos sin culpa,... se puede sentir el vacío, la desolación de sus miradas, gente mártir del tiempo y del móvil, vidas y más vidas evitando a toda costa la realidad, para variar la covid-19 se paseaba dejando ver la miseria en el espíritu. ¿Dónde estaba ese dios bondadoso, ese dios de quien se espera infinita justicia? No son más que patrañas. Desde aquel día, que el amor se posó en este laberinto doblegó su ímpetu benevolente y divaga día y noche con gran tristeza en busca de la esperanza y el erotismo del alma con quienes pretende difuminar tanta zozobra...

El misterio del cigarrillo

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.60>

El cigarro sabía su historia al revés y al derecho, aunque aquel no se la hubiera contado, percibía su tristeza en cada suspiro, en la saliva que mojaba su filtro, otras veces sentía sus labios reseca, momentos cuando caminaba cabizbajo y con la mirada perdida, no estaba en este mundo, pensaba en ella, decía el cigarro.

El conocía todos sus pensamientos y a quien estaba dirigido cada latido de su corazón, por ejemplo, cuando la incandescencia de su deseo se reflejaba en aquella candelita roja y siempre, siempre terminaba

en ceniza, o cuando el humo entraba y escudriñaba en cada célula, queriendo camuflar sus heridas. Para decir verdad contadas fueron las veces que detecto alegría en aquel ser.

Pensativo y egocéntrico el cigarro argumentaba que el solo pretendía ayudarlo a calmar su adicción hacia ella, que iluso no se daba cuenta que era todo lo contrario cada día temprano en la mañana aquel cigarro procuraba hacer bien su labor, dejaba un tris de **gas cianhídrico** en sus pulmones, un poco de nicotina en su cerebro, y un poquito de pintura en su corazón, y así a lo largo del día a día trataba de causarle bienestar además de siempre fanfarronear ser su único y mejor amigo. —¡qué va!— nadie se lo cree. A menos que sea alguien que le agrade su viciado olor.

Pero a mí en particular me interesaba la historia de aquel hombre.

Entonces aquella noche de diciembre mientras un torbellino de incertidumbre invadía mi ser, me armé de valor y con voz trémula le pregunté —¿dime cigarro tú que escrutas hasta lo más profundo de su alma, de casualidad estoy ahí en algún rincón?, después de un instante de silencio y Dejando exhalar un gran suspiro exclamó —¡hace frío! ¿Quieres más café?

Microcuento

Yotra vez volvió a caer en el profundo abismo de sus ojos, se golpeó tan fuerte que perdió la razón.

Byron Ordóñez

Claro de bosque

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.61>

Aquel día yo decidí hacer caso omiso de mi tediosa tranquilidad y acepté una de las tantas invitaciones que algunos amigos me habían hecho a acampar bajo la luz de las estrellas. Será interesante tener una conexión más cercana con la naturaleza pensé; mientras uno de mis amigos emocionado insinuaba el jolgorio, los oportunistas malos entendidos sexuales y los excesos alcohólicos de los cuales yo sería parte. Pese a su condición de novedad no exaltaba gran interés en mí, presentía un agotamiento extremo que luego tomaría horas incluso días reparar.

Mi amigo había conseguido invitar a más personas, en total había tres mujeres y tres hombres incluido yo —así estaremos tres para tres, dijo mi amigo con picardía. La mañana de aquel viernes aún indeciso y sin saber si asistir al campamento era lo mejor, salimos rumbo al profundo bosque que queda pasando las picosas montañas del sur de los Andes. El camino fue largo y el día estuvo hermoso; el sol nos acompañó gran parte del recorrido. Cuando llegamos a las planicies vimos que era buen lugar para montar nuestro campamento, mi amigo formó tres parejas, un hombre y una mujer. Me dijo al oído que debía aprovechar el tiempo para ir marcando territorio, ya si en la noche la cosa se pone extrema podremos hacer cambio de pareja. Dijo mi amigo con voz de lujuria. Lana era la chica que desde niño me gustaba y mi amigo sabía eso, ella siempre le había votado más corriente a él que a mí y aún así intencionalmente este buen aliado del momento nos formó como grupo para trabajar en lo que sería nuestro camping. Lana dio señales de aceptar de buena manera hacer equipo conmigo, así que, salimos en busca de leña y aproveché para tener una conversación más continua e interesante con ella. Pronto nos bañó el sereno

ocaso del día. Hicimos un asado, compartimos risas e historias de la escuela y el trabajo mientras cenábamos. Uno de los participantes del campamento tenía una guitarra y empezó a entonar canciones que todos cantamos, comenzamos a beber alcohol en grandes proporciones y al poco tiempo yo ya me sentía mareado, en medio de la algarabía las distancias entre Lana y yo se acortaban cada vez más, hasta que al fin nuestros labios se chocaron al calor de la fogata y al compás de la guitarra de nuestro compañero de aventura. De inmediato nuestros amigos comenzaron a reír y murmurar asombrados, pero a la vez asintiendo nuestro efímero cariño; Lana al oído me susurró que quería ir conmigo al profundo bosque y sentir como su aroma se fundía con el nuestro. Nos mezclamos en la espesura de los árboles, no sé si por el frenesí de nuestros besos, caricias y risas, o el efecto del alcohol que nos condujo fuera de tiempo y espacio. Pero al momento caímos en cuenta que nos encontrábamos demasiado lejos del campamento, y entonces estuvimos frente de uno de los más hermosos fenómenos naturales que haya percibido. La luna se posaba prosuda en todo el centro de aquel claro de bosque, su contorno abrazaba una gigantesca roca que era cobijada con intensidad por la pálida pupila de la luz nocturna, todo este espectáculo era maravilloso y a mi cuerpo hacía estremecer, Lana insistió en acercarnos más a la roca, en medio del sudor de nuestros cuerpos se vislumbraban miradas y caricias coquetas, entonces, nos presentamos frente la roca y descubrimos unas marcas extrañas, figuras que jamás en mi vida había visto, figuras espantosas y demoniacas rodeaban todo el fragmento rocoso, unas criaturas similares a topos de nariz estrellada habían sido tallados despedazándose unos a otros —serán dibujos que la gente viene a hacer, dijo Lana con serenidad. Mas yo no podía concebir que tales figuras tan extrañas fueran creación de seres humanos. Lana rodeó la roca y descubrió que había una cueva donde ella entró sin reservas, de inmediato el efecto del alcohol y la maravilla del lugar se habían disipado y solo se escuchaba la voz de Lana que decía —“ven, hay un regalo para ti”, yo me sentía inmóvil, la imponente de aquel lugar no me dejaba actuar por cuenta propia. Lana por su parte se adentraba cada vez más en el interior de la cueva, su voz se escuchaba lejana y suave, yo tenía que entrar y pedirle que no se alejara demasiado. El sonido perturbante de algunas goteras hacían doblegar mis piernas, la oscuridad con su salvajismo había cegado por completo mi percepción. Al tiempo ya

no se oyó más la voz de Lana. ¡Lana, Lana! Grité con fuerza, pero la única respuesta era el eco de la cueva repitiendo mis palabras. Oí algo similar a chapoteos. Lana, deja de jugar y vámonos de aquí, le dije. Al darme vuelta Lana cayó ante mis pies; una lánguida luz lunar reveló su cuerpo mordisqueado por partes de las cuales chorreaba sangre con enardecimiento, su rostro tenía la apariencia de haber sido succionado por algo, convulsionaba y de su boca se desprendía una baba amarilla. Lana colgó su mirada en mí y soltó un grito desgarrador que caló hasta mis huesos; intenté ayudarla, pero entonces unos chillidos invadieron la cueva y unas medianas aberraciones, casi amorfas, sin pelaje, de piel viscosa y azabache que desprendían un olor putrefacto que prefiero no recordar, salieron a redondear el cuerpo de Lana, corrían con frenesí por las paredes y el suelo. Solo recuerdo que cerré mis ojos y eché a correr. A lo lejos escuché los gritos de nuestros amigos que habían salido en nuestra búsqueda, ellos me ayudaran, pensé. Pero que va, ellos estaban perdidamente ebrios y drogados, se burlaron de mí, no creyeron mi historia, y al ver que Lana no aparecía por ninguna parte me acusaron de haberla matado, me propiciaron una gran golpiza y me dejaron en medio de la nada inconsciente. Al día siguiente cuando desperté aguardaba la esperanza de que todo hubiera sido una horrible pesadilla, pero el dolor de mis golpes, ese espantoso olor que se encarnó en mi cuerpo y los gritos de Lana que retumbaban en mi cabeza, me afirmaron que todo había sido real. Rompí en llanto al recordar las escenas aterradoras de la noche anterior, estaba perdido y confundido, rozando la locura. Apresuradamente salí en busca de alguna respuesta a este mal trago, pero en el pueblo me esperaban para acusarme de asesinato, nadie cree que mi historia sea verdad, me acusan de loco. Desde entonces vivo escondido sin querer salir por temor a ser linchado, en las noches mi sueño es profanado por los recuerdos de aquellas aterradoras escenas, adquirí enfermedades respiratorias por mi impulso a bañarme tan seguido buscando desprender de mi ese olor tan mordaz, desorden alimenticio por el vómito que me produce recordar esas aterradoras bestias; temo vivir a oscuras, pues presiento que esos engendros demoniacos vendrán por mí, temo la luz que proyecta mi reflejo, me recuerda el rostro de Lana cuando me invadió con su mirada agonizante entonces, se acrecienta la flaqueza de mi cordura y me tienta a la muerte.

Tatiana Peña

Un olor a sábanas de noche

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.62>

8 de agosto de 1994

Exhausta, habían pasado ya cuatro meses, nunca había tenido tanta poesía corporal erótica, ese gran sentido del placer libidinoso. El día, el mundo normal. La noche, nuestro mundo salvaje.

Paciente falo indestructible, vulva con sed de extasiarse, fantásticos recuerdos que ya muertos traen vida; recuerdo tu cuerpo delgado, tus nalgas blandas y tu abdomen como puente hacia la gran seducción de unos centímetros de más, con un grosor perfecto para mi boca; como niña con sed en el desierto chupando una paleta de carne que deviene leche de vida, amarga, sabrosa, rejuvenecedora.

Recuerdo las miles de posiciones en donde el *Kama Sutra* tuvo que expandirse, pues nuestra sed y hambre de compañía y compactación sexual nos devoraba. No era amor, era más que eso. Era placer enamorado.

Tú eras fuego y yo dinamita, teníamos que tener cuidado con nuestros juegos, porque juntos hacíamos una guerra, con esto, tu fuego y mi dinamita, explotamos. ¡BOOOM! Tú tenías el corazón ocupado, pero la mente amplia, además de tu falo, ese que ganaba poder con mi cuerpo; te creías poderoso, pero yo era una diosa.

Encendiste mi dinamita y exploté con placer. Jugabas, con ella y conmigo gozabas y te lo agradezco, porque también aprendí a jugar, con ellas, con ellos, con todos. Gané experiencia y el placer que solo mi cuerpo recuerda, tú ayudaste a dejar esas marcas.

Creías que al ser buen amante asegurabas con candado mi corazón entre las piernas, mi vagina, mi boca, mis senos, mis nalgas; claro que los aseguraste, pero no solo con ser un buen amante, también fuiste mi maestro y aprendí a extasiarme de tanto jugar tu mismo juego.



César Guerrero Acosta

Recuerdo a un amante que gracias a ti conocí. En mi apartamento limpio, esperando la ocasión para un acto puro; puro sexo, puros orgasmos, puros gemidos. Lo llamaban Villa, vendía locura y en medio de su locura, me enloquecí. Comenzamos a reír de todo y por todo, todos eran graciosos, de repente mandó su boca a mis senos, no hice el menor intento por detenerlo; me gustaba. Qué manera de chuparlos, halaba mis pezones, ¡Que rico!, empecé por quitarle la correa; quería poder tocar esa arma de fuego con balas de leche, que si hubiesen llegado a cuajar seguro la muerte me hubiese tocado de inmediato. Desabotoné su pantalón, con fuerza me desprendió la camisa, el bra-sier salió volando, sus pantalones y los míos, las medias; esas que quitan belleza en cualquier hombre, los calzones desaparecidos, y al fin; empezó lo agresivo del juego.

Saqué un condón después de haber mordido su glande, lo puso y fue ahí cuando su falo tieso, duro, lleno de sangre, penetró mi hueco oscuro en ese momento lleno de nada, solo placer. Largor interesante con una anchura sabrosa, muchas posiciones, las manos juguetonas; masturbándome mientras me penetraba, se me olvidó tu nombre, fue mucho el tiempo que duramos en mi cama mojando las sábanas. Apresuramos el ritmo, mis gemidos de niña pequeña, como él me lo decía, hicieron al fin llegar el momento de la liberación orgásmica, grité, gemí, te viniste, me derramé. ¡DELICIOSO! Encendí el ventilador, arreglé mi cama, busqué la ropa regada por toda la habitación, otro ratito de alegría loca, un beso en la mejilla y adiós.

Esperaba que se sequen deprisa las sábanas y que se vaya ese olor a sexo salvaje, pues ya casi llegabas. Se pintó un atardecer perfecto que solo los llanos pueden pintar en su hermosa sabana. Semidesnuda, con la ventana que daba a la calle abierta, un calor impresionante, no sabía si era interno o si en realidad estaba haciendo un calor infernal, el hecho es que lo sentía. Arreglé de nuevo con esmero el apartamento, de repente PUM, PUM, PUM... llegaste amor, ya te extrañaba, me pediste agua caliente para ducharte y además me pediste que te duche; yo siguiendo tu juego, lo hice, después de la ducha un poco más de felicidad hecha cigarrillo, pero el personaje que tenía en frente mostraba una cara completamente diferente, nos acostamos como dos enamorados, tiernos pero apasionados, nos perdimos en el éxtasis sin pudor de los abrazos fingidos, de los besos mentirosos, de las palabras tiernas, absurdas.

Como siempre, habías hecho un muy buen trabajo, multi orgasmos por todas partes; repetías: "*mi pastusita, solo mía, mi pastusita*", yo te miraba a los ojos y te respondía: si, tu pastusita. Y después de tanto pensarlo, ahora sé que no te mentía, pues en ese momento fui solo tuya, "*tu pastusita*".

Llegó la hora de dormir y vaya locura, no sé si causada por el cigarrillo o por los multi orgasmos de dos buenos falos en un día de mucho calor. Empecé a soñar y soñé a Villa pero con tu pene, su cara y tu lindo trasero, de un momento a otro, de él salías tú y en medio estaba yo sin ropa, masturbándome, los dos al tiempo me hacían el amor, me hacían suya. ¡Qué rico!

Desperté agitada y un poco decepcionada de encontrarte solo a ti en la cama, anhelaba materializar mi fantasía. Te desperté como una loca furiosa, me puse encima y contoneé mis caderas a la máxima velocidad posible, agarrándote las manos, deseaba a Villa, te miraba y lo miraba, sentía el doble de placer; en medio de un gemido se me salió su nombre, pasó desapercibido y seguí como loca, toda tu esencia cayó en mis senos, mi abdomen, en todo mi cuerpo; te besé una vez más y fui directo a la ducha.

Amaneció y te fuiste, ¡BAAM, BAAM, BAAM!, el sonido de la bestia de veintidós llantas y chao, hasta el próximo encuentro, que no tardaría más de veinticuatro horas. Llegó el momento y ahora en tu habitación que olía a ti, a ella, a mí, olía a sudor y a esas sábanas en donde miles de noches dejamos nuestros cuerpos caídos, desmayados, vencidos de placer, muchos polvos para una sola noche, muchos polvos todas las noches. Ahora aborrezco los viernes en la noche, los sábados en la noche, los días en la noche, todos huelen a tus sábanas y mi cabeza deja de razonar y te recuerda, o más bien recuerda el olor de tus sábanas que al fin de cuentas, es lo que me queda de ti. Un olor a sábanas de noche, éxtasis sin pudor, abrazos fingidos, besos mentirosos, palabras tiernas, absurdas.

Claudia Meneses

La última carta de Romeo

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.63>

Hoy es una de esas pocas veces que hablo de amor, hoy desnudo mi alma ante tus ojos y decido sacar todo cuanto queda de mí; lo anónimo de mi pensar y la falta de amor que invade mi ser. A veces pienso que una maldición fue tener este nombre que ha sido impregnado de dolor desde el pasado, desde aquella historia de amor trágico que lleva también en su personaje mi nombre.

Aunque no descargo toda la culpa en mi nombre porque pude haberme llamado Ricardo y no por eso iba ser otro mi destino.

Odio con tanto amor aquella ilusión falsa que creaste en mí, me despojé de mi autoestima por el amor que no supiste darme y la traición que me brindaste, el engaño de pensar que era mutuo, yo fui la caperucita y tú el puto lobo, y como si nada llegas a confundir mi corazón a cambiar mi rumbo queriendo sanar heridas que ya has dejado tiempo atrás y de las cuales sin vos me levanté, seguí mi vida y no desfallecí aunque me moría estando vivo por la falta que me hizo aunque sea tu desprecio; mi más grande impulso de seguir vagando por esta vida vacía. Han pasado años y ahora me necesitas porque nadie supo darte el amor que yo un día te ofrecí, manipulas mi ser con solo una palabra porque en lo muy profundo sabes que mis sentimientos hacia ti siguen latiendo en este corazón lleno de rasguños y lesiones. Volvería a ti con este amor buscando ser amado de una vez por todas o ser destruido finalmente ya que debes pensar que un corazón herido nada tiene que perder o por lo menos eso esperas. Sin embargo más allá de mis ojos y de los tuyos hay alguien más quien no merece que le dé el dolor que sentirá cuando mi promesa de amor se desbarate; porque aquella Julieta es la musa del laberinto que construí buscando la salida, porque todo el amor de su corazón fueron los aportes a mi

nueva vida; no puedo perder ese gran amor de niña mujer que nunca pierde sus esperanzas en mí, no puedo perder ese tesoro encerrado en el más atroz de los cofres y ese diamante que en su interior brilla con luz propia, me arrepentiré de no poder amar aquella valiosa doncella que daría hasta su vida por mi felicidad, si caigo en este juego.

Un juego que a decir verdad ha sido más tuyo que nuestro y que como premio tiene el alivio a esta alma que aunque muda nunca murió, pero esta vida ha sido una verdadera farsa, hoy ella está viviendo tus sueños y ocupando tu lugar mientras una voz dentro de mí, se regocija al pensar que lo que siento es venganza sin aceptar que te deseo todavía con cada parte de mi cuerpo más aún al darme cuenta que ahora más que nunca debo decir... No puedo.

Posdata:

Guárdame un pedacito de ti, tal vez para próxima.

Por siempre infeliz: ROMEO

Iván Darío Bastidas

Yo, ¿Cuento una historia?

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.64>

Un hombre me contó una vez un sinfín de historias que si bien me encantaría tratar, trataré quizá en otro aparte de la infinidad de ellas que guardo. De entre tantas que contó muchas eran, al menos para mí, tan maravillosas como increíbles, pero como un buen oyente me limité siempre a escuchar, contaba sucesos como la vez que vio transformarse la noche en día cuando su reloj marcaba las 8 Pm o cuando vio desvanecer en la nada una persona en la calle. Pero sin duda alguna la más impactante fue su historia, la de un asesinato.

Dijo con voz suave:

Resonó en una sala el aparatoso golpe que suscitó la caída de Adrián, el chico nuevo de una oficina de analistas. Adrián era quizá lo opuesto a Martín, pues este último hacía las cosas con muchas más pasividades, obviamente por su longevidad, mientras que Adrián con mucha más vitalidad parecía deslizarse por toda la oficina con inigualable energía.

-Supuse por su forma de relatar, la de aquel hombre, que también era un analista de aquella oficina.

Adrián y Martín parecían odiarse, en mi opinión, aunque se demostraban una falsa amabilidad. Quizá todo esto radicaba en que Adrián hacía parecer a los demás como poco productivos por su excesiva energía, mientras que Martín ya no buscaba sobresalir, atar clientes al banco de donde eran analistas le repugnaba pues con las deudas que había tenido y tenía hasta entonces sabía lo que ello conllevaba. Adrián era en cambio un habido vendedor que ofrecía sus créditos y solventes hipotecas incluso a las personas que veía en la peor situación, aventajando a aquellos que tenían la razón nublada por las necesidades.

Sabe, dijo aquel hombre, creo que el punto de ruptura coincidió con un caso particular, en el que supongo Martín se vio totalmente reflejado.

Siguió... Un hombre de edad, un campesino que dadas las circunstancias climáticas había perdido su cosecha por completo, quería hipotecar sus tierras para tratar de salvar su casi muerta economía. Aquel campesino había contado casi toda la historia a Martín que enternecido quería ayudarlo, inclusive sus ojos habían encharcado su corazón. Pero el gerente al escuchar sobre los terrenos había encargado a Adrián el caso, pues le parecía que aquél mucho más sagaz podía sacar ventajas o hacer mucho más redituable el trato.

Martín asumió el caso y como era de esperarse logró su cometido, hipotecó los terrenos, dio un plan de pagos que en apariencia era asumible, y tras esto bromearía con tono de burla sobre las necesidades del campesino. No sé yo si él fingía no verlo o en realidad no era notorio más que para aquellos que guardan el mismo rencor, pero de abrir sus ojos a los ojos de los demás, habría palpado el odio.

Quizá a Martín fue lo que más le disgustó. Ver su reflejo en el hombre del que un joven Adrián se burlaba.

Tomando un cigarrillo de su chaqueta empezó a consumirlo como tomando aire para continuar su discurso.

Lo ve, dijo, no es hábito mío este de fumar y aun así he encendido un cigarro que no sabía que tenía en mis bolsillos. Pero continuaré con la historia, dijo y así fue.

En la medida que Adrián reía, muchos compañeros empezaron a abandonar la sala, y casi me incluyo pero el odio de Martín no me era en realidad ajeno.

Él no inmutó su relato tras esa confesión.

... En el fondo yo sabía que Adrián merecía un castigo que nadie se atrevía a dictaminar pero del que Martín, juez y verdugo, se encargaría.

Mirando el reflejo mío en la estatuilla de cobre pulido se imprimió mi cara mejor que sobre un espejo, porque tomando la estatuilla aquella

pude diferir ese yo de la historia, del yo que se veía en la estatuilla sostenida por la misma mano.

—Sabe Martín, esa manía suya de hablar de usted en tercera persona podría decirse hilarante, pero me interesó su forma de contarme esto, dije.

Por eso, aunque el causante de la fatalidad haya sido yo, en realidad no soy yo, sino aquel que dijo que consumiría el cigarro que jamás supe como fumar.

Pero para concluir, eso no es lo extraño en sí mismo, sino que tras matar a Adrián pude ver su cuerpo desaparecer, como si la existencia de aquel ya no importara en tanto la cuestión central era yo.

—Esa es pobrementemente la historia que yo buscaba, le dije, Martín muchas gracias por su relato, pero creo que lo mejor es que usted vaya a su casa, es tarde y se ve algo cansado.

¿Cansado? Dijo, ¿tarde? ¿No ha visto el reloj? Son apenas las tres.

Es tarde Martín le dije. Y viendo la hora cambiar como por arte de magia se alejó cansado con rumbo a su casa.

Luis Coral

Lisro

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.65>

Cerca de mi abacería, se hallaba un conjunto de bancas que rodeaban a una gran fuente. Hacia el lado oeste de la plaza, estaba la iglesia y enseguida el capitolio. Hacia el lado norte, casas de barro que se juntaban una tras otra, en tanto que, un angosto y empedrado espacio daban el toque perfecto para las calles. En ellas, veía como los caballos halaban carrocerías. Al este, se encontraba mi abacería rodeada de otros mercaderes. Al sur, se encontraba la central de carruajes. Mi comarca era un paraje con montañas únicas, boscosas y verdes en sus alrededores. Recé, nuevamente, a alguna deidad por permitirme gozar de una increíble vista de la Plaza Federal de la comarca de Normandía.

Esa tarde no había comercio e incluso el de la botica de enseguida, Don Augusto, no estaba exento y los señores de los carruajes, ni hablar. Mientras organizaba la estantería, un hombre de aspecto desequilibrado con harapos que cubrían hasta sus rodillas, de un rostro casi demacrado se me presenta insinuando algo de caridad. En seguida, tomé algo de leche y pan para entregárselos de buena fe. —Yo soy muy antiguo en la comarca y suelo alimentarme del único manzano que hay en este lugar —dijo inicialmente—. Lentamente, me devolvió su mirada y se me presentó en un modo, que supuso en mí extrañeza: —Lisro me dicen las huecas y torpes voces que merodean mi cabeza —exclamó aquel lánguido ser. Al darse cuenta del mal momento me ofreció una anécdota. Al instante, me conmocionó el recelo y aquella desconfianza fue vista cómicamente por Lisro, el cual después de terminar de reírse me formuló la siguiente reflexión: vivir en la incógnita es uno de los privilegios que te brinda la vida.

Dejé por un momento el prejuicio y rápidamente nos encaminamos hacia la banca más próxima de la plaza. Allí, me dijo que ciertas noches solía dormir en cualquiera de esas bancas, precisándolas misteriosamente con su dedo índice. De la misma manera, me señaló la montaña más alta de Normandía, —allá vivo —finalizó con nostalgia. Volví la mirada hacia mi abacería para asegurarme de que nadie entrase. Al volver mi rostro hacia él, una de sus cejas se arqueó apresurando una sombría mirada, junto con una sonrisa de mil silogismos que se esbozó en su boca,

—Fue en una tarde de invierno:

Soñoliento, se presentó mi corazón ante el oscuro y gris horizonte que observo, mientras uno de mis brazos reposaba en un árbol y el otro yacía agarrando el pecho. Lágrimas de abundante odio y rencor participan de este puño que, desgarrando la piel de a poco, quiere como exacerbar al corazón mojando lenta y sutilmente esta tierra espectral. ¡Oh, que sirva de bonanza esta piel herida y confundida!, ¡Oh, que la ventura de esta noche acompañe este siniestro! Luna y demonios, ángeles negros, enfermos ¡oh, todos estamos enfermos!, ¿Por qué remediar todo con amor?, ¿Por qué remediar todo con Dios? —gritó espantando las palomas-. Poco a poco mi respiración se iba deteniendo y veía en ese hueco ya la vena, ya mi corazón latiendo, lo veía sí... Una pequeña y afilada piedra se me presenta como un detalle enviado por negras hadas para cumplir con esta noble tarea: odiar a todo el mundo. Dicha piedra era distinta a las demás, sí... Al tomarle, mi mano se cortó por error, era tan afilada como sus sentimientos. Trastocado y muerto, decidí terminar la tarea con aquella piedra cortando las últimas venas para sacar a ese fétido órgano. Finalmente, caí desmayado hacia ese pasto mojado de sangre y llanto tan mío.

Al abrir mis ojos, miré llenas de sangre mis manos y, por instinto, me sorprendí al ver lo que una de ellas sostenía ¡te tengo!, ¡miserero, ruin! —exclamo balbuceando—, en tu lugar dejaré que mi raciocinio cumpla tus tareas, no sirves para nada, no... En medio de mareos, logré levantarme tomando un nuevo aire mientras mis demonios, como si fuesen guardianes, guardaban tan venerable vigilia. Después de haberlo sacado de mí y procurando no soltarlo, me dirigí hacia mi cabaña para construir un sarcófago que guardase para siempre esa beatitud que

atormentó mi inocencia y virilidad, hecha de muy mala gana, salí con pala y devolví mis pasos hacia el macabro lugar. Poco antes de llegar al sitio regresé mi mirada hacia uno de mis costados, como si algo me estuviese llamando y noté algo peculiar: un girasol en medio de la madrugada estaba siendo cómplice de mis escabrosos sentimientos. Con el desasosiego y cojeo que me acompañaban, lo tomé. Al instante el sol hizo su aparición. Cuando llegué al lugar donde se hizo la masacre, excavé tan hondo que nuevamente las lágrimas se sobreponían en mis mejillas. Antes de cerrar el sarcófago, traté de respirar para poder colocar junto con el girasol a mi corazón, muerto y destrozado. Llenándome de valentía, coloqué abundante tierra sobre la caja y así fue como enterré lo que mal llamamos, sentimientos. Súbitamente, me desperté de ese matinal sueño, lo cual, me condujo a reflexionar sobre mi embarazoso destino y soledad, estando recostado en un sofá de cierto manicomio —terminé agitado.

Luego, escarbó en su memoria para darme detalles de aquel lugar donde había estado. —Esa sala era amplia y tenía grandes ventanales en la sala de espera, una estación de enfermería al lado sur-derecho, en sentido norte una pequeña puerta daba acceso a los dormitorios, en el mismo sentido se hallaba un ancho y largo pasillo que, presuponía grandes ventanales, dos portones muy bien separados precisaban una distancia entre el comedor y la sala común. Al final del pasillo una pequeña rampa terminaba uniéndose a un gran pórtico de metal. —Ese sitio era muy tenebroso esquizofrénicos, dementes, anormales, cucú —explicó con un movimiento circular a un costado de su cabeza y me reí.

El sol, se estaba colocando sobre las montañas de Normandía e inmediatamente decidí cerrar mi tienda. Debido a que la manera como narraba sus historias era de gran éxtasis e ímpetu, le pedí que aguardase mientras cerraba. Dentro, tomé algunos panes y una botella de leche, apresuradamente deje mi delantal sobre la caja y apague las luces para cerrar. Al ofrecerle los alimentos los tomó agradecido. Colocada la luna, cual farol en el mar, terminó por contarme otra de sus anécdotas. —Cierta día en ese manicomio, me eché al piso, debido a la ansiedad que me provocaba la medicina y, encogiéndome mis extremidades, pronuncié un alarido tan agudo hacia el unísono vacío que, más bien, parecía predicar algún salmo bíblico:

—Ya jamás creo que volveré a amar, prefiero no compartir mi locura con nadie ¡en lo absoluto!, navegar en mi barca sin nadie ¡en lo absoluto!, reír para mí y no por alguien ¡en lo absoluto! Usualmente vuelvo a recordar lo que he causado y me han causado, hoy, por ejemplo. También te recordé Géminis; tu perfume y boca de hiel, recordé como maravillabas mis sensaciones y dabas vida a mis pecados. Ahora siento tu presencia tan cerca pero tan lejos, vuelvo mi mirada hacia ti de muy mala gana, pero en el fondo te quiero abrazar y saber que estas bien, aunque el negro simpatizante de tus ojos ya me lo confirme, en el fondo te siento y me lleno de tantos lamentos. Ello produjo un respingo en los pacientes que, en su momento estaban llevando a cabo unas manualidades, en tanto que algunos enfermeros fueron llamados por los altavoces. Entonces por la gran puerta del pasillo se presentaron en manada —continuó riéndose frenéticamente, cargando esas mortíferas inyecciones que te quitan todo tipo de suspiro y, en un acto de defensa me levanté, tomé una mesilla donde había sobrepuesto un juego de ajedrez y se la tiré junto con las piezas del juego, pero no sirvió. Un enfermero, ostentando sus brazos grandes se abalanzó hacia mí, finalmente se sobrepuso en el forcejeo. Sumergido en el llanto grité, ¡No, basta, no por favor! Una de sus camaradas se acercó, tomó esa inyección y me la colocó en el hombro. Instantáneamente mis párpados se iban cerrando, y borrosamente veía como esos bastardos se retiraban —concluyó iracundamente.

Hacia las diez de la noche y con gran cansancio me dijo unas sanas palabras: —gracias por tu tiempo ya es hora de partir, mi cueva y soledad me aguardan. Agradeció nuevamente por la comida y mientras pasaba por la fuente y las viejas casas, su sombra se fue opacando lentamente en la espesa oscuridad.

Un cierto día tomé la decisión de volverle a esperar, puesto que, era miércoles y sabía que domingos, miércoles y sábados solía presentarse a las bancas de la plaza a alimentar a las palomas. Pasadas ciertas horas me di cuenta de su ausencia, en un acto de búsqueda no abrí mi abacería y empecé a indagar por él en la pequeña comarca. Algunos, me comentaron sobre él, que fue un filósofo y poeta, esto, tendría aún mayor relevancia cuando un mendigo se me acercó y, cual profeta,

airadamente me murmuró mórbidas palabras que, musitaron en mi un estremecimiento.

—Hace mucho, por las calles de Normandía, existió un escritor de buen porte y amante del ajedrez. Tenía dificultades económicas, vivía solo y sus escritos no eran apetecidos por las imprentas aledañas, solía ir a cierta montaña a contemplar la naturaleza, tenía una vida frugal y siempre, aunque no pareciese, cargaba una sonrisa. Un manzano, hacía las veces de alimento y refugio, a uno de sus costados, una enorme cavidad daba hogar a aquel desdichado. Los granjeros más allegados a él, le regalaban algo de paja, ropa y demás cosas para que pudiese sobrevivir, es de resaltar que Lisro era muy comedido. Siendo las 4 p.m. del otoño de 1872, y viéndose ahogado en su depresión, actuó por impulso y la rama más alta fue cómplice de que tuviese un brusco destino. Con una mirada inerte y sus pies templados, el árbol, lo expuso como si se tratase de un péndulo. —Hace pocos días te vi hablando con Lisro —concluyó aquel mendigo.

Estupefacto, di unos pasos hacia atrás, alejándome de él. Decidí, ahondar más en el tema, no pensaba quedarme con esas vagas palabras. Unos veteranos me dijeron sobre Lisro algo muy creíble: entre los locos, él era famoso y rara vez reía solo o acompañado. Además, le gustaba contar sus anécdotas a personas virtuosas.

Con un extraño brebaje preparado por don Augusto, me desperté de un golpe que, al parecer, me había ocasionado en la cabeza mientras arreglaba la estantería.

—¿Todo en orden don Clemente?, —dijo preocupado don Augusto.

—Si, supongo y, dígame ¿dónde está Lisro?

Al reírse y no darme respuesta, callé y decidí levantarme, para continuar con mis actividades.

Romel Hernández

El libro

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.66>

El ladrido de un perro lo despertó a las tres de la mañana. Al abrir los ojos lo primero que miró fue la silueta de la mesita de noche, el enorme espejo colgado en la pared y el techo del cuarto de granito blanco, pero que la oscuridad lo hacía ver gris. Se quedó quieto, como pensando, como tratando de adivinar si los ladridos que había escuchado eran parte del sueño o si eran realidad. Escuchó el viento que empujaba la puerta de su cuarto, como si alguien quisiera entrar, afuera, a la distancia se oía el murmullo de gente que pasaba, quizás ebria o discutiendo. Volvió a sentir el empuje del viento en la puerta y se quedó escuchando hasta que adoptó una posición fetal al filo de la cama, disponiéndose a retomar el sueño, cuando de repente volvió a oír los ladridos del perro.

No habían cambiado de intensidad, ni aumentaron en frecuencia, eran similares a los de la primera vez. Entonces, abrió los ojos y se sentó expectante en su cama. Mirando a todo lado, trató de esperar a que los ladridos volvieran a sonar, pero no lo hacían, se demoraban. El frío flotante en el cuarto penetró en su piel, evaporando el calor de las cobijas en la mitad de su cuerpo descubierto, dio un giro para sentarse al borde de la cama esperando oír nuevamente los ladridos y mientras lo hacía buscaba con sus pies las chanclas en el piso, al no encontrarlas se agachó, metió la mano debajo de la cama y jaló la caja de cartón donde ponía sus zapatos. El ruido rápido y notorio de la caja arrastrada rompió el silencio y mientras él metía la mano entre los pares de zapatos intentado agarrar alguno volvió a oír el ladrido del perro.

Bastó unos segundos para que de la duda pasara al miedo, que evidenció tratando de hacer la mayor cantidad de ruido posible, arrastrando fuertemente los pies mientras se los calzaba, dando pisadas

duras, como si intentara hacer temblar el piso, respirando casi como si suspirara. Sin embargo, los ladridos del perro que antes se hacían con pausa, debido al escándalo que provocó al levantarse, se hicieron más frecuentes y cada vez eran más agudos.

Al llegar a la puerta del cuarto prendió la luz, cogió la perilla de la puerta para abrirla, pero se detuvo, a pesar de que el perro no dejaba de ladrar él quiso ponerle atención mientras controlaba la debilidad de sus piernas y sentía diminutas gotas de sudor que brotaban en su frente, parecía pensar en algo mientras respiraba profundamente. No abrió la puerta del cuarto, pero ingresó al baño de la alcoba buscando el trapeador que siempre dejaba al lado del inodoro, lo sujetó con las dos manos y caminó nuevamente en dirección de la puerta del cuarto.

Salió del cuarto y descendió las gradas empuñando el trapeador como si fuera una espada o un sable, dispuesto a partirle la madre a quien se le atravesara. Los ladridos del perro lo aturdían, porque entre más daba muestras de estar despierto, el perro más ladraba. Al descender a la primera grada la luz era devorada por la oscuridad que reinaba en el primer piso, no se veía ni se sentía nada extraño, el ambiente estaba frío como si brotara de las paredes y el ladrido del perro no paraba, eso era lo único extraño.

Caminó despacio mirando la silueta de las cosas normales que él ya conocía y buscaba ver al perro, a quien solo sentía por su escándalo, al encender la luz del garaje pudo ver el diminuto cuerpo del animal, era un cachorro, su pelaje negro como el carbón, su cara achatada como un pequinés, sus ojos chiquitos brillantes y profundos que lo miraban con ternura y desconfianza. El batido de la cola generaba algo de tranquilidad, pero al acercársele el perro retrocedía y ladraba con insistencia, como cuando sienten la presencia de una energía superior que puede doblegarlo. El perro se pegó a la puerta que daba a la calle, como pidiendo abrirla, él se acercó, pero previniéndose con el trapeador. Caminando en dirección a la puerta de la calle se detuvo en la mitad del garaje, hecho un visto a la sala, tratando de ver por todos los rincones, buscando algo raro y no vio nada, todo estaba normal salvo el perro que con su mirada y su movimiento de cola pedía que le abran la puerta.

Cuando liberó el seguro de la puerta y la abrió, el aire frío de la calle entró, la luz amarilla de las lámparas en los postes iluminaba una parte de la calle, mientras la otra tenía un aspecto tétrico por donde el perro se esfumó al salir de la casa. Al ver la última sombra del animal, pensó en que minutos antes de ir a la cama había salido a la tienda y por afán dejó la puerta de la casa abierta.

Al día siguiente con dificultad madrugó como todos los días para ir a su trabajo. A la hora del café compartió la historia acontecida con su compañera más cercana, quien al principio lo escuchó con mucho suspenso, guardando silencio, hasta que al final un comentario de ella provocó risa y dio paso a otro tema.

—¿Vas a ir a mirar la película hoy?

Le preguntó ella y él respondió que sí. Siguieron hablando de cosas de la oficina y ya al momento de levantarse para retornar a sus puestos de trabajo, ella dijo

—¿Qué tal está el libro?

—Hasta ahora no lo he leído, pensaba levantarme temprano para hacerlo, pero el maldito perro me dañó mi sueño.

—Jajajaja, eso será histórico. Coméntame cuando lo inicies y cuídalo, ya sabes que era de mi abuelo. Es antiquísimo, es más, se relaciona con la película de hoy en la noche.

—Sí me lo habías dicho.

Se separaron sin despedirse y retomaron sus actividades cotidianas como siempre. La mañana y la tarde transcurrieron con normalidad, los temas del día fueron el perro que lo había despertado y que no sabía de dónde había aparecido, la película que iba a mirar con su compañera y el libro que le habían prestado. Iban de uno al otro tema y se sabía del cambio porque las risas precedían la variación temática. Entre todo lo que hablaban, ella le recordó la salida en la noche para ver la película y él dijo que sí, aunque temía que la película le produjera pesadillas.

—Jajajaja no sabía que eras tan cobarde.

—No lo soy, pero si me impresiona ver esas películas.

Afirmó su valentía poniendo una cara de seriedad que escondía una mueca nerviosa, mientras la compañera volvía a preguntar.

—Oye, mi abuelo decía que el libro es misterioso, ¿pudiste echarle una ojeada a las fotos que tiene?

—No, ayer estuve revisando los documentos de presupuesto y no tuve tiempo para nada, Solo leí una frase por casualidad que tiene en una página y lo dejé sobre mi escritorio.

—¿Hoy lo piensas leer o tal vez mañana?

—Creo que lo haré mañana, saldremos tarde de la película.

Al llegar al cine se ubicaron cerca de la puerta de salida. Miraron con atención durante todo el tiempo la historia y de vez en cuando intercambiaban palabras, al finalizar ella salió con prisa y él se quedó mirando los créditos acompañados por unas imágenes de los personajes reales en quienes se habían basado. Una foto proyectada al final le llamó la atención, tanto así que quiso que su amiga regresara a verla, pero ella ya estaba por fuera de la sala, probablemente lo esperaba. Los créditos finalizaron y él guardaba la esperanza de volver a ver proyectada esa foto en la pantalla en ese momento. En la parte externa de la sala de cine ya no había nadie, su amiga se había marchado.

Intentó borrar las ideas que se le cruzaban en su cabeza porque sentía miedo, aunque su amiga había murmurado mientras la veían que la película era mala, él pensaba lo mismo, pero no lo sentía así, por ello al llegar a su carro prendió el radio, buscó una emisora donde un locutor hablara cualquier cosa, dijera algo, pues quería pensar en cosas de la vida real. Cuando ya estaba a mitad de camino en dirección a casa, encontró un dial donde hablaban de economía, quiso distraerse y mientras manejaba miraba los andenes, las sombras, la luz de los postes, las calles solitarias y uno que otro perro con aspecto de abandonado que más le daban lástima.

Estacionó el carro en la bahía que les correspondía a los visitantes, el vigilante que custodiaba ese lugar ya no le decía nada porque dejara el auto ahí, sabían que nadie en ese barrio respetaba las reglas.

Mientras caminaba la cuadra en dirección a la casa miró una sombra diminuta que se escondía por un rincón cercano a un jardín, pero no

se alarmó, se hizo a la idea que era una rata. A lo lejos un perro ladraba como cuando anuncia desastre, el lo desestimó y pensó en lo que le había pasado, se rió como queriendo tapan el miedo provocado por la película y por la última imagen vista y compartida en los créditos.

Ya en su casa sintió el silencio penetrante, subió a su cuarto, se cambió de ropa. Los pensamientos de miedo se habían aplacado y al mirar la hora en su celular sintió que no era tarde para bajar a su estudio. Al bajar, iba dejando las luces prendidas, daba la impresión de que se olvidaba, más quien lo conociera diría que era una omisión intencionada. Llegó a su estudio, sobre el escritorio estaba el libro del que había hablado brevemente con su amiga y que le habían prestado con mucho recelo.

Lo tomó en sus manos, era pesado, parecía biblia de lujo, la antigüedad del libro se evidenciaba por la portada, las hojas y la forma de empastado. Le pareció que el libro tenía algo de misterioso y lo abrió, no tenía intención de iniciar a leerlo, tan solo quería ojearlo, saciar su curiosidad. Miró un capítulo que tenía el mismo nombre de la película que había visto y leyó el primer párrafo, con lo cual le bastó para saber que la película no estaba basada en su totalidad en el libro, así que perdió la atención y se limitó a pasar hojas, mirando las fotografías ahí publicadas. Notó que muchas de esas imágenes sí habían aparecido en la película y se preguntó si aquella estampa que le causó impresión estaría ahí, por lo cual avanzó páginas hasta encontrar la imagen que le puso los cabellos de punta. Entonces, muy asustado quiso llamar a la amiga, pero recordó que había dejado su celular sobre el nochero. Trató de mantener la calma, con mucha prisa y prudentemente subió a su cuarto, buscó el celular y la llamó.

—Oye.

—Ola

—Oye, acabo de ver las fotos del libro, son las mismas que la de la película.

—Oye, como llegaste ¿bien?, Te esperé y no saliste. ¡Oye, está tarde!

—Te digo que son las mismas que las de la película.

—Sí, sí, yo te lo había dicho...

—Pero en la última foto el hombre no estaba solo, me oíste no estaba solo.

—¿Qué? Cuál foto, tiene muchas fotos.

—La última del *Quis custodiet ipsos ad portals*.

—Cómo, háblame en cristiano.

—El que tiene el nombre de la película.

—Aaaaa, ya “quien custodia los portales”

—Sí, en el libro el hombre está solo y en la película el hombre esta...

Ella lo interrumpió y le dijo.

—Oye, mi abuelo para hacerme asustar cuando era niña me decía que tenga cuidado con las citas en latín. Jajaja. No vaya a ser que te orines en la cama... Jajajaja.

—No oye, es verdad...

—Mira, hablamos mañana tengo mucho sueño. Adiós (y colgó).

Él se sintió solo, profundamente solo, con algo de prisa comenzó a cambiarse de ropa, trataba de mostrar calma en su cuerpo y en su alma, pero no podía, la imagen de la fotografía lo perturbaba. Quiso dejar de pensar en eso, pero no podía, tomó su celular para llamar a su hermano.

—Aló.

—Aló

—Dime qué pasó, ¿por qué llamas a estas horas? ¿Otra vez no puedes dormir?

—Sí, sí, pero esta vez voy para allá y te cuento.

—Miraste otra vez esas películas que te dejan traumatado una semana.

—Sí, sí, pero es otra cosa, mira es que ...

—Aggg, ven y acá me cuentas, pero no hagas ruido que los niños están durmiendo. Te espero.

El hermano colgó y él comenzó a buscar las llaves de la casa que había dejado sobre el nochero, entonces pensó para sí mismo que estaba

haciéndose una tormenta en un vaso de agua. ¿Qué podía pasar?, era un libro, y una casualidad. Recordó la trama de la película y lo hizo en voz alta para calmarse a sí mismo.

—El hombre invoca al demonio por error, jajajaja, que película más tonta, luego el demonio aparece y lo devora. Jajaja. Historia simple, por eso se burlaba su amiga.

Guardó silencio y volvió a decirse con voz dubitativa.

—En la foto del cine el perro era el mismo, y en las fotos del libro es el mismo, solo que en la última el perro no está.

Dijo eso y se quedó pensando, tratando de recobrar su cordura, mientras el silencio era intenso y un frío fuerte se colaba por la ventana del cuarto. Recordó la frase en latín que había leído por casualidad y le puso sentido, la pronunció.

—*Si venerit ad vos cum spiritu crescere infirma.*

Repetió la frase en latín y la tradujo al español.

—Si eres débil de espíritu, el vendrá por ti cuando crezca.

Se dijo a si mismo que no era débil de espíritu y se calmó, pensó en ir a apagar las luces para dormir y no ponerle atención más a sus miedos. Cuando sintió el ladrido grueso de un perro en la sala quedó paralizado en la postura que estaba, sentado sobre el borde de la cama esperando escuchar de nuevo el ladrido, deseando que todo sea de su imaginación. Intentó tranquilizarse para ponerse de pie, pero presentía que algo estaba atrás suyo, intentó ignorar el escalofrío en su espalda y cogió el celular del nochero para llamar a su hermano, pero la sensación de que algo le respiraba cerca de su hombro lo sometió a un pánico terrible que lo llevó a reaccionar violentamente, intentando ponerse de pie y ver qué había detrás suyo.

Horas después, el teléfono celular tirado en el piso del cuarto timbraría insistentemente y su sonido se percibía borrosamente en el silencio nocturno que rodeaba a la caseta de la portería, donde el vigilante también habría escuchado con la misma intensidad el grito de espanto de una persona y el gruñido de un perro, pero que no sabía si eran sonidos de este mundo o del de sus sueños.

Deyalith Dayana Marcillo

Gotas de sal

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.51>

La lluvia comenzó a caer justo en el mismo instante en que me anunciaron que tu cuerpo se desvanecía y junto con ella mis lágrimas se desbordaron formando una tormenta en mi corazón. Te estabas marchando y simplemente yo no sabía qué hacer, con cada vuelta recorrida en el reloj tu corazón perdía su fuerza. En aquella sala blanca rodeada de asientos de un azul frío que tendía a convertirse en gris, empezó a rondar la incertidumbre, algunos albergando aún una esperanza se paseaban en el lugar. Incliné mis rodillas y posé mis codos sobre uno de los helados asientos, con lágrimas sobre mis mejillas, bajé la cabeza y le pedí a cualquiera que fuese el ente trascendental que no te alejara de mí.

Desde aquella mañana parecía estar ya todo escrito, cuando me dispuse a preparar mi taza de café, con mi mente divagando y mis ojos perdidos en la alacena, no sé si por la cantidad de tranquilizantes que había consumido para tratar de olvidar los hechos de la noche anterior o por la ansiedad que me carcomía, dejé caer el frasco que contenía el sabor dulce y fuerte que siempre nos había sido de común gusto, pensando en la fatalidad me dispuse a enmendar mi daño pero me detuvo el sonido del teléfono, dudé antes de contestar pues el miedo se había refugiado en mi cuerpo, me negaba a escuchar una mala noticia, finalmente levante la bocina.

—Tuvo una crisis, me dijo una voz quebrantada al otro lado.

—Salgo de inmediato, respondí casi sin aliento.

Olvidé por completo el desastre en la cocina y dejé que el café se enfriara, de todos modos ya no lo quería, tomé mis llaves y un poco de dinero. En el taxi mi mente solo se redujo a buscar momentos así a

modo de fotografías del camino que habíamos recorrido juntos, pasaban y pasaban los recuerdos ante mis ojos y las lágrimas de nuevo nacieron. Al pasar las puertas de aquella indiferente sala y adentrarme a sus tristezas pregunte por él...

—Su estado es crítico, tuvimos que trasladarlo nuevamente a cuidados intensivos, es cuestión de horas. Lo siento

De un momento a otro en mi cuerpo penetró más frío del que ya se sentía por los meses de invierno que nos acompañaban, decidí llamar a la única persona en la que confiaba después de él.

—Persiste en abandonarme, le dije con mi voz ya muy débil. Entendió el mensaje y me dijo que trataría de estar lo antes posible.

Tuve que armarme de paciencia y dos pastillas de fenobarbital pero aún así las dos horas de su viaje me fueron eternas, nadie más podría entender mi dolor. Siendo casi las tres de la tarde por fin miré sus pasos adentrarse en la sala, corrí a sus brazos y al estar en ellos pude desatar la voz de mi alma, ¡se va! le dije, no quiere detenerse, no le importa que yo me quede aquí sin él, no le importa, hice todo pero insiste. No pronunció palabra alguna, pues sabía que cualquier cosa que dijese no tendría mayor efecto, se sentó conmigo, me estrechó en su pecho y me dejó sentir sus labios posados en mi frente; pude escuchar como en ese acto su corazón se partió tal cual el frasco de café que terminó en el suelo aquella mañana. Pues en la misma medida en que yo lo amaba a él, ella siempre me había amado a mí y sabía que mi final también se acercaba.

Todos los que estábamos en el lugar no podíamos hacer más que mirar nuestros rostros desechos y en ellos los ojos cristalizados, nadie tenía nada para decir, preferimos buscar rincones que nos sostuvieran para sentir en soledad como sus pasos se alejaban, por suerte sin dejar pista alguna de lo que había ocurrido.

Interrumpió mi ruego un ser detestable pero ajeno al fin y que había hecho su mayor esfuerzo, pidió que los más cercanos ingresaran, al escuchar esto me puse en pie, dejé mi súplica a un lado pensando que había dado frutos y corrí tras ellos, pero a los pocos pasos alguien me detuvo con rudeza, —nadie más puede seguir, intenté guardar la calma y empecé a caminar, cuando por fin vi a sus padres a lo lejos me detuve. Todos fuimos hacia ellos en busca de una buena noticia,

pero lo único que se escuchó fue el llanto de una madre a la que la vida le arrebató un pedazo de sí.

Mi impotencia fue tanta que me dio el valor para lanzarme al interior de aquel recinto, nadie pudo detenerme, finalmente creo que me habían comprendido. Tenía que tomar su mano, tenía que pedirle personalmente que no me soltara, sentir sus labios así fuese por última vez y pedirle perdón, pues no quería llegar hasta aquí. Después de recordarle cuanto lo amaba, salí de aquel lugar dejando un poco de mi vida con él.

Las siguientes horas no las recuerdo, y tampoco entiendo porque me envuelven hoy cuatro paredes blancas. Casi nunca salgo de aquí, dos veces al día me visitan mujeres con trajes desblanquinados al igual que sus caras, cuando tengo suerte en sus charolas plateadas traen un poco de fruta picada y a un costado un pequeño frasco de pepas que de inmediato me ponen a soñar; cuando mi día está de malas las charolas cargan una sopa desabrida y se acompaña por una o dos jeringas que perforan mis venas causando un efecto extraño pues me mantienen despierto pero con mi cabeza alterada y divagando entre imágenes que aparentan ser recuerdos.

Una vez por semana viene un hombre de contextura delgada, con rostro amable, pero sus ojos profundos parecen acusarme de algo; se sienta a mi lado para hacerme preguntas estúpidas, la que me repite siempre es que si he podido recordar aquella noche del bate de beisbol, no entiendo nada, pero ayer trajo hasta mí ese artefacto, no pude hacer más que huir dentro del poco espacio que tenía, las imágenes que llegaron a mi cabeza fueron de horror y un charco de sangre terminó por formarse a mis pies; volví a mirar mis manos manchadas y mi olfato percibió de nuevo aquel olor que tanto había querido olvidar. Una aguja incrustada en mi espalda hizo que cayera al instante, volviendo a soñar aquella noche lluviosa donde me veo postrado de rodillas en una sala similar a mi hábitat actual, pero mucho más grande y te veo en una cama, parece que estas cómodo pues tus ojos adormilados y una leve sonrisa me dicen que tienes sueños bonitos.

A la mañana siguiente desperté volviendo a mis pensamientos rutinarios, postré nuevamente mi mentón en la pequeña ventana que daba a un jardín y lo que parecía ser la entrada principal a aquel apacible lugar y aquí sigo esperando que despiertes y vengas por mí, recuerda siempre que todo lo hice por amor.

Novela



Alex Castillo Segovia

Novela

Beatriz Eliana Salazar

Cian, Segunda parte

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.68>

El pelaje antracita le camuflaba entre los astros, Lara cobijada en ligeras medias lunas se aferraba al de crin siberiana ajustando fuertemente sus muslos en el calor del tórax. El paso de las guillotinas “tic, tac, tic, tac”, acompañadas por el vaticinio de la bruja le agitaban, procuró centrar su atención en la recelada mochila; entreabrió la cremallera toqueteando diversos saquitos tejidos en lana, hilo y seda, unos contenían paquetes rectangulares, otros baritas y frascos como el que Regina le había encargado, curiosa quiso dar un vistazo al paquete más pequeño, no obstante las fibras de cabello hiladas en sello vedaron el impulso, prosiguió naufragando acertando una libreta revestida en flora seca, sumergió sus dedos para acariciar los tersos trazos, acertó lo que parecía una acuarela, pretendió leer las coyunturas, casi daba con la forma cuando la presencia amada le increpó desnuda, cerró la mochila, afligida de no saber aún el verdadero nombre de su amado.

* * *

Rocío y Rulfo procuraron sanar con menjurjes tales como agua de hierro, el maltrato no visible develado en la lentitud del gesto, nada parecía dar resultado seguía oyéndose a la mera distancia. La anciana evocó en aquella escultura impenetrable de pozos interestelares una empolvada perdida, en ritual al recuerdo cada día le ofreció una taza de chocolate en anís y canela, sin saberlo

obsequiaba un breve espacio de aliento en llama. La noche antes de que Lara arribase, Rocío preparó un sabroso frito con maicenas y papas con ají de molcajete. Ante el deleite que había preparado su esposa, el médico quiso aportar también a la recuperación del invitado, sintonizó en radio de pilas una cumbia fiestera, cantó y bailó exageradamente para espectáculo de Augusto quien respondió con toda la altura que requería el caso zapateando.

Para Augusto los días pasaban en aparente anestesia rutinaria, eclipse de aflicción sin habla. La última noche vino acompañada por incertidumbre del pronto encuentro, añoraba verla, pero ¿Que vería ella? No se sentía el mismo, las palabras se le perdían en movimientos hilados desde alguna profundidad insondable, desconocía su genio ¿Dónde le recibiría? ¿Que podría ofrecer? Ante la incertidumbre del desastre pareció prudente pausar la relación hasta encontrar forma a aquello que le atravesaba. ¿Qué pensaría ella? ¿Cómo explicarse? ¿Y si le abandonase?, retumbo recuerdo del abuelo Aries cantando “Quien te amó, te amara y te ama”, dirigiéndose a la luz cenicienta preguntó “¿Me amas?”

* * *

El solitario regreso de Baco espantó el sueño de Zooiko, las premoniciones de Regina se transformarían drásticamente a consecuencia de lo expresado en aquellas cartas, sobretodo la despedida de Lara:

“Saludos Regina.

Te informo que la reunión pactada para firmar un acuerdo que impidiese la segunda guerra ambiental fue brutalmente interrumpida por los iluminados más radicales en un aparente ataque terrorista. Casi la totalidad de participantes fueron dados de baja, Augusto fue retenido a fin de averiguar la ubicación de lo que ellos llamaron “turquesa verde” (Ya te imaginaras lo que buscaban). Un grupo de personas indignadas por las explosiones y tiros en el recinto volcaron el blindado adonde intentaban vanamente sonsacarle la información. Tras ser liberado le condujeron a la Sede De Los Pueblos, ahí mi

esposa y yo le brindamos los primeros auxilios médicos y psicológicos, el daño externo no es nada comparado con las marcas internas. Buscando su seguridad y rehabilitación le llevamos a hurtadillas hacia nuestra cabaña “Vela” (la casa de tía Geraldine). Augusto ha ido mejorando poco a poco, aún manifiesta signos de disociación así como un comportamiento límite, por ello decidimos aplazar la toma del Agua, no obstante confiamos en su resiliencia para cumplir la misión. Ya tiene consigo la mochila, actualmente se dirige con Kawasaki el escarabajo hacia la frontera. Por otro lado la churosa ha decidido quedarse con nosotros, no daré más detalles al respecto, ella les contará por su propia pluma. Atte. Rulfo de Memoria”.

* * *

La luz decantaba en brillo sin calor, centenares de hormigas fantasma le agitaban su respiración, Augusto procuraba centrarse en el aleteo, empero el solipsismo de la carne reveló peso; su desprecio por quienes le hirieron no era tan profundo como su odio al descubrirse vulnerable, por más que se esforzase en distanciarse, no lograba romper las amarras. Recordaba todo sin sentir particularmente nada, la represa estaba por desbordarse. Buscó el efeméride con la intención de llamar a su amada, pero en su mente resonó “¡No puedes volver!”, desfallecida la ilusión de rescate, cristalinas saladas se precipitaron sobre el dorso de Kawasaki. El escarabajo cedió una pausa acurrucándose en uno de los primeros árboles naturales, ínterin tocaba la quena para abonanzar talante.

* * *

Ante las vagas explicaciones de Regina, la pareja de acróbatas (Aliza y Diego) sacaron una llave maestra, les fue muy fácil encontrar el recado, no obstante lo revelador de ellas les empujó a arrostrar inmediatamente la situación. Le encontraron como cada sábado en el vagón alazán bebiendo del coraje de la botella. Ella no se sorprendió al vislumbrarlos, de hecho le alivió, los hechos superaban

su solidez; Lil sabía demasiado para ser alguien tan precoz, sería oportuno vigilarle. Preparó la ceremonia con incienso, mándalas orgánicas e invitó al trio de anfibios, sustrajo del escritorio teca un par de honguitos pardos y se los dio a comer, luego les sopló, entre cantando una lengua extraña.

Las impresiones circulares varían en ondas cromáticas, un destello azur les incita; Despiertan nadando entre cardúmenes teatrales, una voz de alza “contemplan la historia de Zooiko”: Hyperion hermano de pie tras ser impactado por” monolito” recuerda el vientre “Cian”, último recurso para salvar los seres del afuera de su inminente aniquilación. Buscó colaboración con diversas especies comunicándose a través de hongos, raíces y esporas, todos los animales y plantas aceptaron, compartiendo la misma preocupación por los “humanos”, se decidieron por el pueblo de más alta escucha “Memoria” quien accedió honrado. Comunicarse con ellos fue particularmente difícil por el olvido del ser, afortunadamente diversos rituales permitieron que Kappa la bisabuela cayera en estado de apertura accediendo a conocimientos inexpresables por vías normales, inculcó al pueblo los tres principios: salud, libertad y fuerza. Dotada de mayor longevidad, se transformó en una gran tortuga turquesa, su nueva naturaleza facilitó el rescate de diversas especies. Falleció a causa de la guerra junto con el ecosistema destinado a ser el primer arca, Hyperion logró escapar al transformarse en un gran tren en forma de lamia subterránea transportando la mayor cantidad de hermanos posibles. El pueblo mantuvo su palabra continuó con el legado de Kappa.

* * *

La mañana siguiente por consejo de la pareja la bruja realizó una reunión con los amigos más cercanos, socializó las circunstancias sin dar detalles, todas tenían aspecto de ser superables, excepto la decisión de Lara:

André: ¡Soy yo quien la traerá de vuelta!

Aliza: ¿Quién dijo que ella quería volver?

André: No entiendes que somos su familia

Aliza: Las rejas no la protegerán de nada

Lil: Alguien debería ir a asegurarse de su decisión

André: ¡Que voy a ser yo!

Diego: André tú no tienes modo para tratar a las personas

André: Pero sé que es lo mejor

Regina: No André, Diego tiene razón debe ir alguien que pueda llevar bien el ritmo alguien como Yio

Yio: Las palabras pertenecen a las mariposas

Tras planear el viaje, los más jóvenes intentaron hablar con Yio, él los esquivó amablemente cerrando la puerta de su vagón. Tras meditar en cama un rato se dirigió dudoso hacia el cofre toscana, estuvo un largo rato apreciando los funerales del tiempo, entre ellos caracolas, piedras, manillas, fotografías. Acurrucó la refrescante brisa a media tarde, el vestido beige ondeando hacia un velero distante reflejado en sus iris, orgulloso guardó un frasco de arena blanca en su cartera.

Ensayo



Sebastián López

El puro devenir y el lenguaje del no-ser en la poesía de Alejandra Pizarnik

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.69>

Byron Ordóñez – Nilson Oviedo

El devenir en la literatura ha tenido menos relevancia que en la filosofía, pero su presencia es innegable, la versatilidad de la misma permite profundizar en los horizontes lingüísticos llevando su ser a un no-ser a través del lenguaje que viaja en polaridad (Nietzsche, 1998). El devenir es aceptar la vida tal cual se nos presenta, esto implica tener en cuenta las fuerzas dionisiacas y apolíneas que rigen la vida del hombre; solo cuando el hombre encuentra armonía entre lo apolíneo y lo dionisiaco estará más allá del bien y del mal, es decir, el hombre se habrá superado, será entonces el superhombre; será ese niño que puede crear infinitud de cosas y solo estará regido por la inocencia del descubrir constantemente algo nuevo. El texto “La lógica del sentido” (Deluzze, 1969), en la primera serie de paradojas, “del puro devenir”, el autor da una aproximación a este concepto partiendo de que es el resultado del “acontecimiento” en el cual se avanza sin “ser”, ya que se da de forma atemporal, es decir, se destruye el presente y a su vez el yo personal, puesto que esta paradoja es la afirmación de los dos sentidos a la vez, por ende, no soporta la linealidad en el tiempo (presente, pasado y futuro), es una flor que abre en todas las direcciones.

La identidad infinita es la capacidad de eludir el “ahora”, el “ser”. Un presente donde quien fija los límites es el lenguaje; el mismo que como concepto, forja el ser estático; pero a su vez trasgrede lo ya establecido por este mismo, sobre pasa por su movimiento los

limites, forma y deforma. Es un flujo de palabras, un discurso caótico en el que reposa el puro devenir, así como la arena en el desierto, fluye igual que el agua en un constante ir y venir de partículas.

El lenguaje poético en Alejandra Pizarnik alcanza un grado de complejidad que busca encontrar el no-ser, pero que a su vez es. Su característica de dualidad y profundidad le llevaron a encontrar la forma de habitar o experimentar algo que estuviese más allá de esta materialidad. Pizarnik sentía no pertenecer a este mundo, su difícil vida en la adolescencia la llevó a refugiarse en los libros, a crear un mundo en donde fuera lo que no podía ser en esta realidad, que para ella era terrible, podemos decir que el lenguaje poético es un puro devenir en sí mismo. Alejandra intentó describir con palabras de este mundo una realidad alterna, cosas de otro mundo, el mundo que ella anhelaba o percibía. En su libro “poesía completa” (Pizarnik, 2016), en el cual podemos encontrar puro el devenir en múltiples de sus escritos, como los siguientes:

Noche

*Correr no sé donde
Aquí o allá
Singulares recodos desnudos
¡Basta correr!
Trenzas sujetan mi anocheecer
De caspa agua y colonia
Rosa quemada fósforo de cera
Creación sincera en surco capilar
La noche desnuda su bagaje
De blancos y negros
Tirar detener su devenir¹.*

En los primeros versos hay un querer o no querer, un estar allí o un estar acá, pero nunca un estar, el movimiento del lenguaje hace que

1. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 20.

Alejandra no encuentre un punto fijo, el acontecimiento impredecible, la compañía de la soledad constante ha reducido a cenizas su fluir, donde el acontecer de la noche interrumpe su decadencia solitaria, pareciese como si ella sintiera que la noche poetizara su ser, es decir, la noche hace de ella un poema donde su pensamiento es un eterno retorno, no es Pizarnik quien escribe el poema, sino la noche quien hace florecer versos en sus cabellos, el poema es un puro devenir, nunca hay algo fijo, solo un fluir fuera del tiempo, fuera de su ser. En “las peras del olmo” (Paz, 1957), “la vida es como la poesía. Cuando el poeta escribe un poema. Empieza hacer una invitación a lo desconocido”², el lenguaje poético necesariamente empuja al poeta a ese abismo de lo oculto, en donde este debe encontrar la elevación por encima de sí mismo y de la cosa a describir en el texto, el lenguaje poético obliga a romper con los límites del lenguaje común, es adentrarse en una salvaje corriente de aire que impulsa a todos los rumbos, el poeta debe darle armonía a ese ir y venir. Desprenderse es un efecto del no-ser, ya no reconocer el espacio-tiempo desde donde se escribe, “soy un navegante en un desconocimiento. Lo he vencido todo dónde nunca he estado”³, el dejar de ser implica una pérdida (al menos en el momento de la creación) de la personalidad, donde se es todos y nadie, hasta perderse en el mar del puro devenir que invita a la inexistencia dentro de una existencia, es limitarse para luego, desgarrar los límites que el lenguaje quiera imponer.

El despertar

a León Ostrov

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro

y se ha volado

y mi corazón está loco

porque aúlla a la muerte

2. Paz, O. (1957). *Las peras del olmo*. Editorial Seix Barral, p. 20.

3. Pessoa, F. (1982). *El libro del desasosiego*. Editorial Seix Barral, p. 65.

*y sonrío detrás del viento
a mis delirios*

*Qué haré con el miedo
Qué haré con el miedo*

*Ya no baila la luz en mi sonrisa
ni las estaciones queman palomas en mis ideas
Mis manos se han desnudado
y se han ido donde la muerte
enseña a vivir a los muertos*

*Señor
El aire me castiga el ser
Detrás del aire hay monstruos
que beben de mi sangre*

*Es el desastre
Es la hora del vacío no vacío
Es el instante de poner cerrojo a los labios
oír a los condenados gritar
contemplar a cada uno de mis nombres
ahorcados en la nada.*

*Señor
Tengo veinte años
También mis ojos tienen veinte años
y sin embargo no dicen nada*

*Señor
He consumado mi vida en un instante
La última inocencia estalló
Ahora es nunca o jamás
o simplemente fue*

*¿Cómo no me suicido frente a un espejo
y desaparezco para reaparecer en el mar
donde un gran barco me esperaría
con las luces encendidas?
¿Cómo no me extraigo las venas*

*y hago con ellas una escala
para huir al otro lado de la noche?*

*El principio ha dado a luz el final
Todo continuará igual
Las sonrisas gastadas
El interés interesado
Las preguntas de piedra en piedra
Las gesticulaciones que remedan amor
Todo continuará igual*

*Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo
porque aún no les enseñaron
que ya es demasiado tarde*

*Señor
Arroja los féretros de mi sangre*

*Recuerdo mi niñez
cuando yo era una anciana
Las flores morían en mis manos
porque la danza salvaje de la alegría
les destruía el corazón*

*Recuerdo las negras mañanas de sol
cuando era niña
es decir ayer
es decir hace siglos*

*Señor
La jaula se ha vuelto pájaro
y ha devorado mis esperanzas*

*Señor
La jaula se ha vuelto pájaro
Qué haré con el miedo⁴.*

4. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 93.

Una esperanza que no es consciente de su imposibilidad se aferra a una idea de un mundo óbito, donde la locura ha tomado vuelo más allá de la vida, el tiempo se evanece, los niños son ancianos, los años nacieron hace un día, el viento susurra desesperanza con frío de muerte, su existencia ha perdido sentido, por lo cual no importa vivir o morir cuando el corazón se ha precipitado al abismo, la vida pasa desgastada ante sus ojos trayendo melancólicos recuerdos eternos o efímeros, un aterrador miedo invade su ser, sus fuerzas se han elevado sin rumbo hacia lo desconocido, hacia el vacío. Alejandra juega con el tiempo cuando dice que ahora es nunca o simplemente fue, busca salir del tiempo, internarse en el no-ser implica habitar en ex-cronia donde nada es siendo el todo. El puro devenir impone romper las cadenas del tiempo, es un choque de fuerzas que no muestran un camino, sino, que desata infinidad de caminos que no distinguen de tiempo pasado ni futuro, solo el “ahora” es constante, donde el acontecimiento nace muriendo y muere naciendo; se podría decir que simula una paradoja de negación.

“El árbol de Diana”- Fragmento 17

Días en que una lejana palabra se apodera de mí. Voy por esos días sonámbula y transparente. La hermosa autómatas se canta, se encanta, se cuenta casos y cosas: nido de hilos rígidos donde me danzo y me lloro en mis numerosos funerales (Ella en su espejo incendiado, su espera en hogueras frías, su elemento místico, su fornicación de nombres creciendo solos en la noche pálida)⁵.

Aquí podemos vislumbrar como pierde la identidad de su yo, se fragmenta en diferentes identidades que se devienen de ella, pero no son ella, soledades muertas que en su soledad compañía son “la inefabilidad de las palabras no lleva a la ausencia de palabras, sino a las palabras que hacen (hablar a) la ausencia”⁶, el lenguaje poético en muchas ocasiones no trata de describir la cosa, el pensamiento o el sentimiento, sino que se busca la forma de hacerlo hablar por

5. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 119.

6. Milone, G. (2013). “Habla sobre poética: Límite del lenguaje y escritura de la cosa”, p. 16.

sí mismo, esto implica adentrarse en un mundo desconocido, porque podemos describir o conceptualizar las cosas, el pensamiento o el sentir desde nuestro lenguaje, pero ¿cómo hacer hablar desde nuestro lenguaje a algo que efectivamente se desconoce? Esa labor dispendiosa le corresponde al poeta, él es el único que puede entrar en esa comunión con la cosa en sí y logra transmitir su mensaje mediante el lenguaje poético. Es un desfragmentarse y fluir sin rumbo hasta poder escuchar el ritmo y poderlo materializar en el poema. “*La hermosa autómatas se canta, se encanta, se cuenta casos y cosas*” manipular el lenguaje permite incluso hacer un verbo transitivo, donde no es la poeta quien hace la acción, sino que es ella misma la acción, un padecer que es en sí y para sí, esto se ve cuando se ha creado una multiplicidad de personalidades que acompañan su soledad, que a su vez han congelado la hoguera en espera que arde en los adentros de Pizarnik, de la cual el poema es leña que aviva su fervor y le permite vivir, este es el amante que la acompaña y la lastima por imposibilidad de ser.

Privilegio- fragmento II

El más hermoso

En la noche de los que se van,

Oh deseado,

Es sin fin tu no volver,

Sombra tú hasta el día de los días⁷.

Se demarca lo ausente, lo que no es, la sombra que no pude llegar a ser día, aun cuando está en el día de los días. Ella busca ser día, busca el fin para volver al inicio, se busca en los dos sentidos, hacia el fin y el principio, pero jamás ahora. En la alquimia del lenguaje que es un puro devenir, lo que se busca es un reunirse con lo in-nombrado de lo que se quiere expresar mediante el poema, pero es necesario aquí recalcar que siempre el poema estará operado por una idea, una idea que ha sido reflexionada, el reunirse con lo inexisten-

7. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 216.

te la hace hablar, esto no quiere decir que se pueda perder el hilo central del texto, o la idea que anteriormente ha sido reflexionada o pensada, por el contrario, naufragar en la selva del puro devenir debe llevar al poeta a aclarar más su idea central, el poeta deberá tener oído de murciélago, olfato de perro, vista de águila. Solo así obtendrá el encuentro con lo ausente de lo que desea poetizar.

La obra de la considerada última poetisa maldita son grandes rosas que florecen y se marchitan a la vez, ella no era y vivió en la poesía, en la infinitud de identidades en a-cronía. Buscó pulir la palabra, encontrar la esencia, algo que es mayor “que”, y que tiende y trasciende ese “que” (muerte-vida), traspasó los límites del verbo, dice su “no ser”, y decir es hacer existir, aunque este no “sea”, ser sin ser, estar sin estar, allá, acá, nacer y morir, dormir y despertar. Alejandra siendo el devenir explicó el momento en que dejó de ser, mediante un lenguaje que crea y destruye, algo que trasgrede, algo que deviene.

Nace con letras invisibles sobre una página nivea, hace saltar las reglas y las normas que los demás llaman normales, no acepta ser limitado ni siquiera por el mismo lenguaje, morir y nacer sin vivir, es la paradoja del puro devenir. El impulso por querer lograr una creación con tal imposibilidad que no pueda ser, mostrar que el poeta es capaz de transmitir una parte del “no-ser”, esa fracción de puro devenir que se contamina al llegar a ser una frase plausible, hace que la labor de invención sea un trabajo continuo, como el mito de Sísifo, llegar a encontrar la frase más alta jamás escrita y dejarla caer hasta el fondo de la barranca para que se manche de realidad, de lo ya dado.

Exilio

*Esta manía de saberme ángel,
sin edad,
sin muerte en qué vivirme,
sin piedad por mi nombre
ni por mis huesos que lloran vagando.*

*¿y quién no tiene un amor?
¿Y quién no goza entre amapolas?
¿Y quién no posee un fuego, una muerte,
Un miedo, algo horrible,
Aunque fuere con plumas,
Aunque fuere con sonrisas?*

*Siniestro delirio de amar a una sombra.
La sombra no muere.
Y mi amor
Solo abraza a lo que fluye
Como lava del infierno:
Una logia callada,
Fantasmas en dulce erección,
Sacerdotes de espuma,
Y sobre todo ángeles,
Ángeles bellos como cuchillos
Que se elevan en la noche
Y devastan la esperanza⁸.*

Esos que tienen los pies sobre el fango de lo existente, al contrario de Pizarnik, una mujer de antimateria, una ebriedad de no ser nada, donde los recuerdos se manchan de olvido, el tener conocimiento de que no recordar es despertar en la a-cronia, donde las letras están fuera de tiempo para poder materializarse en el poema, se diría que el lenguaje poético es una heterodoxia que no sirve a nada ni nadie, el tiempo existe en la medida que hay un sujeto que está y puede dar cuenta del tiempo, Pizarnik no era por lo tanto rompió con la linealidad del tiempo en sus textos. Ver el nuevo mundo que se funde con el desconocimiento, con las letras de materia extraña y amorfas. “Puede imaginarlo todo, porque no soy nada. Si fuese algo, no podría imaginar”⁹.

8. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 79.

9. Pessoa, F. (1982). *El libro del desasosiego*. Editorial Seix Barral, p. 66.

Un cuerpo extraviado es “*huesos que lloran vagando*”, intentan salir de todo organismo, porque el cuerpo no aborrece a las cosas que lo componen, sino más bien al conjunto de límites o capas que hacen que el cuerpo sea determinado, se implanta una identidad que encadena los instintos, por lo tanto, el lenguaje del silencio dará cabida a la creación del cuerpo de la multiplicidad, donde el amor, la danza, el sexo se deleitan con la versatilidad del lenguaje. Aquí Alejandra amó, vivió y experimentó los más altos orgasmos literarios con el lenguaje de lo no dicho, lo único que le permitió eyacular su gran obra donde su personalidad se vio afectada por la acción de la redacción de lo imposible, ella naufraga en el no-ser, medita y se dice, lo que alude específicamente al hecho de poder vislumbrar un poco del no-ser; acto seguido este se pervierte, se deja atar las estructuras del lenguaje para poder ser transmisible a los demás, lo que implica un gran desafío continuo para la poetisa de la nada, extrapolar sus sentidos, emociones, más allá de los márgenes de la historia, la cual encierra dentro un contexto social, cultural, político, entre otros, que llevan los rieles de las cosas que son, las leyes dadas, las normas, las guías a seguir, todo esto es de gran influencia a la hora de danzar en el ejercicio de la escritura, razón por la cual es de suma importancia (al menos durante el momento de intimidad con el papel) olvidar que se es, olvidar que algo es, y así, como dice Nietzsche en el prólogo en verso de “*La gaya ciencia*”: “A.- ¿Estuve enfermo? ¿He sanado? ¿Quién fue mi médico? ¿Cómo he podido olvidarlo? B.- Ahora es cuando te creo curado, pues el que ha olvidado se siente bien”¹⁰. El médico para esta monotonía es el mismo lenguaje del no-ser, que es como un lenguaje del “olvido”, donde las reglas de la realidad se diluyen hasta hacerse casi indivisibles, tal vez este sea el motivo por el cual Alejandra se inclina al olvido de su identidad, ya no conoce el presente y se hace recurrentemente esta pregunta: ¿Quién soy? Eres nada y todo, pero no eres tú. Una interrogante que propone desligarse de la identidad formada por la sociedad.

10. Nietzsche, F. (1882). *La gaya ciencia*. Ediciones Brontes, p. 25.

Texto de sombra

*Quiero existir más allá de mí misma: con los aparecidos.
Quiero existir como lo que soy: una idea fija. Quiero ladrar,
No hablar el silencio del espacio al que se nace*¹¹.

Pretender existir más allá de lo que somos es querer deconstruir nuestro cuerpo para elevarse al ser de lo que somos, es decir habitar las sombras de lo absoluto, ese horizonte que a cada paso se nos acerca, así como también se nos aleja, intentar ladrar es transgredir los límites del lenguaje, acción que produce negar la cotidianidad de esta existencia. Deleuze nos plantea que en “el buen sentido es la afirmación de que, en todas las cosas, hay un sentido determinable; pero la paradoja es la afirmación de los dos sentidos a la vez”¹², dando a entender que el presente es algo que el no-ser detesta, aborrece y simplemente no puede vivir en este, cada vez que llega a la mano de poeta muere, muere en el momento que existe al caminar en este presente. La linealidad del tiempo se pierde (al igual que en la física con la llegada de Einstein) al intentar retratar lo imposible, el vacío, donde el devenir juega como un niño, deslizándose en las laderas de inacción, de la furtividad, de la ausencia que permite observar fijamente toda la nada, la acronía desde la ciencia se ha llegado a comprender que el tiempo no es sincrónico, por el contrario es fragmentado, hay diferentes tiempos que dependen del lugar, el tiempo corre más rápido en la cima de la montaña que en la llanura, lo que trae nuevamente la cuestión del puro devenir, del lenguaje del no-ser, donde el presente es nulo por el hecho de ser, sin embargo el pasado y el futuro no son afirmaciones de la existencia, éstas dos son fuerzas inciertas, indefinidas que el poeta busca con desesperación, ese ahínco de querer salir de la linealidad de lo existente, la intención de correr siempre en los dos sentidos al tiempo, “¿qué me importa saber, al sol o al agua, cuerpo o alma, que también pasaré? Nada, salvo la

11. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*. Editorial Lumen, p. 409.

12. Deleuze, G. (1969). *La lógica del sentido*. Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS, p. 7.

esperanza de que todo sea nada y nada sea todo”¹³, que todo sea nada o nada sea todo, pero que no sea ni “yo”, ni “ahora”, para que los sentidos nunca se afirmen en el presente.

La realidad no mediada, es decir, lo que está más allá de la conceptualización del lenguaje, cuando adquiere materialidad por medio de las letras contiene más verosimilitud que el mismo concepto en sí, lo cual causa (como ya se ha mencionado) que el puro devenir, este no-ser, se contamine de realidad, sin embargo, se puede vislumbrar en pequeñas partes. El no-ser se presenta como un abismo abierto, una negación del lenguaje categorial donde la imposibilidad es posible apareciendo como otro (Milone, 2013).

Textos de sombra - 1971

*No, la verdad no es la música
Yo, triste espera de una palabra
Que nombre lo que busco
¿y que busco?
No el nombre de la deidad
No el nombre de los nombres
Sino los nombres precisos y preciosos
De mis deseos ocultos
Algo en mi me castiga
Desde todas mis vidas:
– Te dimos todo lo necesario para que comprendieras
Y preferiste la espera,
Como si todo te anunciase el poema
(aquel que nunca escribirás porque es un jardín inaccesible
– Sólo vine a ver el jardín)¹⁴.*

Pizarnik se pregunta qué buscar, es una mujer cansada de esperar encontrar algo en el ausente, algo que ni ella misma conoce, lo que se busca no lo puede ofrecer el lenguaje ya estipulado, el nombre de

13. Pessoa, F. (1982). *El libro del desasosiego*. Editorial Seix Barral, p. 161.

14. Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa*, Editorial Lumen, p. 431.

la cosa no se encuentra dentro de estos parámetros, los deseos más íntimos que habitan en las profundidades de nuestro pensamiento son distintos en cada persona, de los cuales solo podemos obtener pequeños fragmentos que se disipan con el exceso de realidad. Dentro de ella había algo que la castigaba y era la imposibilidad de poder lograr que sus pulsiones se volvieran acción, era consciente de esta imposibilidad, más ella pretendía encontrar en la poesía el impulso para sus deseos. Es trabajo del creador, de ese hombre del misterio, que ya no busca las ideas en la realidad y trata de escapar de ella, aunque se encuentre inmerso en un círculo vicioso, es como encontrar un cofre con un mapa adentro para buscar otro, y así sucesivamente, una idea como espejismo que desaparece al contacto. El lenguaje del no-ser, esa poética que Pizarnik deja develada en sus versos que: “en realidad, todo auténtico sentimiento es intraducible. Expresarlo significará deformarlo tanto como traducirlo es *disimularlo*. La auténtica expresión oculta lo manifestado”¹⁵, de ahí que: todos los espíritus creadores encontraran un vacío, puesto que todo sentimiento fuerte produce una idea leve de vacío, un espacio necesario para que se dé el surgimiento de la poesía.

15. Artaud, A. (1938). *El teatro y su doble*. Grupo Editorial Tomo, p. 70.

Bibliografía

- Pizarnik, A. (2003). *Diarios* (Nueva edición de Ana Becciu). Editorial Lumen.
- Pizarnik, A. (2016). *Poesía completa* (4 Ed. Ana Becciu). Editorial Lumen.
- Deleuze, G. (1969). *La lógica del sentido*. Edición electrónica de [www. philosophia. cl /](http://www.philosophia.cl/) Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- Pessoa, F. (1982). *El libro del desasosiego*. Colombia: Editorial Seix Barral (1984).
- Nietzsche, F. (1882). *La gaya ciencia*. Barcelona, España: Ediciones Brontes (2015).
- Nietzsche, F. (1957). *El nihilismo: Escritos póstumos* (2 Ed.). Editorial Península.
- Artaud, A. (1938). *El teatro y su doble*. México, D.F.: Grupo Editorial Tomo.
- Paz, O. (1957). *Las peras del olmo* (4 Ed.). Editorial Seix Barral.
- Milone, G. (2013). *Habla poética: Límite del lenguaje y escritura de la cosa*. Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/lthc/article/view/41298/50276>.
- Deleuze & Guattari (1972). *Capitalismo y esquizofrenia*, París: Editorial Les Editions de Minuit (1980). Edición Pretextos (2002).

Contexto histórico de “Los sordos ya no hablan”

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.70>

Alejandro García Gómez

Era el año de 1985 o mejor era toda esa violenta y luctuosa década colombiana de 1980. Y no fue por generación espontánea que los 80' hubieran llegado a convertirse en violentos y luctuosos. No. Jamás ocurre generación espontánea en los procesos históricos: los acontecimientos significativamente cruciales van ocurriendo siempre con un, y desde un, nexo inexorable. Ésta era la década hija de los 70', la del fin de la llamada “La Edad de oro” o de “Los Años Dorados” de la posguerra (1950-1973, según Hobsbawm); “Años dorados” que también sirvieron para el inicio del auge del narcotráfico (que a su vez tiene también otras causas que no son del caso tratar aquí) cuando se comenzaba a denunciar tímidamente el acercamiento de nuestras carcomidas élites políticas, económicas, militares y religiosas hacia los raudales de dineros narcos que comenzaban a correr, a expandirse y a convertirse en torrentes cada vez más caudalosos, transformando la vida de todos a expensas de las de los jóvenes de las ciudades y de los campos. La revista internacional *Visión* denunciaba por ejemplo, los presuntos nexos del candidato y luego presidente Julio César Turbay con los dineros de los productores y comercializadores de la marihuana de la Costa Caribe. Ya en inicios de la década del 80', alguna prensa colombiana, con temor, denunciaba que los candidatos con mayor opción a la presidencia de la república para el período 1982-1986 (Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur), realizaban gran parte de sus giras proselitistas encaramados en las avionetas y en los helicópteros de los narcos de los carteles de Medellín y Cali,

que ya habían desplegado toda su fuerza amenazante y descuartizadora con que se mantendrían siempre, fuerza compradora de conciencias a todo nivel: de los gobiernos, de los políticos, de los dirigentes empresariales, de las Fuerzas Armadas y de Policía y hasta de la alta clerecía eclesiástica católica; la misma del “plata o plomo” que se aplicó indistintamente para jueces, magistrados, militares y policías honestos.

Pero también en abril de 1970, la cúpula del gobierno de Carlos Lleras Restrepo, confabulado con las mismas élites colombianas de las que hablé, sin distingo de partidos políticos había perpetrado el descarado robo de las elecciones a un general retirado, a Gustavo Rojas Pinilla, que había sido dictador hacía algo más de una década, y quien se cayó de dictador no por todo lo que se robaron él, su familia y su “amigos” (lo de siempre acá), sino porque se enemistó con los mismos que le pusieron en bandeja de plata el golpe; les había cortado una parte del chorro de sus privilegios. Ellos pagaron, de su propio bolsillo, la huelga general que lo tumbó en 1957.

En 1971 había tenido lugar la primera huelga estudiantil a nivel nacional (que me estrenó a mí como *primíparo* y huelguista estudiantil de la Universidad de Nariño) con el infaltable despliegue gubernamental de represión y muerte, sordo e indiferente ante las peticiones juveniles. Si los movimientos populares y estudiantiles sólo se midieran por los logros propuestos en el papel, esa la perdimos. Pero jamás Colombia volvió a ser el monasterio de antes de esa huelga nacional estudiantil. Ella trastocó los valores paradigmáticos de los nuevos colombianos para siempre, porque poco a poco abrió los ojos de toda la clase media y popular a una nueva forma de consciencia. Visión literaria de esta huelga nacional se da en las novelas *El Titiritero* (1977) de Gardeazábal, *El tango del profe* (2007) de quien estas líneas escribe, y muy seguramente en otras. Pero claro que esta década del 70’ venía de otra similar y así sucesivamente hacia atrás, como señalé. Cuando la década del 70’ cerró, abrió el 80’ con el presidente que hizo correr ríos de sangre política por las calles de Colombia, el limitado de ideas mentales,

pero astuto y trepador Julio César Turbay (1978-1982) y su Estatuto de Seguridad. Era tan limitado de ideas pero tan infinitamente astuto, que la infinidad de libros que le obsequiaban, él a su vez los regalaba a mentes que sabía sí los leerían y entenderían; luego de un tiempo les preguntaba cómo les había parecido tal libro y “recibía el informe”, con preguntas de lo que le interesaba. Llegó hasta el cinismo de “recomendar” que él sólo aceptaba “la corrupción en sus justas proporciones”, otra de las frases inscritas en el muro de la infamia nacional, que se sigue a rajatabla por los gobiernos, sea el que sea.

A raíz del robo de las elecciones de 1970 por Carlos Lleras, un grupo grande de profesionales e intelectuales de clase media y media burguesa que habían simpatizado o pertenecido al partido del general dictador que –con su hija María Eugenia– se había transformado de la noche a la mañana en “socialista-nacionalista” para estas elecciones (partido “Alianza Nacional Popular”, Anapo), se confabularon y organizaron un movimiento armado. Nació otro grupo guerrillero cuyo ideal era un también llamado “socialismo nacionalista”. Su accionar militar se basaba en la espectacularidad de sus actuaciones, que se convirtió en un atractivo show internacional. Se llamó “Movimiento 19 de Abril”, M-19. Al comienzo la Anapo (partido del ex golpista, ex dictador, presunto ladrón y ahora presunto “socialista-nacionalista” con su hija y su familia) se apoyaba subrepticamente en las armas del M-19. Cuando se hicieron públicos sus vínculos, Anapo hizo también pública su separación del grupo guerrillero. El accionar de *El M* (como se le llamaba también, popularmente) tuvo inmensa importancia en los gobiernos de fines de la década del 70’ y en los 80, hasta su reincorporación a la vida civil (9 de marzo de 1990 en Caloto, Cauca, donde Carlos Pizarro –jefe máximo entonces– firmó el acuerdo definitivo con Carlos Lemos Simmonds, mingobierno de Virgilio Barco y luego “presidente de muñequero” de Ernesto Samper, juego infantil de una semana, para que su joven y bella mujer disfrute su pronta pensión vitalicia de viudez hasta hoy). *El M* había “nacido” a la vida guerrillera a mediados de 1973, en una reunión en la finca

Jalisco, cercana a Mesitas del Colegio, con 22 asistentes. Desde su nacimiento hasta su reincorporación tuvo un trasegar constante, pero esta es otra historia.

Ese era una parte del panorama en la década del 80 y por esta razón he demorado esta reseña que me ocupa hoy; mi objeto es enmarcar la novela. Podría resumir, pero no deseo hacerlo. Resumir, por ejemplo, que es la misma fotografía de violencia y corrupción de más de doscientos años, porque en Colombia lo más dinámico ha sido el odio. O mejor, el odio ha sido “La partera de la historia de Colombia”, parodiando a Marx. Pero no es un odio común y corriente el motor que nos mueve, como el de un vecino(a) contra su vecino(a) por celos o por envidia o por otra inevitable pasión humana. No, el odio que nos ha movido es el que se ha basado siempre en la rapiña de privilegios entre los privilegiados; ellos han formado bandos feroces de desharrapados incautos, de desastrados ingenuos, de descamisados patriotas bobos, les enseñan a odiarse mientras los agrupan, antes en partidos ahora en clanes familiares; a odiarse a muerte estos sí con machetes o con puñales o con pistolas o con fusiles o con minas quiebrapatas o con lo que sea; bandos alimentados con la munición de las mentiras de un lado hacia otro y viceversa entre todos los pendejos, nosotros, o mejor, muchos de nosotros, casi todos nosotros. Y ellos se abrazan en sus clubes con sus mujeres y sus amantes y sus tragos finos y sus etcéteras a bordo. Y claro alimentando también –proporcionalmente– a cada una de las barreras de los de abajo –numeradas también según los privilegios– con las migajas proporcionales de la corrupción necesaria” sin la cual le sería imposible gobernar al gobernante corrupto, corrupción que vaya sólo hasta “sus justas proporciones” (según la infame frase), tanto para los de arriba, como para los desastrados pendejos de las numeradas barreras de abajo.

En 1982 y después de tres intentos fallidos, Belisario Betancur había ganado el poder con un manojo lleno de buenas y quizá sinceras intenciones que convenció a cautos e incautos frente a una segunda intentona presidencial del arrogante López Michelsen,

converso de “Revolucionario Liberal” (MRL), en el mismo liberal del otro partido político colombiano que nos ha venido engañando por igual en más de doscientos años. Colombia venía hastiada de corrupción e inequidad, consecuencia y a la vez combustible de su violencia, que nunca había ni ha cedido, que sólo se ha transformado (de acuerdo con la ley de Einstein) y cambiado de actores –ebrios de poder y privilegios– desde las guerras independentistas, que ponían a despedazarse a los cientos y miles de colombianos desfavorecidos de la fortuna y la cultura (como sigue ahora).

El siempre suave murmullo seudolírico de las palabras de Belisario, ya entonces presidente en ejercicio, se dejó escuchar con muy escogidas palabras en los comienzos de su mandato en 1982. Ese lirismo patético le duró sólo hasta cuando las élites (las mismas de siempre) comenzaron a apretarlo y sus asesores encontraron lo que todos sabíamos: que ni tampoco él –como los anteriores presidentes– cumpliría, pero que además los diferentes grupos guerrilleros tenían también una ambiciosa sed de protagonismo y de poder y que no llegarían a ninguna parte. Para bien o para mal, los grupos guerrilleros jamás se han puesto de acuerdo, ni antes ni entonces ni ahora ni nunca.

Precisamente el 20 de mayo de 1985 se trataba de unificar los egos de poder guerrillero (que los hay al igual que en cualquier gobierno y cogobierno) y se efectuaba un primer encuentro de comandantes. Asistieron todos menos los de las Farc y del Quintín Lame. Uno de los objetivos de esa reunión, a corto plazo, era la unificación frente al paro nacional que se había convocado para ese 24 de junio. El otro –más trascendente– era la fundación de la que se llamaría **Coordinadora Nacional Guerrillera (CNG)**. Los movimientos asistentes fueron: **M-19** (Álvaro Fayad), **EPL** (Jairo de Jesús Rojas, á. *Ernesto Rojas*), **ELN** (Milton Hernández), **PRT**, Partido Revolucionarios de los Trabajadores (José Matías Ortiz, á. *Valentín González*), **Frente Ricardo Franco** (José Fedor Rey, á. *Javier Delgado* y Hernando Pizarro Leongómez –hermano de Carlos Pizarro–, del M-19), y delegados del Comando Superior del grupo

“Patria Libre”. Posteriormente se adhirieron a la CNG un sector de **ADO** (Autodefensa Obrera) y el **Quintín Lame**. ¡Ocho grupos, más las Farc! Estos movimientos guerrilleros no se dieron ni de manera intempestiva ni simultánea ni –como diría mi profe de marxismo en el posgrado, Darío Valderrama– *ahistórica*. Ni siquiera las Farc, el primer grupo de concepción explícitamente marxista-leninista (y estalinista) lo fue. Todos “se desprendieron” de las Farc, de alguna u otra manera o éstas les sirvieron como “espejo”, si es que no de “cuna madre”, o de ambas cosas. Pero a su vez, también las Farc fueron producto de la transformación de un sector de la guerrilla de autodefensa liberal, del llamado grupo de “Los Comunes”. La **CNG** sí se formó entonces, pero no es del caso seguir aquí con ese relato. Habrá oportunidad.

En esa zozobra, en esa barahúnda de país esquizofrénico, el 6 de noviembre de 1985, el M-19 se tomó las instalaciones del Palacio de Justicia, con el objetivo de hacerle un juicio público al presidente y a su cúpula de gobierno en la misma Plaza de Bolívar, de Bogotá, por el continuo manoseo al asunto de la paz con ellos y con otros grupos armados, aseguraban. Y en verdad, el gobierno –intimidado por las élites– le había dado engañosas largas al asunto de las promesas de la paz propaladas en su campaña presidencial. El 6 en la noche se presentó un incendio en el Palacio tomado. El ejército y el gobierno culparon luego al M-19, éstos a viceversa. Lo de siempre. Entre la noche del 6 y la madrugada del 7, el ejército se lo tomó a sangre y fuego (literalmente) utilizando tanques de guerra, roquets y helicópteros, además de policía, ejército y la “secreta”. Los asaltantes guerrilleros eran algo así como alrededor de tres decenas. El escándalo internacional del Golpe de Estado de las Fuerzas Armadas, del que se señaló como principal responsable al presidente Belisario (además de su cúpula de generales, claro) bañó de tinta e imágenes televisivas y radiales las noticias por días y noches. Posteriormente, y a lo largo de estos 35 años, se ha evidenciado que hubo torturas, muertes y desapariciones de guerrilleros y de personal civil, de empleados y aun de magistrados por la fuerza pública. Se han evidenciado también entregas de restos fúnebres

sorprendentemente confundidos, entrega de restos de cadáveres a sus dolientes que no correspondían a los de su ser querido. También se ha evidenciado que hubo otras cosas que ocurrieron que al menos se les puede dar el nombre de “extrañas”, que considero que no son del caso en esta reseña.

Sobre Belisario, al comienzo de su ex presidencia, se permitió la arrogancia de seguir desconociendo su gravísima responsabilidad en los hechos luctuosos y brutales de la toma y retoma del Palacio de Justicia. Sólo tarde, muy tarde ya, el 20 de julio de 2013, casi 28 años después, admitió por primera vez públicamente en declaraciones de radio, televisión y prensa escrita y con su mismo murmullo seudolírico: “[en mi gobierno]... *se presentaron situaciones inmanejables... O que manejé mal... **Si las manejé mal, les pido perdón a mis compatriotas por haberlas manejado mal... Punto***” (reteñido mío), con ese enfático “Punto”, entre una dudosa súplica y la engréida exigencia del prepotente. Nuevamente, el 6 de noviembre de 2015, cuando se cumplían los 30 años de esa masacre propiciada por el M-19 y las FF. AA. suplicó nuevamente: “*Nuevamente pido perdón porque **hoy sé que mis actuaciones causaron inmenso dolor a los familiares de las víctimas y tanto dolor histórico al país; reitero que **haría cualquier cosa para aliviarlo*****”. De estas fechas en adelante, sus peticiones de perdón se repitieron hasta convertirse parte del folclor nacional. Si el expresidente de verdad, verdad hubiera estado arrepentido, debería haber contado a la justicia y a sus compatriotas, la verdadera verdad de los hechos desde la altísima dignidad que ostentó, la mayor de la nación, lo que allí ocurrió, antes, durante y después de las brutales toma y retoma del Palacio de Justicia.

De todas maneras, estos “n” perdones de Belisario ex presidente, “con todo y todo”, como decían mi madre y mi abuela, contrastan con la soberbia cínica de la exministra de comunicaciones de entonces, Noemí Sanín que, después de censurar la radio y la prensa, adormeció al país con un partido de fútbol entre Millonarios y Unión Magdalena. Durante ese juego televisado, el poder público de la justicia –el que da el equilibrio a un país civilizado– estaba

siendo masacrado frente a la cobarde mirada del presidente, de ella y del despacho de ministros. Cobardía exceptuada de uno, el Minjusticia Enrique Parejo González. Sanín dijo –también en la conmemoración de los treinta años de la luctuosa fecha– que no pedirá perdón porque no tiene de qué. Cinismo. Que lo hizo con el único fin y *“con la mira puesta en la preservación de la democracia, tan gravemente amenazada como lo fue por el terrorismo y el narcotráfico”*; que previno otro Bogotazo. Cinismo e ignorancia de ella. Desconoce la historia de Colombia. Desconoce que ninguno de los integrantes del M-19 tenía el caudillismo de Gaitán y que este grupo había sido diezmado. ¿O trata de desconocerlo a sabiendas? ¿La verdadera razón para la censura de la prensa que propició la Mincomunicaciones Nohemí Sanín no fue para acallar los ruegos públicos de los magistrados a un acobardado presidente para que dé la orden a los militares de que cese el fuego? ¿No fue para que no se siguieran escuchando las súplicas de cese al fuego del Presidente de La Corte Suprema de Justicia Alfonso Reyes Echandía y de otros que finalmente resultaron asesinados o desaparecidos o ambas cosas? Dejamos estas consideraciones ahí.

Macabramente, a la semana exacta de la vergonzosa tragedia del Palacio de Justicia, se le apareció el diablo con cara de oveja a Belisario presidente. En la noche del 13 al 14 de noviembre de 1985, la capa de nieve que cubría el volcán Nevado del Ruiz se descongeló por acción de la ceniza volcánica expulsada y se convirtió en agua lodosa que arrastró hacia abajo más bloques de hielo, más lodo, más piedras, más vegetación y más todo lo que fue encontrando a su paso, causando la tragedia natural y social más grande quizá de la historia de la Colombia actual de antes de esta pandemia, en costo de vidas humanas que fue de entre 25 o 26 y hasta 30 mil en una sola noche, entre víctimas y desaparecidos (y quizá más), además de gran cantidad de heridos. Ni hablar de los daños económicos causados a toda esa zona del municipio de Armero y cercanos, región eminentemente agrícola de alta tecnificación por la feracidad geológica de sus tierras planas. La tragedia pudo ser inmensamente menor en costos humanos y económicos si hubiera

habido voluntad y consciencia de prevenirla (Paréntesis: hoy la tragedia por el desborde y avalancha de la represa de Hidroituango habría sido incalculablemente mayor en vidas humanas y en daños económicos. Se dice que actualmente esta tragedia está totalmente descartada). Esperemos que sí, aunque lo mismo dijo el ministro de Minas de entonces –Iván Duque Escobar, padre de Iván Duque Escobar, presidente hoy– cuando la tragedia del nevado del Ruiz; señaló que había “*dramatismo extremo*”, refiriéndose a los llamados del alcalde de Armero Ramón Rodríguez. Cuando el congresista Hernando Arango Monedero llevó la voz al Congreso, Iván Duque padre señaló: “*Su didáctica intervención, a ratos llena de dramatismo y un poco de Apocalipsis, sirve para decirle que todo ha sido informado y que seguirá informando de las actividades del volcán*”. Posteriormente a la tragedia se lavó las manos (Ver perfil biográfico de Iván Duque Escobar en Wikipedia). En 1987, el procurador General, Carlos Mauro Hoyos Jiménez, lo acusó ante la Comisión de Acusaciones (!) de la Cámara de Representantes por presunta responsabilidad con ocasión de la tragedia del nevado del Ruiz. El país conoce lo diligente que es esta inefable Comisión de Acusaciones (https://es.wikipedia.org/wiki/Iv%C3%A1n_Duque_Escobar).

Esta otra noticia también colmó lo titulares de la prensa y la televisión del mundo y claro, fue manipulada de manera proclive para que el lodo de la avalancha de Armero sepultara la vergüenza de la toma, del Golpe de Estado, de las cruentas toma y retoma del Palacio de Justicia por el M-19 y por las FF.AA. y de sus asesinados y desaparecidos de hacía apenas una semana. Quizá el mayor símbolo perverso de este manoseo fue la utilización de una niña y su familia. Pero además parece que muchos “presuntamente” llenaron sus bolsillos con los huérfanos que dejó la avalancha, “presuntamente” vendiéndolos en adopción al mejor postor. Pero también ésta es otra historia.

Desde una de las tantas columnas que ha escrito a lo largo de su vida, Gardeazábal había venido advirtiendo el proceso natural del nevado del Ruiz. Según su testimonio, este nevado le había empeza-

do a interesar desde su infancia, cuando algunos familiares le habían señalado la importancia del “Volcán de Cartago” que aparecía en las lecturas de un cronista español de la Colonia que, aunque a veces deschavetado en varias de sus observaciones, se había mostrado acertado en otras muchas, entre ellas ésta del volcán de Cartago, que no era otro que el luego llamado volcán nevado del Ruiz. Pero a estas observaciones del cronista, le sumó estudios, percepciones e hipótesis geológicas de reputados profesionales, tanto nacionales como internacionales. La columna se llamaba “*Notas profanas*” y salía en La Patria, de Manizales, y en El País, de Cali, cuando no se la colgaban, como él mismo lo señala en una de sus últimas columnas diarias tituladas “Enchuspado”, de la que ya lleva cerca de las 200; las publica en Facebook, @el jodario de twitter, youTube, speaker, en Occidente, de Cali, y en una cantidad de emisoras regionales (él cuenta que YouTube ya le censuró un “Enchuspado”).

Con sus “Notas Profanas” referentes al tema del volcán nevado del Ruiz, empleadas a la manera de una fundación arquitectónica, organiza toda la armazón alrededor de la cual soportará la primera parte de la novela (quizá algunas columnas con uno que otro ajuste necesario para la ficción literaria, sin apartarse de la verdad real); con su agudeza de observador inteligente, de lector voraz y escarbadoramente deductivo; pero ante todo con su visión independiente de patria que siempre lo ha acompañado, para revelarnos de manera siempre sincera (así muchas veces no la compartamos) el misterio de lo real que se oculta bajo el manto de lo real aparente, otra función de la poesía; con la misma sinceridad y escudriñadora mirada con que nos ha acostumbrado en todas sus novelas y cuentos, amarró esas columnas con un cordón cronológico de hechos a los que les situó personajes para que deambularan a través de ellos. Muchos son personajes de la realidad de entonces, todos los de trascendencia histórica lo son; otros de su mente de novelista, claro. Muchos hechos también son reales: todos los anotados en el escalafón de la trascendencia histórica; otros, los de los brillos literarios, son de su creación de novelista. De los hechos del pandemónium nacional creado por entonces por “nuestras” élites, por los narcos y por los

grupos guerrilleros en esta ambientación de la que me ocupé al comienzo de esta reseña, soslayó sólo alguno que otro acontecimiento y eso de manera muy tangencial; sólo el que fuera necesario a los tiempos del relato que trae la novela: *“Me contó que en la Corte solo se salvó un magistrado de que lo mataran porque era loca y se dejó cargar. ¡Que horror!”* (p. 169).

En la primera parte de “Los sordos ya no hablan”, se manifiestan dos intenciones, al parecer: la primera es presentar una disección de los perfiles de sus personajes principales en los que encarna a las autoridades (nombres reales), a los que conllevan algún poder (nombres reales) y al resto de los armeritas y visitantes, nombres alguno que otro real y la mayoría ficticios. La otra es la de una clara denuncia de la negligencia del gobierno nacional y del de dos departamentos (Tolima y Caldas), también con nombres y tiempos reales ante los gritos angustiosos del alcalde armerita (nombre real); es clara la denuncia de los políticos que encarnan a esos gobiernos: *“...aquí mandan ellos, los políticos hablamierda, los que no tienen sino una idea: reelegirse”* (pg. 51). A medida que transcurren los meses y luego las semanas anteriores a la tragedia, esta primera parte (“Los sordos”), se va convirtiendo en un “Yo acuso” de advertencias que se hicieron con el debido tiempo, acogándose a todas las señales que el alcalde, algún parlamentario y las que él, Gardeazábal, personalmente había obtenido y compartido a su público, como periodista, como lector sediento en diferentes fuentes, como columnista de arriscada independencia, tanto que se ha hecho ganador de innumerables demandas ante los juzgados, a los que ahora duramente puede acudir a causa de sus dolencias, pero acude a todas. Este “Yo acuso” se refuerza en su “Nota de obligatoria lectura” del comienzo en la que habla no como narrador sino como autor. Para reforzar esto, traigo a cuento unas palabras del estudio de esta novela del profesor universitario Jonathan Tittler, hoy jubilado, colombiano estadounidense y minucioso crítico de Gardeazábal (“El Verbo y el mando”, 2004), quien se pregunta y se responde: *“¿Cómo fue posible este desastre?, muchos colombianos se preguntaron en aquel momento. Demostrar quiénes fueron respon-*

sables, qué hicieron y no hicieron y de qué manera los personajes principales entraron en un diálogo de sordos, constituye el asunto del texto”, p. 189). Y hablando de la manera cómo actúa Gardeazábal columnista y Gardeazábal escritor, en referencia también a esta novela, el profesor Tittler pinta este breve pero contundente retrato del escritor: “Álvarez G., que sabe tanto del mundo como de los libros, entiende lo inseguro de la vida y la perversidad íntima de los hombres. No tiene reparo en hablar mal de alguien si así se lo merece, en crear escándalos cuando hace falta y en improvisar soluciones donde las condiciones lo dictan. Es capaz de lanzar calumnias, levantar polémicas y pensar sobre la marcha, **si el servicio al pueblo lo reclama** (reteñido mío)” (p. 198).

En la segunda parte de la novela (“Ya no hablan”) con habilidad narrativa hace que el lector participe del pavor y del pánico de cada uno de los detalles y segundos y minutos convertidos en tiempo eterno en la avalancha. El lector siente la angustia de ese momento interminable; del miedo y de la rabia ante la inminente pero además espantosa muerte de sus personajes que personifican a los miles de los habitantes de Armero. Si la primera parte es un cúmulo de investigaciones sabiamente organizadas y ordenadas de acuerdo a las necesidades del relato, la segunda es para mí la parte más electrizante. Despliega la habilidad creativa de mundos del novelista. Se percibe que rueda por las páginas del libro la lava lodosa que arrastra la muerte horriblemente lenta pero inexorable de las víctimas, que saben que los sepultará de manera lenta pero espantosa; se escuchan sus gritos y el deseo de sobrevivencia; la estulticia de alguna que otra víctima aún (que también representa a otra parte de armeritas) y la desesperación de todos frente a lo ineludible ya.

La novela apareció por vez primera en febrero de 1991, publicada por editorial Plaza y Janés, y como entre 1988 y 1990 Gardeazábal se convirtió en el primer alcalde electo popularmente de Tuluá, su ciudad natal, voy a presumir que una gran parte del acto de levantar los esbozos en cuadernillos o en fólderes, como él lo ha señalado en

alguna entrevista que es su *modus laborandi* para sus novelas, voy a presumir, repito, que para “Los sordos ya no hablan”, lo hizo en la preparación de la campaña proselitista y durante la misma campaña de esta primera alcaldía, porque ya en sí, para el acto de redactar señala que la novela “...comencé a escribirla robándole tiempo al agotador trabajo de alcalde de Tuluá” (p. 291). Pienso que quizá se refiera aquí a que el hecho de redactarla, revisarla y corregirla; o sea que este acto solitario de creación literaria se le da en simultánea con el de cuando por primera vez se ve manejando la otra soledad, la del poder en sus manos, esa que va rodeada de ávidas gargantas, siempre revestidas de luces multicolores que encandilan y enceguecen al poderoso. En esta primera campaña se presentó una de las anécdotas que mejor lo pintan: resulta que su mayor adversario a la alcaldía, del partido conservador, se había hecho fotografiar con su esposa y sus hijitos con un eslogan de campaña –no explícito claro, pero sí sugerente– sobre la homosexualidad del escritor, que entonces hacía mucho, mucho tiempo que él la había declarado. En alguno de los discursos proselitistas, en plena campaña, tronó a sus conciudadanos: “¡túlueños!, ¡pueden votar tranquilos por mí, porque no es con el culo con lo que voy a gobernarlos, sino con la cabeza, que es lo mejor que sé manejar!”. (Algarabía y aplausos).

Aquí un paréntesis para una anécdota que viví personalmente. En esos tiempos de su alcaldía, se volvió noticia nacional que había un grupo armado que lo había declarado como objetivo militar, no recuerdo la causa. En mi visita a unos familiares en Tuluá, decidí también “hacer un campo” para visitarlo. Me había dicho que fuera a una hora que no recuerdo si fue a las 6 y media de la tarde o a las 7 de la noche, cuando acababa la jornada de trabajo. Me invitó entonces a dar unas vueltas por uno de los parques de Tuluá, el principal, por donde estaba ubicada la alcaldía. Aunque yo ya sabía por la prensa de sus riesgos y peligros, me los contó. En la primera vuelta, caminando lento, me dijo: “ese que ves ahí en la esquina, es mi escolta”. La sombra oscura o “bulto” de ese hombre señalado, de más o menos 1,65 metros de estatura y algo barrigón, estaba absolutamente desentendido de él, conversando con quienes

parecían sus amigos. En otra, mirando hacia una montaña muy lejana, me dijo: “allá acampan los que quieren asustarme... ¿Ves las luces del campamento?”. Yo no recuerdo si las vi o no. Pienso que me dijo que eran los del ELN. “Hay mucha gente que quiere que yo no salga, que aquí en la calle o en el parque me pueden dar unos tiros”. Yo calibré la situación y, claro, sentí miedo, pero no se lo expresé; pensé en mis dos niñas pequeñas, en mi familia y en la mujer que quedaría sola a cargo de ellas, aunque la sabía muy capaz. No quería que mis hijas quedaran huérfanas tan temprano. Afortunadamente jamás pasó nada. Sólo recuerdo ese momento de miedo, dando una o dos o tres o cuatro vueltas eternas alrededor de ese parque.

En junio 2020, la acaba de publicar Ediciones Unaula, en una bella presentación, como lo ha hecho con otras de sus novelas (“Biblioteca Gardeazábal”). Ediciones Unaula pertenece a la Universidad Autónoma Latinoamericana (Unaula), de Medellín, a la que Gardeazábal le ha venido cediendo todos los derechos de hasta ahora cuatro de sus novelas publicadas por Unaula, entre ellas su obra cumbre, jamás superada por él, *Cóndores no entierran todos los días*, para mí, una metáfora poética de la historia de la Colombia del siglo XX, y quizá por eso insuperable.

Sugerencia final a los lectores: si la leen durante esta pandemia procuren no comparar la ineptitud, la torpeza, la negligencia, la indolencia, la desvergüenza, la hipocresía y el cinismo de “nuestras” élites y de ese gobierno de 1985 (y de los anteriores) con el siguiente y luego con siguiente y luego con el siguiente y así hasta llegar al de hoy de 2020 junto con el actuar de “nuestras” élites. No lo hagan si no quieren morir de rabia impotente al ver que seguimos peor. No las comparen, debemos sobrevivir a esta pandemia, con la ayuda de Dios.

Nod, 2020.

Bibliografía

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo. ***“Los sordos ya no hablan”***. Biblioteca Gardeazábal. Ediciones Unaula. Medellín, 2020, 292 pp.

TITTLER, Jonathan. ***“El verbo y el mando. Vida y milagros de Gustavo Álvarez Gardeazábal”***. Colección CantaRana (sic). Universidad Central del Valle (Uceva). Tuluá, 2004, 263 pp.

“Winston Smith” el poeta (Orwell y Heidegger)

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.71>

Beatriz Eliana Salazar Cabrera

Resumen

Este ensayo basándose en las obras “1984” de G. Orwell y “Caminos del bosque” de Heidegger tiene como objetivo promover una reflexión, acerca del oficio de los poetas entendido como tejer cuidadosamente con la luz nacida desde la negrura de la tierra. Un llamado ético a la parresia foucaultiana para una comunidad más comprometida con el cuidado de lo otro.

Abstract

This essay. In the works “1984” by G. Orwell and “Paths of the forest” by Heidegger, he aims to promote a reflection on the profession of poets understood as weaving safely with the light born from the blackness of the earth. An ethical call to Foucauldian parrhesia for a community more committed to caring for the other.

Introducción

Heidegger en su obra “Caminos del bosque” nos habla de la oscuridad en la tierra, teje una serie de consideraciones respecto del arte, la verdad, los poetas, afirma; “*Los poetas son aquellos mortales que, cantando con gravedad al dios del vino, sienten el rastro de los dioses huidos, siguen tal rastro y de esta manera señalan a sus hermanos mortales el camino hacia el cambio*”. (Heidegger 1950, P. 201). Al leer esta obra evoque constantemente

a “Winston Smith” personaje principal de 1984 (obra de G. Orwell) pues considero que este sin tener algún estudio o incluso una lectura profunda de los clásicos él es un poeta.

Desarrollo

Smith un hombre de cuarenta años perteneciente al partido del “Gran hermano”, trabaja para el “Ministerio de la verdad” adecuando los archivos según el partido lo requiera. Sin embargo, Smith (contrario a lo que pensaríamos) no se encuentra alienado de su sentí-pensar, resiste en el único espacio de libertad que le queda: su mente y corazón.

La existencia ficcional de este personaje se desarrolla en una superpotencia armamentista, cuyas máximas son un artilugio de la razón delirante: *“La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza”* (Orwell, 1949, p. 5). Winston igual que sus camaradas habita en un pequeño cuarto constantemente vigilado desde la tele-pantalla por otros miembros del partido del “Gran hermano” quienes excusan estas medidas alegando la necesidad de proteger la “paz”. El control biopolítico es tal que existen organizaciones como la “Policía del pensamiento” dedicados al control mental de la población, cuyos métodos incluso pueden catalogarte de “crimental” por cosas tan simples como un gesto de disconformidad.

En estas condiciones pareciera no existir espacio para la libertad o la resistencia, empero el cuerpo también es tierra. Siguiendo a Arthur Schopenhauer *“Un hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere”*, Smith no puede silenciar el clamor de justicia en su cuerpo. Ni siquiera después de que O’Brian lo torture hasta los extremos físicos y psicológicos podemos asegurar la permanencia del supuesto sentimiento favorable de Winston hacia el Gran hermano, porque en el mismo instante de debilidad en el juicio Smith es asesinado. A causa de ello la supuesta victoria del partido al final de la obra es indigna, estéril y artificiosa, pues no deja espacio a una decisión sólida de entrega. A mi parecer es tal

el temor del partido a que sus pretensiones se vean contrarrestadas que prefieren eliminar toda posibilidad de resistencia.

Winston denuncia “*El olvido de los sentimientos en beneficio de las estrategias*” (Lyotard, 1987, p. 110), reconoce al dispositivo, sabe que esta instalado en todos los miembros del partido, por ello debe esconderse para ser el mismo (cuando esta Julia, con su supuesto amigo o escribiendo su diario). Por este motivo aloja la última esperanza de cambio en los “proles” (personas cuyo único fin es reproducirse, ir a la guerra, trabajar en manufacturas y morir, por lo que se considera innecesario educarlos), pues la máscara del partido aún no está rígidamente instalada en su subjetividad, ellos aún pueden hablar, reír, amar abiertamente. “*Los pájaros cantaban; las proles cantaban también, pero el Partido no cantaba... por todas partes existía la misma figura inconquistable... en lucha permanente desde el nacer al morir, y que sin embargo cantaba... «Nosotros somos los muertos; el futuro es de ellos»*” (Orwel, 1984, p. 17).

Smith gracias a sus insurgentes travesías es identificado por la rebelde Julia, con quien construirá un breve amor mientras encuentra rastros de una época anterior a la arquitectónica del partido en fósiles tales como un cuadro, un diario, una iglesia y una canción, nuestro arqueólogo reconoce un mundo al que aun sin recordarlo sabe que pertenece. Una de las acciones más riesgosas es el evidenciar su ser poético al escribir un diario: “*Me matarán, no me importa, me matarán, me dispararán en la nuca, me da lo mismo, abajo el gran hermano, siempre lo matan a uno por la nuca, no me importa, abajo el gran hermano...*” (Ibíd., p. 17). Afanosas palabras que revelan su ser poético, artístico, creador pues “*El arte hace surgir la verdad. El arte salta hacia adelante y hace surgir la verdad de lo ente en la obra como cuidado fundador.*” (Heidegger, 1950, p. 56).

Contrario al ser artístico de Smith, O’Brian (encargado de aniquilar su espíritu) manifiesta ser un productor al negar la importancia de lo otro en el proceso creativo; “*Nosotros, Winston, controlamos la vida en todos sus niveles. Te figuras que existe algo llamado la naturaleza humana, que se irritará por lo que hacemos y se volverá*

contra nosotros. Pero no olvides que nosotros creamos la naturaleza humana. Los hombres son infinitamente maleables... La Humanidad es el Partido. Los otros están fuera, son insignificantes" (Orwell, 1948, p. 219). Desde la óptica del partido el pasado es solo una "imagen", ignoran lo que queda plasmado en la materialidad del cuerpo individual y social. *"Crear significa extraer de la fuente. Extraer de la fuente significa tomar lo que emana y llevar lo recibido. El riesgo más arriesgado del querer dispuesto no fabrica nada. Recibe y da lo recibido...El riesgo más arriesgado lleva a cabo, pero no produce"* (Heidegger, 1950, p. 222).

La historia es más que una imagen, la historia también es "lo otro", incomoda al señalar responsabilidades, mostrar lo claro-oscuro de la condición humana y revelar los huecos en la imagen canónica. Tal vez de ahí surja el desprecio contemporáneo de los políticos por la memoria, incluso afirman desde la pos-verdad que *"ya no importa la verdad demostrable ni la noticia cierta, sino la activación de emociones y de reacciones inmediatas, para lo cual se aprovecha la abundancia de canales que carecen de verificadores"* (El país, 2016). La carrera desbocada por el poder carece de respeto o escucha del caos, Arango diría basándonos en su poema "Gaitán", 1966 que no son poetas del poder solo cerdos, ciegos, hipócritas, perezosos, demasiado cobardes para seguir rastros.

Los cerdos se alimentan del fetiche, temen lo que sobrepasa su aparente "éxito" justo por ello el doble piensa le sienta muy bien a la sociedad neoliberal. Sin embargo el eslogan del partido: *"El que controla el presente, controla el pasado"* (Orwell, 1948, p. 30) está equivocado, no es más que un ápice de la soberbia y avaricia humana. Ya Heidegger lo dijo *"La esencia del lenguaje no se agota en el significado ni se limita a ser algo que tiene que ver con los signos o las cifras... El lenguaje es la casa del ser, por lo que sólo llegamos a lo ente caminando permanentemente a través de esa casa."* (1950, p. 231). Smith intuye este saber, por ello sigue los rastros de lo "otro", es sensible ante la violencia ejercida por el partido en la

memoria, se reconoce parte de la tierra, hijo de la noche, a causa de ello profana lo sagrado trayendo en su pluma el faro.

Conclusión

Siguiendo tanto al Heidegger de “camino del bosque” como al personaje de Orwell podemos concluir que ambos nos hacen un llamado de carácter hermeneuta. Traen consigo la gran responsabilidad de ser cuidadosos con lo “otro”, resistir ante los dispositivos deshumanizantes del biopoder, hacer poesía, cuidar de los otros y jamás violar la memoria en beneficio de la Historia.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. *Qué es un dispositivo: Seguido de El amigo y la Iglesia y el reino*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2014.

Foucault, Michel. *El coraje de la verdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Heidegger, Martín. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

Liotard, Jean François. *La posmodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1986.

Orwell, George. *1984*. Santiago de Chile: Escuela de Filosofía Universidad Arcis, 1949.

Webgrafía

Arango. “Gaitán” <https://www.gonzaloarango.com/ideas/gaitan.html> Fuente: Arango, Gonzalo. *Obra negra*. Editorial Eafit / Corporación Otraparte, Biblioteca Gonzalo Arango, segunda edición en Colombia, Medellín, abril de 2016. Visto 11/12/2020

Grijelmo, Álex. El país, “Poserverdad que sí”, 24 Dic. 2016 - 10:01 COT, pm https://elpais.com/elpais/2016/12/23/opinion/1482487201_515458.html visto 15/10/2020 9:30 a.m.

Rivera. “Temor de la noche ¿Qué hacer con la ilustración?” Conferencia magistral Congreso Regional de Filosofía Universidad de San Pedro, Huaraz, Perú, 11/12/2011, https://www.academia.edu/19310473/El_temor_de_la_noche_Qu%C3%A9_hacer_con_la_ilustraci%C3%B3n visto 12/10/2020 1:08 p.m.

Rivera. *Pensar en las sombras. “Apuntes sobre La época de la imagen del mundo de Martín Heidegger (1938)”* 2009 https://www.academia.edu/39822130/Pensar_en_las_sombras_Apuntes_sobre_La_%C3%A9poca_de_la_imagen_del_mundo_de_Martín_Heidegger_1938_ visto 15/10/2020 7:12 p.m.

Tardes de taller con X-504: Memorias

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.67>

Alejandro García Gómez

Una tarde jueves, por allá en la década del 80', entré con un cuaderno a la Biblioteca Piloto de Medellín, con la intención de asistir al Taller de Poesía de Jaime Jaramillo Escobar, a quien sus cofrades nadaístas le llamaban simplemente "X", aludiendo a su "nadanombre", escogido por él, de X-504. Del vestíbulo de lectura de periódicos y revistas seguí a las escaleras para el segundo piso; preguntando, pasé frente a la oficina de la entonces bella Vicky, luego por el zaguán de las secretarías adjunto a la oficina de Gloria Inés Palomino, su inolvidable y diligente directora, luego por un hall y, por fin, llegué a un saloncito con una inmensa mesa rectangular. Al otro extremo, se encontraba una persona de riguroso pantalón, camisa y zapatos blancos de incorpórea edad madura, muy madura; ojos inteligentes pero bondadosos, calvo, delgado de cuerpo y tez blanca, casi un ángel con un bigote pequeño. Yo andaba por alrededor de los 30 años.

En mi cerrera vida en Sandoná, había escuchado que unos muy pocos jóvenes del pueblo, Lucho Gómez, Enrique Pantoja y uno que otro más, en la casa de solterón de mi tío Miguel Santacruz (todos solteros para la época), se reunían a celebrar una enigmática ceremonia nadaísta. En el pueblo se mencionaba el hecho con el sigilo de lo diabólico. Después supe que sólo se dedicaban a leer poesía, de los nadaístas principalmente, entonces jóvenes también aún. Mi pueblo (de borrachera y riña sabatina, misa dominical y comunión los primeros viernes del mes) los miraba con recelo –y por eso mi asombro esa tarde en La Piloto–: me encontraba frente a un nadaísta de verdad (y él dirigiría mi Taller de Poesía). Más tarde

a Lucho lo atraparía para siempre la filosofía y el actuar marxista, de Enrique no he vuelto a saber nada más que se casó (esa no es noticia) y jamás lo volví a ver y mi tío devino a la vida usual de un casado con hijos. Hoy puedo decir de él que vive como un feliz jubilado de sus locas aventuras juveniles, alguna de las cuales me las confió en mi adolescencia y juventud. A él le profeso un gran cariño, y esta crónica se vuelve poco objetiva cuando lo menciono.

Ese jueves tarde, a la Piloto, de Medellín, fueron llegando unas y otros. Nuestro temor o discreción inicial se esfumó de inmediato, porque iniciamos el reconocimiento de viejos hermanos: Everardo Rendón, René Jaramillo, Juan Mares, Olga Helena Martínez –la entonces ya casi doctora en medicina–, Juan Crisóstomo Perdizco, La Mona Luz Helena, César Herrera, Marquitos..., tantos que involuntariamente olvido. Cervezas frías, cada noche de jueves, reforzarían esa unión. En la segunda o tercera sesión, un vozarrón caribe interrumpió al poeta: “*Maetro, traje unoj poema*”. Silencio. X, con la vista, lo autorizó. Abrió su bolso terciado y sacó un fardo de cuadernos de publicidad de *Moresco*, un concentrado para refrescos de entonces. X, un poco asombrado como nosotros, pero con la condescendencia del maestro, con la vista, un movimiento de su cabeza y una mano le solicitó que leyera. “El buglito Pichón”, anunció Ángel Rosendo Álvarez: “*Cogle el buglito lleno de lana/ globa mazolcas al viejo Julián./ Monto en el buglito pichón,/ estila las patas y me tila a la plaza./ El buglito pichón me da glisa/ y también me da mucha glabia*”. “¿Me pedmite maetro?”, y le mostró otra hoja manuscrita de cuaderno. Él, con una señal de su cabeza, pero con todo el respeto del mundo y sin hablar ni una palabra, le solicitó el cuaderno y procedió a leerlo él mismo: “*La lógica de Pellito mata pollitos*”, leyó a manera de título. “*Pellito vio del huevo salir de un pollito / lo tomó entre sus manos,/ diciéndose/ ‘cada cosa dentro de su cosa’. / Y lo metió dentro del molino*”. “En la casa tengo máj cuadeno, maetro”. ¿Cuántos?, preguntó X. “¡Uuuhhh! Así, maetro”. Y mostró algo del tamaño de la mesa en la que estábamos apoyados. X le devolvió el cuaderno y Ángel Rosendo leyó otros más, con el beneplácito del maestro.



Felipe IR

La última vez que nos vimos –Rosendo iba con una Biblia en la mano–, y me contó con toda la seriedad del mundo, que se había dedicado a trabajar como pastor de almas descarriadas en una de tantas iglesias; no recuerdo su nombre, pero sus subse-des estaban entre algunos de los barrios periféricos de Medellín y en otros lugares in-nombrados de nuestra geografía. Eran tantas sus locuras que me inclinaba a no creerlas, pero cuando Juan Mares me contó algunas de las mismas aventuras y otras, con iguales o similares

palabras y hechos, ya no dudé. Juancho Mares y René Jaramillo me contarían también (igual que a mí varias veces) que aseguraba que había cambiado las filas de la militancia guerrillera de un movimiento desmovilizado para entonces -EPL- primero por la poesía y luego por la militancia evangélica gringa. Juancho también me dijo (esto no me lo contó a mí) que Ángel Rosendo le contó que X le hizo publicar, patrocinado por el Banco de la República, un libro de poesía de todo ese berenjenal de cuadernos que él poseía, y que no sólo eso, sino que se lo ayudó a revisar y pasar a la máquina de escribir. Como no he vuelto a ver a Ángel después de una aventura que le ocurrió en Guatapé (Antioquia), no sabría decir nada sobre esto. Lo de Guatapé fue lo siguiente: había sido publicitado un concurso de poesía. Le atrajo, participó y se lo ganó. El premio era como cincuenta o cien mil pesos y el consabido diploma. Como él no pudo asistir a la ceremonia, me pidió un día que lo acompañara a recibirlo en mi suzuki (ganado en una rifa de mi colegio INEM), porque había hablado que se presentaría a recogerlo luego, por algún inconveniente de él. Llegamos y un señor –director de la Casa de la Cultura de Guatapé, se presentó– muy dicharachero, nos invitó a tinto y conversa. En una de esas sacó de su bolsillo como veinticinco o treinta mil pesos y se los entregó, contándolos delante de nosotros antes y le explicó una maraña por la que no pudo entregarle el premio completo. Que le disculpara, le pidió. Dijo que había olvidado el diploma, que lo esperaríamos. Nos le volamos. Desde eso no volví a ver más a Rosendo.

Otra tarde llegó al taller uno que se sentó solo, callado. La segunda o tercera tarde le pidió al maestro leer algo suyo. X le afirmó con la cabeza. “Todo se nubló desde la tarde aquella en el trapiche, / cuando mi padre me tomó a la fuerza / y me arrojó al suelo, entrando con violencia en mi identidad. / La sangre corría a borbotones por mi centro, / como a borbotones bullía la miel en la paila. / Aquello se volvió una costumbre. / No sé si mi madrastra lo supo. / Cansada, huí con el Raúl a la ciudad...” y continuó. Cuando terminó, nosotros, expectantes, miramos a X. Afuera se escuchaba, sólo de vez en cuando, algún automóvil o alguna moto. El maestro, levantan-

do su cabeza le hizo la señal de que prosiguiera con otro: “Por mi atractiva figura pude elegir con quiénes iba a la cama. / Pero Fabio fue mi único amor. / Lo mataron con otros la noche que robaban en el almacén eléctrico / de Carabobo con Juanambú. / Durante largo tiempo me pareció verlo que llegaba en la noche, / vestido con su pantalón blanco (que tanto me gustaba), / su barba bien afeitada, / y entraba a la sala donde las muchachas esperábamos. / Ahora acostumbro entrar en la tienda de licores / que queda detrás de la iglesia de La Veracruz.../ Dibujo frente al espejo con el lápiz la raya de mis cejas / y salgo a la misma calle Boyacá / donde ya nadie me recuerda.../ Los amigos con los que me gustaría hablar ya están muertos”. El lector se silenció y miró al maestro. Con la mano derecha y su cabeza, X le pidió otro más. “Cuando mi hermano me gritó marica, / le dije que el marica era él, / Cuando mi hermano me gritó marica, / le dije que el marica era él, / que se lo habían culiado a la brava en la cárcel de Bella Vista. / Doña Resfa se negaba a dejarme conseguir en las noches, / diciendo que los maricas traíamos mala suerte para el negocio. / Por eso solo me permitía trabajar en las mañanas, después de las seis, / cuando los borrachos y las putas tiraban el último polvo, / mientras yo barría y lavaba las sábanas sucias...”. Él le preguntó su nombre: Carlos Mario Garcés Toro, soy el nieto de *doña Resfa*, le dijo. Ella era la dueña de uno de los dos prostíbulos más resaltantes del Medellín de entonces. El otro era el de *Marta Pintuco*, que quedaba junto la fábrica de estas pinturas. En esa primera noche de su bautizo de cerveza, como ingreso a nuestro acéfalo grupo, en una de las tiendas de legumbres del barrio “CarlosÉ”, y sentados sobre los cajones de cerveza, nos contó: “por esa escalera del balcón de mi infancia de donde Resfa (así llamaba con cariño a su abuela), vi subir a políticos de renombre, antioqueños y del resto del país, a la crema y nata del empresariado antioqueño y del país, a deportistas, humoristas, periodistas, curas y hasta señoras de bien, que se perdían en la noche, y a un etcétera más”. Y, entre los asombros y las risas alcohólicas, nos dio nombres. Los olvidé.

Volviendo a X, a mediados de 1991, con algo más de confianza, le solicité permiso para visitarle. Es uno de los anfitriones más

amables y solícitos que he conocido. Su apartamento -del barrio que creo que se llama El Rodeo- luce immaculado. En la charla me dejó hablar de mi historia personal. Sabe escuchar; no pierde un detalle de la charla de su interlocutor a quien ha hecho una o dos preguntas claves para el efecto. Luego le pregunté la opinión de su hermana religiosa por su poesía. No recuerdo su respuesta a esto, pero eso valió para que me contara también que hacía parte de una familia de clase media de Antioquia, medio llena de necesidades, de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Que como don Enrique –me aclaró que así se refería siempre a su padre, a quien nunca pudo decirle papá– era maestro de escuela, vivieron errantes por los pueblos de la Antioquia andina. Que don Enrique, desde pequeños les dijo a los hermanos que a los 14 años deberían salir de casa a conseguirse la vida. Que estudió bachillerato en Andes (Antioquia) y que iba a su casa, a los suyos, sólo en vacaciones de fin de año. “A eso se debe mi lejanía con mi familia. No hemos sido indiferentes, sino lejanos; distantes”, decía reposado. Que por eso mismo, de que a él le ha tocado vivir lejos de sus hermanos, renunció a su herencia familiar, “porque no la consideraba mía”.

Cuando llegó graduado de bachiller a Altamira (Antioquia), donde vivía su familia entonces, le ofrecieron el empleo de inspector de policía, porque yo era uno de los más preparados allí. A los dos meses, la guerrilla liberal se tomó el pueblo y él se salvó de puro milagro de morir despedazado a machete, porque lo supo un poco antes y, con toda su familia, se escapó por una huerta. El grupo prendió fuego a su casa, pero se desgranó un aguacero tan fuerte que el incendio no prosperó. Comprendió que era un peligro para su familia seguir viviendo con ellos. Viajó a Medellín y le ofrecieron el empleo de secretario del alcalde de Anzá (Antioquia). “Allá la gente me quiso mucho”. Le ofrecieron el empleo de alcalde pero como era menor de edad, 19 años, declinó la oferta. Luego trabajó en otros oficios y menesteres (en Cali, Barraquilla y Bogotá).

Cada jueves llegaba con fotocopias, para cada tallerista, de grandes poetas de aquí y de allá. Leíamos algunos ahí en el taller y

los conversábamos. O un texto nuestro si alguien se arriesgaba. El resto eran para la casa. Que si algún autor nos llamaba la atención lo siguiéramos. Para esa época aún no había aparecido internet, ni se soñaba siquiera con él; todo se hacía en los libros de “La Piloto” o en los que íbamos comprando.

Su verso es profundo y reposado, como su conversa en el taller. Extenso, como el alejandrino, pero libre como lo ha sido él en toda su vida. Los críticos lo catalogan como el más grande de la camada nadaísta. Yo no lo dudo.

Mi eterna gratitud con el poeta Jaime Jaramillo Escobar, X-504, de quien me atrevo a asegurar que es una de las personas más puras y transparentes que he conocido; quizá por eso siempre guardo el recuerdo del día cuando lo conocí.

El renacer del mito en la novela

<https://doi.org/10.22267/rawasca.200133.72>

Alfredo Ortiz

¡Hurra por los que cayeron, por los barcos que se hundieron en el mar, y por los que perecieron ahogados! ¡Hurra por los generales que perdieron el combate y por todos los héroes vencidos!

(Con estrépitos de músicas vengo, What Whitman)

En *La necesidad del mito*, Rollo May define a los mitos como patrones narrativos que dan significado a nuestra existencia, contribuyen a la identidad, a superar la culpabilidad y la ansiedad, allí donde la razón y la ciencia no son suficientes para entender la vida necesitamos los mitos, también el arte a fin de encontrar los sentidos que nos orientan hacia la realidad, para poder ir más allá del tiempo (May, 1992, p. 28, 29).

Romper las barreras del tiempo es acercarnos al infinito, al no tiempo, al eterno presente, a su circularidad, es decir al tiempo sagrado, al de los dioses y héroes ancestrales, al del origen del espacio, que los indígenas Kamsá del Valle de Sibundoy (P) llaman el “Caca tempo”, esa vinculación primordial nos saca del individualismo, nos vincula con lo colectivo; otro componente de los mitos es su carácter literario, estético; el mito como discurso de lo sagrado y relato de ficción, nos ayuda a comprender las realidades, a situarnos en el espacio-tiempo personal y a la vez nos vincula con el universo de todos, con el infinito, que compartimos como partes del todo; su estética atrapa al oyente-lector en doble vía como conexión de sentido con lo sacro y como relato ficcional que abre posibilidades de existir.

Tener un mito que contar, es experimentar, saber oír, poseer la suavidad de la palabra, deambular en la memoria, conversar o estar poseído por las letras, esas extrañas grafías con que acorazamos el espíritu y cubrimos los vacíos de la vida.

En las entrañas de la narrativa mítica hay mucha biología hecha discurso, generaciones acarrear de boca en boca sus relaciones con los otros, con el mundo, el cielo y el inframundo, la experiencia del bien y del mal, de dioses y demonios, de normas y anarquías.

Las imágenes míticas son el resultado de un lenguaje cifrado, una síntesis discursiva de la tradición y la innovación creativa de narradores, con ese lenguaje especializado y en cierta manera secreto de los mitos jugamos con el tiempo, traemos lo remoto, hacemos vivir lo posible y lo imposible a través de unas figuras que imitan y teatralizan la vida, esos simulacros están al servicio de los narradores, escenifican comportamientos exóticos y normales, personifican autores y colectividades; esos personajes o actores apuestan a tocar los grandes temas humanos: muerte, transcendencia, amor, locura, soledad, ingratitud, poder, fantasía, sufrimiento, tragedia, traición, sueños, realidades, injusticias, libertades, prisiones, psiquis, enfermedad y otras cosas que la ciencia, la filosofía no dan adecuada cuenta con la razón.

Las historias míticas son el extracto de los fantasmas de la vida, nos libran del peso del tiempo, en la novela moderna brindan el encuentro entre ficción y filosofía, porque abordan el concepto del ser en el presente actual (Giraldo, 2008, p. 103) y agrego que su accionar aborda el no ser en todos los tiempos.

Llamamos ficción mítica al conjunto de alteraciones estéticas del lenguaje cotidiano y del ser a través del arte desde el umbral de las civilizaciones, son el otro espejo que refleja la realidad, son las fuentes arcaicas de lo literario, las ilusiones fantásticas cargadas de símbolos, héroes y voces vencidas, las que juntan el presente con los orígenes, con el no tiempo.

En *La Poética* de Aristóteles lo literario se define como imitar, enmascarar la realidad, (Aristóteles, 2002, p. 31), imitar es un término teatral, que denota representar lo que puede ser, esa imitación debe ser creíble, verosímil, posible en el propio lenguaje del texto. La literatura es capaz de construir sucesos y personajes que no existen pero que se espera que existan, acciones que enmascaran la realidad, en un espacio-tiempo definido, donde el actante es capaz de ejercer cualquier rol o actuar en contextos y relaciones interpersonales que lo afectan en diverso grado y que definen su perfil psicológico y le da complejidad a los acontecimientos.

Para Aristóteles, Homero es un poeta excelente, en el género serio porque imita acciones honrosas y lo considera el precursor del género cómico al darle forma dramática a lo ridículo en la *Ilíada* y la *Odisea*, Homero pone de relieve el componente mítico en la construcción de semidioses y dioses encargados de actuar en la historia y vida de los humanos nobles y mezquinos (p. 39).

En los textos de Homero, Hesíodo y Ovidio, los mitos se actualizan, los dioses se humanizan para fusionar su vida con el mundo terrenal; en los tiempos de los hombres y las bestias míticas como Las Gorgonas (Medusa, Esteno y Euríale hijas de las deidades marinas Forcis y Ceto), Hidra madre de la Quimera, Escila y Caribdis monstruosidades del estrecho de Mesina, el soberbio Cíclope Polifemo, los cíclopes constructores de Mesenas (hijos de Urano y Gea) y Cerbero el perro del Erebo que gobierna Hades; los monstruos tienen origen mítico-divino, se construyen con símbolos de virtudes y defectos humanos y a veces son la combinación de varios animales o de la biología con la metalurgia (Quimera), son destructores o devoradores de hombres, en ocasiones interactúan con los dioses para engendrar hijos fantásticos (Medusa con Poseidón procrean a los hermosos y benéficos caballos alados Pegaso y Crisaor), estas bestias míticas tienen en común su carácter antropófago, lo incivilizado, de mirada destructora, rostro con filas de dientes, matan con sonidos atroces y están ligados a los dioses porque son sus

instrumentos o sus engendros y viven en lugares remotos (Nava Contreras, 2009, p. 133-143) y “su sola imagen, su phántasma, nos enfrenta al más extremo de nuestros tabúes y al más insuperable de nuestros temores” (p. 144).

La ficción mítica es un reencuentro con nuestra naturaleza animal, el juego de posibilidades casi imposibles, que se materializan para recrear lugares y épocas, es un encuentro con el tiempo circular y nos libera del ancla que nos ata al presente, permite escaparnos de la fragilidad de la vida, hacía la aventura del futuro con posibilidad de regreso y nos libera de la imposibilidad de repetición de la vida, marcada por nuestra asombrosa condición fantasmagórica, puesto que “Todo, entre los mortales tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso. Entre los inmortales, en cambio cada acto (y cada pensamiento) es el eco de otros” (Borges, 1974, p. 23).

El Inmortal de Borges reutiliza el recurso del manuscrito, la intervención de narradores en varios planos, la permanencia temporal de Homero, como un aventurero olvidado de la épica y sumergido en la encrucijada de la eternidad; una ciudad habitada por la involución, donde los dioses debían estar contagiados de locura e imperfección y la historia se pierde en el laberinto del regreso continuo, en el no tiempo, allí los personajes conocen la sabiduría y prefieren volver al mutismo insolente de la contemplación; el autor lanza los dados del azar para romper la razón y convencernos que ese mundo de seres inmortales fatiga por la repetición, por la imposibilidad de la novedad, por la ausencia de pasión propia de los mortales, que sabemos que la vida es irrepetible y que somos un mero simulacro del orden mayor que solo logramos intuir; la muerte no es un legado, solo da sentido a las acciones, a la pasión por hacer; la fragilidad muestra la vejez, el deterioro, nos cuenta los días y hace percibir nuestra condición de seres etéreos (p. 24, 25).

Borges nos da la lección a la que se puede acceder fusionando por instantes la filosofía con la literatura, para entender la importancia de morir, porque “la muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres” (p. 23), la inmortalidad en cambio nos alejaría de

todo sentido de la existencia, ya que todo se puede repetir, la vida sería terrorífica en su monotonía. La muerte nos regala la posibilidad de vivir la intensidad de lo cotidiano, agotar nuestro tiempo en la acción, en perfilar la historia personal a nuestra manera en una o en dos direcciones a lo sumo y experimentar la vida de otros al amparo de la ficción.

En la forma como se estructura el relato *El Inmortal*, el profesor Carlos Rincón observa una nueva manera de plantear la ficción, a partir de los recursos del manuscrito, los múltiples narradores, la hipertextualidad continua, los comentarios a las anécdotas del narrador, las notas de pie de página que funcionan como medios para lograr verosimilitud, que en Borges son invenciones para convencer al lector; este uso de la ficción de la ficción, superaría el viejo análisis aristotélico de la ficción como enmascaramiento de la realidad, para construir un universo paralelo a la realidad (Rincón, 135); en Tlon, Uqbar Orbis Tertius, Borges fabrica un mundo con geografía y fauna fantástica, las personas comercian con un lenguaje sin sustantivos, solo con adjetivos y la acción de los verbos (Borges, p. 13, 36), para recordarnos la relatividad del pensamiento y vinculación con el lenguaje como construcción cultural, cargada de imágenes míticas.

Tal vez por nuestra condición de espectros, por la incapacidad de repetir la vida, de regresar el tiempo, los mortales somos esencialmente ficcionales, seres anhelantes, soñamos antes de dormirnos, en el sueño y al despertar seguimos soñando; el sueño tiene una carga de frustración y de creación de otras realidades, distinta a la que armamos, determinados por las circunstancias.

La ficción mítica es un viaje por los escondrijos de la ensoñación profunda, colectiva y a la vez examina el transcurrir de las culturas, su puesta en escena en los textos orales o escritos, allí el futuro, el pasado se representan en el presente, para explicar nuestra relación con los días y con El Gran Tiempo, del origen de los territorios y los dioses, llamado también el eterno retorno, el eterno presente o el no tiempo, el tiempo de la magia, frente a su linealidad cronológica.

Ante la evolución genética, la crisis frente al poder en la historia, la ficción mítica adquiere un significado trascendente y se humaniza, con un discurso que justifica lo humano y su vínculo natural; los grandes maestros de la literatura contemporánea son un ejemplo de como la literatura se ocupa de descifrar la relación de la biología, el poder con el tiempo humano y las transformaciones que acaecen en la psiquis moderna. Este viaje por el mito nos ayuda a librarnos del agobiante dolor de existir sin rumbo, de la tragedia de lo efímero y de nuestra fragilidad, justificada y acompañada con abrazo consolador de la muerte.

En los grandes textos de la literatura contemporánea el mito como ficción enmascara la realidad y la experimenta: en *Prometeo desencadenado* se actualiza el mito griego de Prometeo, con urbanismo y humor, el dios recorre el cementerio, los bulevares de París, la discusión del dinero frente al valor relativo de la amistad, en un discurso dramático que paradójicamente toca los bordes de lo irrisorio, donde el banquero, el miglionario Zeus humilla a la gente de París que por un poco de dinero (500 francos), por abofetear a otra persona y la gente hace cosas ridículas por dinero; en el espacio reducido de un restaurante con mesas de tres asientos para que nunca pueda haber acuerdo, entre los viejos y jubilados que la frecuentan a fin de tener con quien hablar (Gide, 2015, p. 12).

El dios Prometeo escapa de su prisión al aire libre en las montañas del Cáucaso y llega a la París moderna en busca de una oportunidad como un migrante común y termina en prisión acusado de fabricar cerrillos sin licencia, procura la fortuna con su águila (que más se asemeja a un buitres), esta vive del debilitamiento de su anfitrión, alimentándose de su hígado adolorido como un parásito eterno, es el símbolo de la doble naturaleza humana frente al dolor y la ambigüedad de su espíritu, el águila es su razón de ser dice Prometeo, es la disminución de la felicidad humana para satisfacer los parásitos modernos (p. 80).

La actualización del mito se presenta en el circo en la parte VII, cuando Prometeo capta la atención del auditorio y les habla de su

propósito en París, les recuerda a los mortales que los amó “apasionada, perdida y lamentablemente” hasta convertirlos en lo que son ahora; les entregó la iluminación de la conciencia del ser para que conozcan la belleza y pudieran perpetuarse como especie y supo que en cada una de sus creaciones semejantes a él existía un huevo de águila que los devoraría, el águila representa la razón de ser, el parásito del progreso y la pérdida de la felicidad paulatina de los humanos, puesto que se quedaron sin historia, esta se convirtió en la historia del progreso, en el recuento lineal de lo que los consume y Prometeo ya no ama a los seres humanos sino a lo que los devora (p. 84). Prometeo les recuerda a los clientes del circo que les dio “el fuego, la llama y todas las artes que ella alimenta, calentando sus mentes desde dentro” (p. 85); el dios se lamenta que no es la creencia en el bien lo que alimenta, sino la esperanza de “algo mejor” lo que los carcome (p. 86).

El dios resucita en la narrativa mítica de André Gide, se sitúa en la modernidad y mira con lástima como los valores antiguos del bien que alimentó todos los discursos religiosos y filosóficos ahora está transmutado en el individualismo que engendra el progreso, que relega la flama del arte a un rincón de la historia, al olvido en beneficio de la técnica y el consumismo, representado por el autoritarismo del banquero Zeus. Prometeo resucita esclavizado por el progreso y los personajes del panteón griego desfilan con nombres propios Zeus, Damocles, Cocles, el mesero, etc., entre las calles y los bulevares persiguiendo las mismas dudas existenciales humanas, en un mundo determinado por el dinero, el consumismo, la soledad urbana y la muerte, los dioses se humanizan al límite de transmutarse en mortales, ansiosos de la palabra del otro y agobiados por el olvido de sus engendros.

Rollo May considera que los mitos griegos guían la búsqueda de una respuesta a la tragedia de perseguir la verdad acerca de uno mismo, es un drama de “la relación apasionada de una persona con la verdad” (May, 1992, p. 74); el *Edipo rey* de Sófocles muestra la tragedia de no poder huirle a la profecía del parricidio de Layo y el

matrimonio con su madre Yocasta y se repite como mito en Hamlet de Shakespeare “el héroe recibe a manos del fantasma de su difunto padre el encargo de vengar la muerte a manos de tu tío, que se ha casado con la madre de Hamlet” (p. 74, 75).

En el análisis mítico de La Divina Comedia de Dante Alighieri, el descenso a los infiernos, a la selva oscura de la ignorancia, May reconoce el valor de la literatura en las autointerpretaciones del ser humano, el infierno o la tragedia de un ser humano son los problemas psíquicos y “la incapacidad de reconocerlos y enfrentarse a ellos” reconociendo la imperfección humana (p. 148), dificultades derivadas de la infancia, la relación tormentosa con los padres, los líos con las parejas, las indefiniciones sexuales, las traiciones, las injusticias surgidas por el autoritarismo, las pérdidas amorosas, la muerte de seres queridos, las crisis económicas, familiares, la inadaptabilidad social, el abandono, la culpa por no haber hecho lo suficiente por nosotros y los semejantes, en general los problemas cotidianos que nacen en nuestras relaciones con los demás y que se comprimen en el interior de la mente humana, se transfieren a comportamientos anómalos y ocasionan sufrimiento “es un tormento eterno que no produce cambio alguno en el alma del que lo padece y que viene impuesto desde el exterior” (p. 149).

May sostiene que ese infierno puede expresarse en matar lo que se quiere como Medea a sus hijos, por la pérdida de los padres, “racionalización del infierno privado del neurótico en: represión, orgullo, distorsión, pretenciosidad, etc.” (p. 145) en la guerra que vuelve noble el odio y la muerte, la falta del ser amado, la soledad, el dejarnos vencer por las pasiones y el obstáculo moral, asuntos que nos negamos a admitir y de allí la imposibilidad de superarlos. El terapeuta amigo, el guía en la novela es el arte, la poesía de Virgilio como salida a la sin salida racional y la salvación están dadas por dos virtudes la revelación y la intuición que son esferas del amor que llevan a Dante a encontrar a Beatriz que simboliza la libertad de amar (p. 149).

Dante se encuentra con su propio demonio, quién siente piedad de la caída de su huésped y solo la razón artística, intuitiva, el reconocimiento y enfrentamiento de sus dificultades lo llevan al cielo de ángeles bellos y al amor pleno de Beatriz, la mujer se convierte en salvadora, expresa el amor desinteresado, el amor salvador; el descenso a los infiernos está presente en la mitología cristiana, en el Popul Vuh, en el budismo y otros textos religiosos, corresponde a la necesidad de que el iniciado en el proceso espiritual, supere sus conflictos, su ignorancia y el predominio de la razón instrumental para poder conjugarse con el mito de lo sagrado.

Otra de las obras literarias clásicas, que interpreta desde el mito May, es el Fausto de Johan Wolfgang Goethe, como la pugna, en contradicción interior entre el bien y el mal, así Mefistófenes el diablo dice que siente compasión por la derrota del hombre, que tratando de hacer el mal siempre hace el bien y Fausto pregunta ¿cuál es el sentido del mal humano, que dotado de razón lo lleva a actuar como bestia en medio de un dios benefactor?; cuando Fausto reconoce que sus mitos están colapsados por su forma de vida encuentra los caminos de salida (p. 220); Rollo May considera que en la segunda parte de la novela-mito se toca un aspecto fundamental para la sociedad moderna: la relación del sexo, la sensualidad con el poder, porque desde la revolución industrial el sexo se separó de las personas y se volvió mercancía, Fausto está condenado por el mito del poder absoluto y la salida al tormento es que no hay caminos, Fausto debe buscar en sí mismo la salida, Mefistófenes le aconseja “internarse en lo inexplorado, lo inaccesible; hacia lo nunca nombrado” (p. 225).

El escritor alemán Tomas Mann, reescribió el mito de Fausto como respuesta a la barbarie del nazismo, dice que los mitos comunitarios son una celebración, nos llenan de alegría, nos reencuentran con nuestra gente, con el colorido y misterio de los rituales, los mitos y la corporeidad de los rituales dan estabilidad emocional y social en el mundo cambiante y de allí su carácter festivo y teatral (p. 49). Mann en su novela corta *La muerte en Venecia*, acecha la peste del cólera

y el amor imposible; el escritor Gustav von Aschenbach se enamora de un hermoso joven polaco Tadzio y vive su pasión silenciosa y desequilibrante, se justifica con extensas autointerpretaciones de su situación de escritor famoso metido en “profundidades turbias, denegando su simpatía al abismo y abominando de lo abominable” (Mann, 2007, p. 183); se ampara en los discursos platónicos de la belleza con Fedro, relacionada con lo visible y lo divino, camino de lo sensible, del arte y del espíritu; se cuestiona que a través de lo sensible se pueda llegar al espiritual, pero reconoce el goce inmerso en la peligrosa senda de las apariencias físicas y la necesidad de que el mito de Eros se convierta en guía y la pasión femenina enaltezca su deseo del amor como satisfacción y oprobio (p. 184).

El deseo imposible de satisfacer produce dolor que sustenta con evasiones, se enfrasca en discursos estéticos de la pasión y la imposibilidad del amor por los prejuicios morales y la muerte inesperada del joven Tadzio; en el contexto del cólera que afecta a la ciudad, el amor imposible hace que Gustav pierda los recatos morales, la armonía interior y reconozca implícitamente su homosexualidad que no puede exponer en público, en una época cargada de prejuicios, se refugia en el relato de la perfección física y la belleza teórica ante la imposibilidad del amor, vive en la contemplación, en la escritura frente a la realidad hostil del mundo, de Venecia descrita en la sórdida arquitectura y en los callejones por los que los gondoleros lo llevan en la persecución del Tadzio.

El mito como fuente principal de donde se abreva la literatura, junta el arcaísmo social y en la época moderna y cumplen la función primordial de dar sentido a la existencia, dando diversas respuestas a las tragedias humanas.

Octavio Paz afirma que la novela contemporánea debe su universalidad y su futuro al mito, al resolver o plantear las grandes preguntas de la condición humana y al permanecer en imágenes y en la forma de lo literario retroalimenta las grandes novelas actuales, las valida y las actualiza con temas de interés para todos (Sullá, 1994, p. 126).

Al proyectar el camino que tomará la novela contemporánea Fuentes señala que las grandes novelas que involucran el mito como tema principal, se universalizan y recuperan el sentido imaginario-poético que muestra la experiencia humana, en las actuaciones de los dioses y héroes clásicas. Para Carlos Fuentes, Malcolm Lowry recoge el mito del paraíso perdido, en su poesía y en su novela *Bajo el volcán*, la felicidad a medias se pierde en la representación trágica y fugas del amor; en *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch está el mito del mundo sostenido por la palabra que lo nombra y lo hace posible, semejante al mito del génesis cristiano; en el espíritu de William Gerald Golding el símbolo es el mito y “el mito es la verdad verdadera”, la forma está ya en el contenido, como lo consideraron los formalistas rusos (p. 125). Estos autores según el poeta mexicano, regresan a las raíces poéticas de la novela a través del lenguaje, la estructura y crean una realidad paralela, un nuevo espacio para lo real a través del mito, que muestra y hace reconocer la mitad oculta de la vida.

En la novela *Los invictos* de William Faulkner se recoge el mito del hombre siempre derrotado, el héroe vencido que conserva la dignidad, muestra que la caída es parte fundamental de la vida, en contravía a los mitos que sustentarán a la sociedad estadounidense después de la guerra civil, el del sueño americano expresado en el triunfo económico individual, por encima de todos (p. 126). En *Los Invictos* el confederado coronel Jhon Santoris es el jefe de una familia de hacendados degradada por la guerra, muestran los restos de dignidad que les queda para luchar por una causa perdida; la novela transcurre en la guerra de secesión como telón de fondo, Bayard Santoris es la voz narradora, criado junto al esclavo Ringo, que lo considera su hermano, con quien construye una complicidad inquebrantable en las acciones de guerra y en la defensa de la familia; la abuela Rosa Millard es una guerrera que defiende la hacienda, la plata y realiza actos bélicos engañando en negocios de mulas a los enemigos yanquis, es el mito del fantasma del matriarcado sustentado en la presencia real de la abuela.

Las voces colectivas de los negros esclavos buscando el río Jordán significan el llamado simbólico de la fuente de la iniciación, el bautizo a la nueva vida en libertad; son obligados a construir un puente para los yanquis, creyendo encontrar el paso al agua sagrada y son expulsados por los mismos soldados, para que no sigan su peregrinar hacia la tierra prometida por el mito; no saben qué hacer con la libertad que les ha dado la guerra, deambulan por los caminos en la busca mítica de la salvación, caminan en nubes de polvo hacia dos mitos: el de la libertad moderna y hacia el agua purificadora, donde anhelan unirse a Jesucristo y a Juan el Bautista, es decir del mito del liberalismo y los derechos humanos al mito judeo-cristiano del bautismo, la prima Drusilda los describe “No sé cuándo habrán comido; nadie sabe exactamente desde que distancia han venido algunos de ellos. Sólo pasan por aquí, sin comida ni nada... cuándo el espíritu o la voz, o lo que sea, les ordenó ponerse en marcha” (Faulkner, 1984, p. 548).

Otras novelas que derivan su éxito y su clasicismo contemporáneo en la incorporación mítica como tema principal: en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley aparentemente el mito relevante sería el del poder que en su afán de controlar a la gente, busca cerrarse en sí mismo como la serpiente que se muerde su propia cola, pero el mito primordial es el de la rebeldía eterna de los seres humanos contra el autoritarismo y el poder.

El mito de la soledad del perseguido frente a la sociedad, el individuo impotente que sucumbe a la injusticia, está en Fiódor Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*, la sociedad y el aparato estatal sacrifican un chivo expiatorio a fin de lograr la tranquilidad con la aparente justicia oficial; en el discurso judicial Dmitri Fiódorovitch Karamazov es acusado y condenado por el asesinato del padre, en la verdad ficcional es víctima de una celada preparada por el criado epiléptico Smerdiakov para robarse tres mil rublos, quien se apoya en la antipatía social que despierta Dmitri producto de su adicción al alcohol, al despilfarro, al deseo manifiesto de matar al autoritario padre y los escandalosos amoríos con Grushegnka una

hermosa vividora experta en quitarle el dinero a los hombres mayores, en quien el padre Fiodor Karamazov está interesado, todo se confabula en su contra, la pérdida del dinero, los presuntos celos de Dmitri, la venganza de su ex prometida Catalina Ivanovna, quién le presta cuatrocientos rublos que despilfarra con su amante y en venganza declara en su contra, dando indicios más claros de los móviles del asesinato, después termina enamorada de Ivan y con la ayuda de su amante Dmitri planea la fuga, que aparece como un acto de justicia frente al régimen. La verdad judicial contrasta con la realidad que se aclara después de la condena, con la confesión que el criado hace a Ivan hermano de Dmitri (Dostoievski, 1982, p. 319).

El texto aborda varios relatos míticos: el carácter irracional de las diversas formas del amor, que casi siempre se gobierna por la venganza, los celos y el sufrimiento, Alexei considera que el amor espiritual al prójimo es también perverso, porque es imposible de cerca, la piedad exige distancia; en el sentimiento pasional pasa del amor al odio, al sufrimiento y la venganza; Catalina manifiesta a Ivan y la señora Khokhlakof “ignoro ya, si lo amo; le tengo lástima, y la compasión es mal síntoma del amor. Si continuase amándolo no es ya compasión sino odio, lo que en estos momentos sentiría contra él” (p. 80).

La necesidad de Dios es discutida en los diálogos teológicos entre el aprendiz de cura Ivan, el novicio Rakitine amigo de Gruchegnka y el starets Zósimo, en sus discusiones hablan de la inexistencia del diablo creado por el hombre a su imagen y semejanza; Fiodor Karamazov en una conversación con su hijo Alexei de la orden de los Jesuitas le dice “Dios es un invento de la raza humana creado para suplir la inmensa necesidad que tiene el hombre de creer en algo superior” (p. 54); Alexei replica que Dios es la inmortalidad y el sentido de la existencia; para atizar las discusiones con Alexei el starets Zósimo le cuenta una cita del siglo XVII “lo asombroso no es que Dios exista, sino que esta idea de la necesidad de Dios acuda al espíritu de una animal perverso y feroz como el hombre” (p. 109); Ivan le dice a su hermano novicio que de existir Dios la

tierra la ha hecho con la geometría de Euclides, dándole al hombre tres dimensiones espaciales (p. 109).

La belleza física eslava también es objeto de adoración mítica y está representada en la perversidad de la mujer, en Gruchegnka

...alta, sin serlo tanto como Catalina, cuyo cuerpo dibujaba ondulaciones y gestos de serena languidez, en armonía con su suave hablar, tenía 22 años y era su tez blanquísima, con rosadas transparencias. En su rostro, ligeramente alargado se marcaban la mandíbula y el labio inferior grueso este, como algo hinchado, avanzado sensiblemente bajo el labio superior, fino y delgado. Sombreadaban sus ojos, de un gris azul, largas y sedosas pestañas, y una espléndida y abundante cabellera, de color castaño coronada tan bella cabeza, ante la cual el hombre más indiferente y más distraído se hubiera puesto de pie en medio de una multitud para contemplarla y recordarla mucho tiempo (p. 60, 61).

En *La peste* de Camus, se aborda el relato de la fragilidad de los seres humanos frente al infortunio y la fatalidad, la novela nos recuerda que somos veletas de las circunstancias y el azar, seres prescindibles en el movimiento del tiempo y la naturaleza, evoca nuestra condición de mortales, seres trágicos en espera de ser sacados de la crisis por la normalidad, por la reactivación de la economía y ser salvados del sinsentido por el mito, ante la impotencia de la ciencia. En la novela se evidencia el juego de tres narradores, formalidad que tiene que ver con el contenido del relato: narrador 1, dice que es doloroso no poder narrar sino lo sensacional, asume el control de la historia central y sirve de ordenador de los diálogos existenciales o filosóficos de los personajes integrantes del equipo de voluntarios de la brigada sanitaria: Tarrou, Grand, Riex, el cura Paneloux, Lambert, Castell y el delincuente Cottard (Camus, 2014, p. 8-20, 116, 156, 158, 169, 202, 242, 250). Narrador 2, es Jean Tarrou, un viajero empedernido, vive en un hotel y recoge en su cuaderno de notas las historias pequeñas, los detalles secundarios de la ciudad y se convierte en el cronista cotidiano de la peste, como por ejemplo la historia del viejo jubilado que se divierte tirando desde su edificio papelitos a los gatos que saltan a cogerlos y que se entristece porque los gatos desaparecen con la peste y vuelven a llegar a los

muros cuando la epidemia es derrotada (p. 90,100, 105, 165, 204, 232, 234, 238). Narrador 3, al final de la novela el narrador 1 exige al personaje central doctor Bernard Rieux, que se confiese como autor de la narración, puesto que como testigo privilegiado conoció los sentimientos de la gente que atendió como médico, en su amor, el sufrimiento y el exilio. Al final las historias de los tres narradores se contraponen, se confunden y articulan para darle la unidad a la novela; el cronista Tarrou cuenta lo que ve, el narrador 1 lo que hace Tarrou y Rieux narra su búsqueda de la esencia humana en medio de la muerte y la derrota (p. 256, 262).

La narrativa mítica en *La peste* es diversa, es un actante que cambia la construcción de realidad que tenemos cuando estamos sanos, todo los valores éticos y morales se relativizan “uno se cansa de la piedad, cuando la piedad es inútil” (p. 78), los discursos y nuestras acciones se mueven por el miedo, común en los tiempos de guerra, abarca el mito de la felicidad relativa frente al dolor, el amor revaluado, el tiempo es una espera fantasiosa de que pueda continuar la medición lineal después de la peste, una ilusión creada por los humanos. El tiempo de la peste es un sueño largo que algún día se espera que pase (p. 228), pero somos los humanos los que siempre pasamos primero, “para no perder el tiempo hay que vivirlo con toda lentitud” en las pequeñas cosas, se cree que la peste es irreal porque no está hecha a la medida de los humanos y tiene que irse (p. 44, 170).

La enfermedad es el mito del descenso al terror, la caída al dolor extremo, al miedo constante, a la desconfianza del otro, del que nos puede contagiar, la vida se exilia en otros sectores de la ciudad, el hospital, el estadio, los muros de las habitaciones. La felicidad es temporal, aplaca el sufrimiento debido a que el ser humano es incapaz de sufrir o ser feliz largo tiempo y se expresa como el deseo de la ternura (p. 155,177, 223, 252, 255). La paz de la peste es el recuerdo de rostros descarnados, el silencio de la derrota de los cuerpos muertos, derrotados los humanos sin armas para defender-

nos frente al fracaso, es el sufrimiento incurable y la conciencia de no tener ilusiones (p. 246).

El mito divino aflora en la necesidad de buscar la ayuda de Dios ante la inutilidad de la ciencia, Dios es antiguo como el dolor humano, pero nuevo como la esperanza, que es la obstinación de vivir, esta impide que nos abandonemos a la muerte; la religión de la peste es distinta porque las promesas de la fe en gozar en la otra vida después de la muerte, la recompensa de la eternidad se debilita o carecen de valor ante la magnitud del dolor que provoca la peste (p. 217, 222). La enfermedad no puede ser un castigo divino, no es la peste la furia de Dios, porque de ser así desvirtuaría el discurso de bondad que hay en los dioses, la epidemia es injusta y ataca por igual a los libertinos y a los niños inocentes, mata a los buenos y a los malos (p. 189,190). El exilio es la separación de los que ama (p. 178) y se empieza a amar las sombras hasta borrar los colores del recuerdo, porque es todo dolor y el cuerpo perdió el derecho al placer.

La peste se personifica como un fantasma que aparece donde no se la espera y desaparece donde se cree que está, se refugia en las habitaciones, en las regiones del sueño individual, se esconde de las luces del frío de la multitud y escapa en las profundidades de la ciudad (p. 241); dejar al azar el control de la peste es indicio de la derrota humana frente a la fatalidad, “el azar no tiene miramientos con nadie” (p. 164).

El amor no reconforta en tiempos de peste, es un sentimiento que no puede usarse, los separados perdieron el egoísmo del amor, estaba inerte el corazón porque el otro se moría en la separación (p. 158, 159), en la peste hay que vivir el amor al día, con el recuerdo inútil de los tiempos normales, que el dolor del amor mediocre puede ser superado (p. 64), pero ahora la muerte no da nuevas posibilidades y el dolor se intensifica más, porque no hay otra oportunidad frente a la evidencia de la muerte o la separación.

La colmena del español Camilo José Cela es una novela donde el asunto mítico se camufla en espacios reducidos, que se convierten en maquetas del mundo de posguerra, de afuera, esos sitios son la taberna de Celestino, el banco de España, la casa de citas, el café de doña Rosa una despótica mujer, admiradora de Hitler, con su cara llena de manchas como si siempre estuviera “mudando de piel”; esos centros míticos sintetizan el tiempo presente y el pasado, en un futuro vano, entre cafés corrientes y el vino barato, puntos de encuentro, síntesis del mundo que fluye en interminables conversaciones, en tiempos de guerra y la angustia por olvidarla; allí los antiguos amigos del general Primo de Rivera se codean con republicanos venidos a menos, desempleados, prostitutas, rezanderas y muchachas de doble vida, el hambre y los humillaciones se ahogan en el humo de los tabacos, en una telaraña social, hasta donde llega un vago escritor de artículos críticos sin comercio, Martín Franco es un nudo de esos puntos vitales, él establece el contacto con la gente y abre nuevas redes, con su desespero por comer toca la sensibilidad de Filomena, Purita, Ventura, Nati, Laurita y otros tantos, representa el punto de contacto que lleva a la fila de personajes a tejer sus propias historias, que desembocan en esos lugares primordiales de la vida (Cela, 2002, p. 25, 124, 220).

Algunos ejemplos de la novela latinoamericana, donde prima la referencia mítica como algo vital de la trama, están *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, donde se repite el mito del parricidio del patriarca omnipotente, vencido por el puñal de su hijo espurio Abundio Martínez, un arriero común que venga la cadena de injusticia del hacendado en la historia de Comala, los relatos de los amores frustrados del protagonista con Susana San Juan, quien termina envolviendo al hacendado en su locura y lo liga al deseo de muerte, las guerras por conveniencia en las que se meten los hombres de Pedro Páramo y la construcción de la hacienda de la Media Luna con el despojo de los campesinos, contribuyen a fortalecer la importancia de su caída mítica del anti héroe, que empieza con la muerte de su hijo Miguel, a quien el cura Rentería le niega la limosna del agua bendita porque no murió en la gracia de Dios y por tanto no tiene

esperanza de llegar a la música del cielo, sino a descender a los infiernos (Rulfo, p. 120).

La Muerte y la muerte de Quincas Berro Dágua del brasilero Jorge Amado, es una novela donde la narración logra el cambio vital, la transformación de un hombre de buena sociedad Joaquin Soares de Cunha en el “rey de los vagabundos de Bahía”, esta metamorfosis lo encamina a la muerte física y de allí a la muerte espiritual en el mar, robado de un barco pesquero por la diosa Yemanyá, es el mito de la transformación de lo burgués a lo popular de una persona para vivir a plenitud la vida y lograr una muerte mítica, que lo junte al final con una deidad marina, es la ascensión de lo más bajo a lo celeste (Amado, 1996, p. 102).

En *Rayuela* de Julio Cortázar, el mito se sitúa en encontrar otra realidad, en romper con las leyes de la causalidad racional, está en lo fantástico como la búsqueda del paraíso perdido, que se evidencia al toparnos con otro espacio oculto, manifiesto en el inconsciente colectivo, en la rebeldía al “siniestro reprimido” en la presencia de fuerzas primitivas ocultas para la razón; el Círculo de la Serpiente juega a buscar la otra parte del ser o el no ser en el límite de la realidad e invita al lector a ser parte del juego fantástico que compone la realidad humana (Rosenblat, 1988, p. 91, 92).

La nave de los locos de Cristina Peri Rossi, es un texto donde la novelista argentina incursiona en el mundo de los símbolos para mostrar la travesía humana, la búsqueda personal hacia la conciencia de la libertad amorosa, emocional, sexual y psíquica, desde muchas ramificaciones que convergen en salidas míticas, está el mito de la androginia de los dioses (Eliade, 1999, p. 202) y que se expresa en personajes como Percival y Gordon que son la personificación de Equis, su desdoblamiento o continuidad hacia lo femenino mítico y a la fusión con lo masculino, para mostrar sin tabúes la cara unificada del mundo; un símbolo mítico central es el tapiz medieval de la creación de la catedral de Girona, que muestra un recorrido por los discursos marineros y junta los atropo dioses con las criaturas fantásticas del mar medieval, formalmente el tapiz aparece al principio de los capítulos y sirve de cohesión de las anécdotas de los personajes.

En *La hora de la estrella* de la brasilera Clarise Lispector, el mito del destino trágico se enseña con Macabéa una norestina que llega a Río de Janeiro a trabajar de mecanógrafa, sin atributos físicos y sin destacarse intelectualmente, vive sin conciencia de su situación, con una inocencia que se transmuta en ingenuidad, para quien todas las cosas normales ocurren por primera vez; su compañera Gloria le quita su primer amor Olimpo de Jesús y le dicen que no puede seguir en el trabajo, duerme y vive en un salón con otras empleadas cerca al puerto, para que su asma deje descansar a sus compañeras se duerme de última, se chupa su respiración para no hacer ruido y se traga su propia saliva para espantar el hambre; este ángel caído que ni siquiera puede revelarse, por única vez parece tener una oportunidad de fortuna en la lectura del futuro de una adivina, que más parece una estafadora de circo, madame Carlota, quien erróneamente le predice dinero y posición social y le cobra la consulta para ayudar a Jesucristo, pero muere al salir del consultorio, atropellada en la calle por el auto de un gringo, su presunto salvador; Macabéa personifica la tragedia sin redención del ser humano, que se sale del marco trágico griego porque los castigos de los dioses eran producto de romper una regla divina, Macabéa es incapaz de siquiera pensar en romperlas, está condenada a sufrir, por el mito del pecado original abstracto y colectivo; al narrador Rodrigo el personaje se le sale de las manos y es incapaz de salvarla o darle el futuro que le proyecta la pitonisa Carlota, a pesar de la lástima que le tiene, porque está predestinada a la tragedia (Lispector 2011, p. 90).

La novela *Zama* del argentino Antonio di Benedetto nos propone el mito de la soledad ante el destino partido o truncado por el contexto político de la América colonial del siglo XVIII; lejos de su familia y Buenos Aires se ve obligado a buscar sexualidad, espacios y personas que no lo llenan, al contrario lo escinden cada vez más del regreso y vive aislado en un mundo extraño para reencontrarse finalmente con el fantasma de su niñez “el niño rubio” que lo acecha, lo atormenta y no le permite sucumbir ante la pasividad del lento tiempo que tiene que vivir, en espera de un traslado burocrático al centro político que nunca llegará y rompe en esta espera infructuosa toda relación con su vida anterior hasta la tortura a manos del bandido Vicuña Porto que se ha infiltrado en el ejército para escapar a la persecución; en el mundo de la selva se encuentra con el eco de la colonización violenta, una tribu de

indígenas quemados los ojos por sus enemigos, que deambulan por los bosques guiados por el instinto de supervivencia y representa el nuevo mundo al que tendrá que adaptarse el personaje-narrador Diego de Zama, pero al que no logrará sobrevivir porque la tragedia es la respuesta a su soledad, el mito del infortunio original por un pecado que no cometió o que tal vez lo cometieron sus padres colonialistas, es el pecado del imperio y su burocracia que cae en la vida de su súbdito (Di Benedetto, 2017).

Estos ejemplos mínimos ante la gran variedad de textos occidentales antiguos y contemporáneos que asumen como tema primordial el mito, permiten posicionar la tesis de Octavio Paz que la universalidad de la novela radica entre otros factores en el uso del lenguaje común del mito, que como paradigma humano de todos los tiempos son una respuesta a las grandes preguntas que la condición humana genera y de alguna forma posibilitan la conexión entre el ser y el no ser, entre la realidad histórica y la realidad ficcional que habita en la memoria ancestral del ser humano, ya que en su conjunción están las respuestas que pueden dar sentido a la existencia, porque la narrativa mítica no es más que un camino, un sendero a la propia intimidad que habita en cada uno, como expresión pequeña de lo general, lo infinito y lo divino. El mito da a la novela una historia, unas huellas, que se manifiestan en la cotidianidad de los personajes, que son marionetas de algo transcendental que requiere ser actuado, puesto en escena para ser comprendido, personajes que soportan la tragedia y la felicidad de existir e indican posibilidades de vida, en las cuales los lectores nos sentimos representados por su carácter creíble y porque nos libera del peso del tiempo y de la muerte.

Bibliografía

Amado, Jorge. *La muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua*. Río de Janeiro, 1996, Editorial RBA, 128 p.

Aristóteles. *Poética*. Madrid, 2002, 210 p.

Borges, Jorge Luis. *El Aleph*. Madrid, 1974, Alianza Editorial S.A., 187 p.

———. *Ficciones*. Buenos Aires, 1994, Emecé Editores, 201 p.

Campbell, Joseph. *Las máscaras de Dios: Mitología occidental*. Madrid 1992, Alianza Editorial S.A., 579 p.

Camus, Albert. *La peste*. Bogotá, 2014, Momo Ediciones, 264 p.

Cela, Camilo José, *La colmena*. Bogotá, 2002, Casa Editorial El Tiempo, 320 p.

Eliade, Mircea. *Historia de las creencias y las ideas religiosas I*. Barcelona, 1999, Editorial Paidós, 331 p.

Faulkner, Willian. *Los invictos*. Bogotá, 1984, Maestros de la Literatura Universal, Norteamérica 1, 690 p.

Giraldo Isaza, Fabio. *Milan Kundera y otros. Literatura socialismo y poder*. Texas, 2008, Minotauro Editores, 300 p.

Goethe, Johann Wolfgang. Fausto. Madrid, 1997, Artes Gráficas S.A. 315 p.

May, Rollo. *La necesidad del mito. La influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*. Barcelona, 1991, Editorial Paidós, 297 p.

Mann, Thomas. *La muerte en Venecia*. Bogotá, 2002, Casa Editorial El Tiempo, 191 p.

Nava Contreras, Mariano. *Poéticas del cuerpo monstruoso en la Ilíada y la Odisea*. En revista *Literatura Teoría, historia, crítica*. Bogotá, 2009, No. 11, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura, 557 p.

Lispector, Clarise. *La hora de la estrella*. Buenos Aires, 2011, Editorial Corregidor, 118 p.

Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Bogotá, 2005, Editorial RM Panamericana, 136 p.

Rincón, Carlos. *El cambio actual en la noción de literatura*. Bogotá, 2008, edición Instituto Colombiano de Cultura, 249 p.

Rosenblat, María Luisa. *Lo fantástico y detectivesco. Aproximaciones comparativas a la obra de Edgar Allan Poe*. Caracas, 1998, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 219 p.

Sullá, Eric (compilador). *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*. Barcelona, 1996, Editorial Novagrafik, S.L., 240 p.

Academia.edu/35547731/.AGIDE, André. *Prometeo mal encadenado*. Editorial digital Titivillus, 2016.

Di Benedetto, Antonio. *Zama*. Buenos Aires, 2017, Adriana Hidalgo editora, 290 p.

Las jornadas y el tiempo



Cristian López



H. JONER.